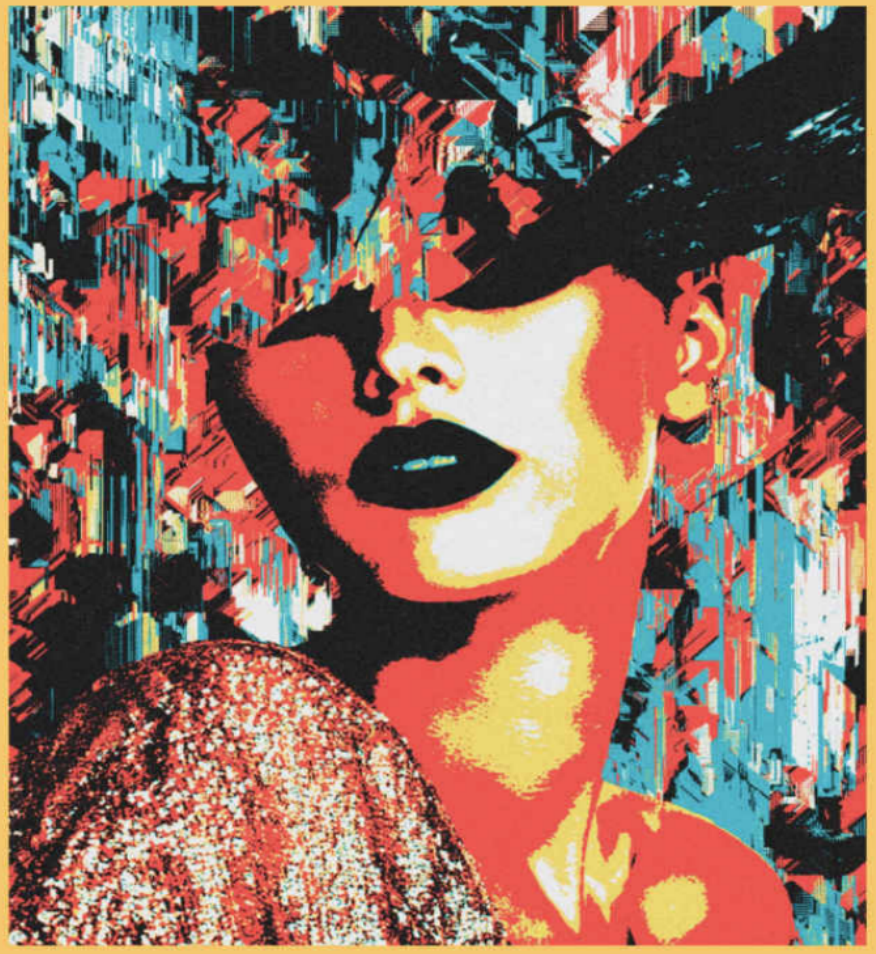
HEMINGWAY EN MIS ZAPATOS



WINONA JEFF

Índice de contenido

7:00 pm
7:45 pm
10:45 pm
00:00
02:00 am
03:08 am
04:23 am
05:00 am

HEMINGWAY EN MIS ZAPATOS

WINONA JEFF

© WINONA JEFF
HEMINGWAY EN MIS ZAPATOS

Editado por YO me publico

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

7:00 pm

El bar no era como lo imaginaba, lleno de toreros y gitanas bailando. Era un lugar impersonal pero apetecible. Tenía sillas con forma de huevo y una sugerente penumbra.

Me sentía francamente bien, cual héroe hemingwayano dispuesto a lidiar con los avatares del destino. Me pavoneé a lo largo de la barra y ocupé el taburete que Fortuna había reservado para mis posaderas. Pedí un *whiskey on the rocks*. No por placer, sino por principios. Había llegado a Madrid siguiendo la estela de Hemingway y pretendía sumergirme —literalmente— en sus principales gestas. Sorbito a sorbito escrutaba el lugar. El camarero me obsequió con un cuenco colmado de frutos secos. Anacardos, cacahuetes, almendras y maíz tostado... con *whiskey*. Avituallamiento ideal para cualquier aventura y mi primer menú en la ciudad de Madrid.

No era yo precisamente un varón homosexual pero aquel negrazo me atrajo desde el primer momento. De aspecto elegante y salvaje, bebía un cóctel purpúreo con una gran pajita. Seguro que era la persona adecuada para ir a los toros.

¿Qué hacer? No sabía cuándo habría una corrida ni si la plaza de Las Ventas existiría todavía. Además, se me acababa de ocurrir, mientras miraba a un muchacho negro que bien podría ser un gigoló o una promesa del baloncesto provinciano. Quizás debería seguir privando y encaminar la noche a la posible satisfacción de un encuentro sexual. Al fin y al cabo no hacía mucho que habíamos vuelto a estrujarnos como antaño y el libertinaje se percibía como norma en la ciudad.

Era el momento de aplicar el método: «¿Qué haría Hemingway en mi lugar?» La respuesta apareció fácil, aunque se antojaba ardua en su ejecución. «Torear, Gregory, torear». Me acercaría al enorme muchacho negro y le pediría que me llevara a los toros.

Tres días antes llevaba la contabilidad de una empresa funeraria y ahora iba a torear. Había cambiado la oficina por el ruedo. Había mejorado.

Tuve la sensación de estar pensando durante horas. ¿Cómo abordar a aquel espécimen?

«¡Qué demonios!» «¡A la carga!» «De todas maneras moriremos pronto». Abandoné la barra y me dirigí a la esquina donde reposaba el tiarrón. Me miró con altiva curiosidad.

—Hola, quiero que me lleves a los toros —entoné asustado. Silencio. Su mirada se tornó oscura. Empecé a tener dudas sobre el método y su buen funcionamiento. De pronto, comenzó a reírse *in*

crescendo como un simpático demonio.

—Ja, ja, ja, ja. Ya nadie hace eso, cariño —respondió con amabilidad.

—¿Ah, no?

—No, pero es una forma muy original de ligar. Si me hubieras ofrecido un safari para ver fieras, me lo habría pensado... un poquito —replicó con abrumadora sexualidad.

—Entonces, ¿qué hace la gente aquí para divertirse?

—¿Divertirse? La gente tampoco hace eso ya. Cada uno hace lo que puede para sobrevivir. Yo voy a la ópera.

—¿Ópera? —dije extrañado.

—Sí, ópera. Además en los tiempos que vivimos, lavarse los oídos con cierta frecuencia resulta indispensable —sentenció.

—¿Ópera?

—Sí, sí, ya sabes...*¡Vinceròooooo!* —bramó cual toro bravo.

—Sí, sí, Pavarotti y todo eso. Está muy bien.

—¿Muy bien, eh? —dijo con retintín.

—Anda, ven a la ópera que te invito.

—*¡Cool!*

—Venga, que vamos tarde.

Remató el misterioso cóctel y se puso en pie. Era mucho más impresionante de cerca, todo vestido de negro, con todo muy ajustado, todo muy dispuesto para el lucimiento de un cuerpo sobredimensionado. Se puso un abrigo oscuro y unas gafas rojas con cristales de espejo. Se ajustó el paquete y salimos del bar.

Una invitación a la ópera era algo extraño y maravilloso. No hacía falta aplicar el método para aceptar sin reservas. La ópera me molaba bastante y si no hubiera sido por mi temor a volverme exquisito habría escuchado mucha más.

De camino al teatro encontramos a un par de jovenzuelos cantando en la calle. No sonaban nada mal, pensé. Nada mal.

—¡Caray, cuánto arte y cuánto artista hay en este país! —dije halagüeñamente.

—¿Arte?, ¿artistas? *Eso* no son artistas, cariño. Los artistas nadan a contracorriente, nadan contra chorretones de mierda y aún así consiguen avanzar —dijo solemnemente. —¡¡Y no más pop de mierda, por favor!! —aseveró gritando hacia el cielo.

—*¿What?*

—*Shity pop, mon ami*. No creas que lo que vamos a escuchar ahora en el teatro es algo diferente del pop. Pero *esto* se inventó para que la gente incapaz, pudiera hacer música. Más bien, violar el espacio acústico con su insípido trabajo con el sonido... violadores del espacio —añadió en tono siniestro.

—Mmmmm... juraría que para eso se inventó el *indie*.

—No querido, el *indie* es para los que son incapaces de hacer *esto*, ja, ja, ja.

—De otros estilos mejor no hablamos, ¿no?

—Ji, ji, ji, pues no, mejor no, tengamos la fiesta en paz ¿eh?... que... bueno... el arte llega cuando tiene algo que contar y... de denigrar a la especie humana ya se encargan las megacorporaciones del entretenimiento. ¡Qué se vayan a entretener a las ovejas! Yo quiero arder, amigo mío. —Sus ojos enormes parecían salirse de su cara—. Quiero ser dueño de lo que me meto por los ojos y los oídos, de lo que toco y de lo que... en fin, eh, todavía es un poco pronto para invocar ciertas conjugaciones, que nos acabamos de conocer. El caso es que lo que yo consumo no lo decide un tipejo trajeado que se dedica a rebuscar entre la bazofia, ni el aquelarre cibernético de las nuevas tendencias, ni los influenciadores y demás intoxicadores.

Enmudecí durante unos segundos. Mucha información para reflexionar y demasiada vehemencia para no estar en lo cierto.

—¿Tú eres artista? —pregunté con sincera curiosidad.

—No, pero consigo avanzar.

Los dos avanzábamos, literalmente por las calles de Madrid. Yo le contaba mi vida y él, sonriente, me sometía al descaro de sus ojos. Fascinado por sus formas entre lo urbano y lo palaciego, le expliqué cómo un *yankie* había decidido transformar su vida tomando como ejemplo a Ernest Hemingway.

—¿Hemingway? —dijo conteniendo una carcajada—, no sé que me gusta menos, si su pluma o su empeño en desplumar a todo bicho viviente. De verdad que me he esforzado en que me gusten sus libros, pero he fracasado. Bueno, excepto *El viejo y el mar*.

—No es la pluma de Hemingway la que me ha traído aquí. Son sus zapatos, creo que necesito aprender a caminar de nuevo.

—Y pretendes conseguirlo preguntándote ¿Qué haría Hemingway en mi lugar? —dijo aguantándose la risa.

—Sip.

—Ja, ja, ja, ja. No, no me malinterpretes, me encanta, ja, ja, ja, ja, por eso me pediste que te llevara a los toros. Ja, ja, ja, ja, ja. ¡Pero si hay multitud de cosas que podemos hacer tú y yo, mejores que ir a ver a una pandilla de matarifes vestidos de folclóricas! Ja, ja, ja, ja.

Desde luego se estaba pegando una buena risotada a mi costa. Yo me reí con él, pues motivos no le faltaban y no parecía haber ni pizca de malicia en su masiva hilaridad. Entre risas y algún comentario sobre Hemingway, llegamos al teatro. Antes de entrar me dijo que íbamos al encuentro de no se qué naftalina con caspa.

—Mira, ¿ves aquella cenutria de allí?, su objetivo es que vean su bolso nuevo. Y si ve esas botas malolientes de horterilla americano que llevas, se va a cagar en tus muertos —sentenció el gigante.

—¿Cagarse en mis muertos?

—Sí, lindo. Estos españoles tienen expresiones muy simpáticas y creativas.

—¿Tú no eres español?

—No cariño, soy cubano, y me llamo Antoine. Como buen cubano llevo dentro una revolución, mi propia revolución, y lo de Antoine es porque soy medio francés, como la guillotina. Y antes de que me lo preguntes. Sí, he estado y he vivido en el París de tu Hemingway. Pero puedes estar seguro de que no hay lugar más loco y divertido que este Madrid contemporáneo.

— ¿Y lo de la caspa?

—Mmmmm a ver, ¿cómo te lo explico? La caspa es indeseable, ¿no? Por mucho que menees la cabeza siempre aparece más. Es desagradable y molesta. Se pasa de generación en generación desde que el hombre es mono y... en el teatro hay bastante... como esa que parece que va disfrazada de jineta acompañada por un cazador de patos. Es el estilo del remordimiento español. Ya aprenderás a identificarlo—. «Remordimiento español». «Cojonudo».

Antoine pasó al *water closet* y yo traté de reconocer el remordimiento español en el vestíbulo del teatro. Jinetas, patos y pantalones de camuflaje recreaban la *Hunting magazine* con toques de capitalismo rosa. Gafotas de *millennial* en un musculoso cuarentón con sienes de plata, pantalones *beige* de pirata y camisa hawaiana. Rondándolo, una señora agarrada a una prenda de visón farfullaba «qué vergüenza, qué vergüenza». Por lo visto no se podía tolerar tan indecente modo de vestir en el templo de los patos. El cachas, consciente y molesto se giró para espetar: «¡Basta ya!, vuélvase al siglo diecinueve dinosauria!». La mujer enmudeció. Parecía haberse tragado una tormenta de rayos que debía contener con sus labios. Pese a la rabia espumajosa de la señora, la contienda no fue a mayores. Ni siquiera su marido, de aspecto cansado y aburrido, se dignó hacer algo más que encogerse de hombros.

Después del jurásico incidente me fijé en un póster que todo el mundo ignoraba en el vestíbulo. Era un gato vestido de torero. Un felino antropomórfico de mirada azul desafiante que observaba a todos los presentes. Para él, todos eran iguales, todos con el rostro bronceado, bien temperados y armonizados por el dios dinero. Los gustos de alcoba le eran indiferentes porque podía olerlos, marcados por la fragancia del pensamiento dominante. Era un gato artista de esos que se pueden elevar por encima de la mierda y ven, aunque en pequeñito, las cosas como son. Antoine apareció desvaneciendo aquel conato de reflexión misantrópica. Su refrescante sonrisa inundó el vestíbulo y me guió a las entrañas del teatro. No se me estaba dando mal eso de pensar. Tendría que haberlo hecho más, como lo de ir a la

ópera.

7:45 pm

Pasamos al patio de butacas. Me acerqué al foso de la orquesta como un niño a los columpios. Aquel agujero era un formidable microcosmos. Convivían jóvenes miradas, expresión de sanos deseos y camaradería, con miradas erosionadas por el tiempo y la costumbre, llenas de indiferencia o evidente desprecio. Durante un involuntario escrutinio de admiración biológica, mi simio interior advirtió que las tetas de la arpista eran producto de las fuerzas unionistas de Van der Waals, que era como se refería mi amigo Philip —químico y militar— a los pechos de silicona. Me sentí descolocado frente a aquel busto edulcorado. Resultaba desconcertante que un instrumento tan feérico en mi imaginación, que solo debiera frecuentar manos de hadas y amazonas, fuera a ser ejecutado por toda una Ana Nicole Smith. «Jj, ji, ji, ji». «¡Bravo!» «Si le ha apetecido, pues ole». Y ole y olé. Porque en aquel plástico conjunto era evidente la búsqueda de lo homogéneo: los megapechos se veían acompañados por unos grandes labios de igual manera prefabricados, algunos trabajitos faciales y a juzgar por su elevada posición en la banqueta, unos buenos implantes de nalgas. Alguien puso su mano bruscamente sobre mi hombro.

—¡Joder, qué susto!

—Tranquilo chico, que soy yo. —dijo Antoine

—Ya veo, ya.

—Qué pasa, ¿te has puesto nerviosita, o qué? Je, je. Algunos creen que todos sus amigos gays los quieren poner a hacer prospecciones. Pues sabed, que lo real de las expectativas es más poderoso que el ejercicio de la libre imaginación. Así que relaja el miembro *cowboy* y *ne sois pas si simplet*. Al fin y al cabo todo es normal y todo es natural. *Tu comprends*?

No sabía qué demonios contestar. Emití una especie de gruñido.

—Que te estoy provocando, si se te veía desde fuera del teatro que estabas dándole caña a *Barbie Harpy*. ¡Ja!

—Je, je, je. *¿Touché?* —. En efecto, dije *touché*. Muletilla que siempre quería soltar y nunca terminaba de ser pertinente. Esta vez tampoco lo era. Nada por lo que preocuparse. Antoine percibía mi estupidez y yo lo sabía. Nos reímos. Fuimos a nuestras butacas.

Aguardé con placer ansioso el tenso silencio que precede a los primeros compases. Comenzó la música, música maravillosa. El escenario se llenó de vida. Era como abrir una ventana y contemplar las cosas más hermosas del pasado. Belleza. Un viaje en el tiempo como había imaginado, —con mujeres gitanas, trajes de sevillana y toreros— pero con mejor música. Fue un baño de españolismo

fantástico. Había un bandido que cuando abría la boca me hacía vibrar hasta las pestañas. Era una generosa tromba de sonido y emociones. *Juanillo, er bandolero*. Me encantaba el nombre. Este *Little Johnny* tenía al *respetable* encandilado. Luego otro cantó «torero quiero ser y torear pa ti» y yo quería gritar y saltar en la butaca. Quería ser un cantante de ópera y sentirme así todos los días de mi vida. Quería dedicarme a trinar y a emitir gorgoritos como un pájaro que vuela cada noche entre las butacas acariciando las ánimas. Quería, hasta que un ligero y turbio cacareo me sacó del trance.

Entonces recordé que no era nada más que un pobre diablo con la boca infestada de kikos de maíz y que después de la funeraria solo tendría coraje para conseguir un trabajo peor todavía. Traté de mitigar mi malestar con el bello pensamiento de precipitar a las mencionadas gallinas de bruces por las escaleras. Así aprovecharía el entreacto y las aves aprenderían que cuando el maestro habla, no se cacarea.

Un alma generosa y solitaria que se desgañitaba rogando silencio, espetó un agrio y efectivo «¡Váyanse al bar, JODER!» y los faisánidos enmudecieron durante el resto de la función. «Mucho mejor así». Unos cuantos pensamientos más y algunos sueños que no vienen a cuento «Barbie Harpy» y estaba inmerso de nuevo en la sierra andaluza.

El espectáculo sacudió el tiempo de un modo que parecía no haber avanzado. El drama había terminado. Todos muertos y el público feliz en la butaca. «¡Bravo, bravo!» Gritábamos todos. La locura del personal jaleando y lanzando flores al escenario resultaba insuficiente. Había que abrazar a aquella gente y sacarla en volandas. Antoine aplaudía a mi lado, contenido pero notablemente satisfecho. Me impuse algo de sosiego para disimular unos modales de fanática adolescente delante de mi imponente cicerone.

Salimos del teatro. Levitaba. Era como estar ebrio, intoxicado de sanos placeres, pero la resaca en lugar de remordimientos me traería bonitas melodías a la cabeza.

Dediqué unos pensamientos a los artistas. ¿Cómo sería la vida de aquellos tipos?¿Y esas gargantas? Desde luego había que estar un poco chiflado para desarrollar esa profesión de manera conveniente. Me imaginé a mí mismo protagonizando algún retorcido y truculento drama, muriendo delante de miles de personas, pasando un buen rato y recibiendo locos y apasionados aplausos.

10:45 pm

Fuera del teatro gozaba el impuro aire de la ciudad. Lo aspiraba como un elixir que recorre un sinfín de rincones encantadores. En uno de esos rincones un piano clamaba por la dicha de ser manoseado.

—Mmmmmm *absolument esquis* —dijo Antoine, que me echó una miradita que concentraba toda su travesura—, vamos a fliparnos un poco, ja, ja, ja, ja.

Se sentó al piano con un elegante gesto, dejando caer su abrigo hasta el suelo. Comenzó a ejecutar música tenebrosa que fue modulando con habilidad hacia tonos más amables. Espontáneos pianistas se acercaron para improvisar sobre las invenciones de Antoine. Había algo nocivo, diabólico y genuinamente hermoso en aquellas melodías.

—*¡Minimal* ja, ja, ja! —gritaba Antoine—. ¡Sí, más, más! —clamaba en estado de trance.

Profería un canto singular, sin aparente sentido, compuesto de rugidos satánicos, sonidos sopranísticos como los de un castrado, berridos de grises intervalos y toda una gama de gorgoritos incalificables.

Ojalá Hemingway hubiera presenciado aquello: una bestia taurina entonando melodías celestiales, aullidos del infierno y retumbantes carcajadas. Montones de dedos alborotados jugando sobre el teclado una imposible partida de ajedrez. Todo ello enmarcado en Madrid, frente a la casa de un tal Frasquillo o Frascuelo, que por lo visto fue gran torero. «Acojonante».

Fue por las revelaciones, o por el *jet-lag*, o el síndrome post-pandémico, pero mi percepción del mundo, policromática e inexorablemente presente, comenzó a languidecer en una especie de transición líquida hacia otro mundo en blanco y negro. Antoine y su música se alejaron de modo que solo se podían sentir a través de graves y lejanas vibraciones, como tras un muro de hormigón.

Una realidad ha cedido su lugar a otra, donde puedo ver a un tal Ernest Miller Hemingway, escritor estadounidense, ¡vivo! Y tan vivo que despotrica vivamente en plena calle a las puertas de un hotel.

—Nos vas a llenar de mierda Juanito —vocifera Ernest.

—Esto es una guerra civil, dime cómo podría haber más mierda.

—Podrían impedirnos hacer nuestro trabajo.

—Dime qué sabes de Robles, lo han matado, ¿verdad?

—Robles es un espía fascista, así que deja de hacer preguntas y céntrate en tus despachos y en la película.

—Sabes que no es verdad y que voy a llegar hasta el final con este

asunto.

—No, si te parto la cara ahora mismo.

Aparece una mujer rubia. Es la reportera Martha Gellhorn dentro de una gabardina, fumando un pitillo. Se entromete antes de que Hemingway se pueda abalanzar sobre Dos Passos.

—¡Caballeros! No olvidemos nuestra misión aquí. Si nos enfrentamos entre nosotros hacemos más fuertes a los fascistas.

—Díselo a éste —gruñe Hemingway, que amaga un puñetazo y se larga calle abajo.

—¿A dónde vas Ernest? —dice Martha.

—Me voy con mi única amante fiel, que con vosotros se me quitan las ganas de todo — grazna Hemingway alejándose calle abajo.

—¿Dónde va este? —pregunta Dos Passos.

—Pfff, se irá a beber, donde los rusos.

—Hey, ¿Qué haces *yankie*, *yankie*, *yankie*... estás en la parra, querido? —dice un cubano gigantón.

—¿Cómo dices?

Un gentío aplaudía en derredor. Miré en todas direcciones con disimulada desesperación, intentando encontrar una cámara de cine o un *set* de producción, algún resorte de realidad al que agarrarme para evitar el naufragio de una enfermedad mental. Busqué entre la multitud a un diminuto Woody Allen, filmando en aquel lugar que se acababa de teñir de romanticismo cinematográfico.

Todas las lecturas sobre Hemingway & Co, habían originado en mi cerebro una quijotesca forma de enajenación. Si no hubiera sido por la imagen de Antoine, adorado cual diva del rock callejero, la realidad me habría parecido insoportablemente insípida.

—Insisto, *¡yankie!* Parece que has visto un fantasma —dijo Antoine parodiándose a sí mismo con brutal amaneramiento.

—¡Oh! ¡Ah! *Eeeeee*... ciertamente Antoine, todo un cónclave de célebres fantasmas.

—Déjame adivinar, Hemingway y Joyce, vestidos de toreros en una mugrienta taberna, con el chacachá del tren, ¿a que sí? —dijo Antoine, gozando de sus especulaciones.

—Bueno, je, je, je, casi, casi. Hemingway y Dos Passos, a punto de darse de hostias. En blanco y negro.

—Ja, ja, ja, ja, qué original, me encanta je, je, je, *époustouflant*. Ven, quiero que me lo cuentes todo de tus fantasmas.

Antoine me guió hasta una cueva húmeda de ladrillos con tuberías a la vista. Era un genial y putrefacto garito. Un paraíso para la vida microscópica donde servían cervezas americanas y pagabas en efectivo. «Aquí todo analógico, chaval» me dijo el barman señalando la colección de vinilos.

Sonaba y resonaba un blues apisonador, con mucho sabor

americano. «Cojonudo imperio, el nuestro». Nos sentamos en torno a una diminuta mesa en las profundidades de la caverna y le conté a Antoine acerca de mis fantasmas. Sus ojos, fuera de órbita, querían saber más, querían adivinar la naturaleza química de mi viaje en el tiempo. Enumeró decenas de sustancias alucinógenas de las que no había oído hablar en mi vida, con cantidad de detalles y terminología científica. Me preguntó si había sentido terror, confusión o frío, insinuando que había consumido droga durante su *performance*. «Nada más lejos de la realidad».

—Placer, solo placer, Antoine... y sin hacer trampas.

—Un viaje de placer al pasado, mmmm... *¡c'est tout à fait sublime*, *yankie* chiflado!— replicó derritiendo cada palabra que salía de sus labios.

Convencido de que le decía la verdad, se interesó aún más por mí, asegurando que poseía un don para comunicarme con el más allá. Comenzó a mirarme de otra manera. Entonces era valioso de algún modo para él, más allá del puramente sexual.

Lo recuerdo mirándome, asintiendo como un zorro adivino de mis pensamientos hasta que una voz amplificada preconizó desde «el escenario»: «Buenas noches. Demos la bienvenida a Casiopea, excelente banda que ha venido a someternos con su *trance blues* de raíces flamencas».

Antoine devolvió sus ojos a órbitas extraterrestres y completó una inhumana rotación de cuello de las que solo puedes hacer si estás poseído por Satanás. El cantante de Casiopea ofreció una breve exposición acerca del «*trance blues* flamenco», que «según la ciencia extremeña es la combinación de ritmos y armonías más exacta y poderosa para menear el esqueleto». Tenía un simpático acento sureño y un chaleco de colores. Moderadamente orondo pero tremendamente enérgico hizo rugir a la banda, que resultó sonar más a *trad* blues con cajón que al grito de otra galaxia.

Antoine comenzó a mover sus hombros al son de Casiopea.

—No puedo evitarlo, no puedo... me lleva Terpsícore —dijo Antoine lanzándome sus brazos.

—Sigamos pues, su guirnalda de flores y dejémonos seducir por el venenoso canto de su lira.

Instigado por la elocuencia y el ingenio, repliqué de aquella manera, casi poética y sin precedentes en mi biografía. Sentí una llama en las tripas, la necesidad de asociarme con la belleza de un modo que no podía comprender. Debía ser lo que sienten los artistas cuando la musa los visita o los efectos de una fermentación tóxica en mi estómago. Era cojonudo.

—¡Dancemos libres Gregorito! ¡Busquemos almas sedientas para conquistar!

Antoine se introdujo como un torbellino en «la pista de baile» y yo fui en busca de bebida con mi Hemingway interior en ebullición, deseando entregarse a la aventura. Una copa y otra más. Y otra. El ritmo de ingesta era frenético. Nunca había bebido a tal velocidad pero para la gente de aquel bar parecía lo más natural del mundo.

Tal como Antoine había indicado, nos movíamos libremente por la sala, buscando almas para conquistar. Yo era feliz charlando y presentándome como el amigo americano. Era genial espachurrase de nuevo en una cueva maloliente. No hacía falta disculparse por pisar un pie ajeno, ni por realizar un despistado placaje, porque volvíamos a ser monos enjaulados en el cariño de lo desconocido. Antoine generaba un enorme poder gravitacional. Se acercaba a alguien y en cuestión de minutos ya lo estaban adorando, acariciando sus brazos, magreándose sin pudor alguno. Nuestras miradas se encontraron fortuitamente, desatando una complicidad mística. Apareció junto a mí.

—Nos vamos —dijo Antoine.

—¿Ahora? Si tienes el local a tus pies.

—Nos vamos. Quiero que conozcas a mi gente. Ha llegado el momento de iniciarte, además el soniquete de la banda se ha tornado del todo crispante.

¿Conocer a su gente? ¿Iniciarme? ¿Me tomaría como cobaya sexual? Quizás me llevara con una panda de locos que se dedicaban a cantar ópera o a crear fármacos para la felicidad. ¡¿Iniciarme?! ¡Sodomizarme! ¡Probablemente sodomizarme!

Salí con él inmediatamente. Aquella noche era incapaz de negarme. No podía. Cualquier cosa por espantosa o peligrosa que resultara, era mi empresa. Debía aprovechar cualquier ocasión para adentrarme en lo desconocido.

Antoine caminaba muy rápido, no me pude deleitar ni un microsegundo en admirar la ciudad. Solo aminoró la marcha cuando pasamos junto a un vagabundo: «Mira, un Goya» dijo. Lo miré para cotejar el parecido y su rostro no ofreció duda alguna. Goya había pintado a aquel homeless granate. Era igual que *El tío paquete* pero en tonos más aborrachados. Su rostro arrugado y sus ropas raídas parecían de un siglo de antigüedad. Contrastaban con una manta rosa de *hello Kitty* que tapaba un sospechoso movimiento en la entrepierna del beodo camarada. Era un espectáculo bochornoso, con bricks de vino por el suelo e innumerables propiedades inservibles, donde destacaba un sincero trozo de cartón manuscrito: *PA VINO, PA PORROS Y OTROS VICIOS NOCTURNOS*.

Si algún tipo incapaz con pinta de hipster, de esos que se dedican al *indie* lo hubiera considerado oportuno, «Manubrio callejero (*performance*)» ocuparía hoy un lugar destacado en alguna galería de

arte contemporáneo.

Mientras nos alejábamos me acompañó la imagen del beodo masturbador y lo repugnante de hasta qué punto la miseria y los horrores formaban parte cotidiana de nuestras vidas. Las reflexiones quedaron difuminadas por el clamor de una fiesta en medio de la calle. Antoine me miró como el que acaba de hacer un hallazgo extraordinario.

—Aquí quiero exhibirme yo un poquito Gregorito, que hace mucho que no tenemos de esto.

—Estupendo.

Mi iniciación, fuera de la clase que fuera, podría esperar. Perdí de vista a un ojiplático Antoine que se había fundido entre las gentes y me dirigí a una prefabricada barra de bar apostada a un lado de la calle. Debía seguir privando.

Aquel barrio no se daba aires de realeza española. Renunciaba al lujo en favor de un mejunje cultural dispuesto en agradable caos. Una macedonia sensorial comandada por un *disc jockey* que exprimía con frenesí sus vinilos.

Éxtasis electrónico con saxofón del infierno, profundo y brillante, rugiendo como una bestia desde las entrañas de la ciudad. La gente sonreía y bailaba en un ambiente de aromas prohibidos. El antiguo y escoriado suelo de adoquines no era impedimento para que un moro con un llamativo cartón a modo de tonsura se convirtiera en el rey de la pista. Aquel demonio del desierto bailaba con chancletas de piscina y calcetines blancos. Miraba al cielo ejecutando gestos chamánicos y sus pies eran eléctricos, poseídos por el desenfreno dictador de Shiva en su ejercicio de espontáneo creador del mundo. Una mujer pelirroja de aspecto tóxico, con cara de pájaro arrugado, también reclamaba un espacio para la danza. Largamente y con dedicación había trabajado el tiempo los surcos de su cara, pero la fiesta seguía por dentro. Intacta. Su actitud hacia el ritual callejero era irreprochable. El moro de las chanclas y su fibrosa delgadez ocupaban un chandal de tela brillante, que sumaba una fascinante estela a sus movimientos. Una pareja de pijos pasó a mi lado. Él, con un *abrigoncio* oscuro abría paso para su hembra, que desde la retaguardia conyugal observaba el ceremonial nocturno con ojos de juventud, viviendo las locuras que nunca le habían pasado. Prisioneras de las barandillas de un diminuto balcón bailaban dos mandrilillas en las alturas. No debían tener más de cuatro o seis años ni padres que les hicieran mucho caso. Bailaban al son del brutal despliegue de decibelios, agarradas a los barrotes de hierro. Estaban mejor en aquel ambiente de palpable toxicidad que dentro de casa frente a la pantalla.

Vida. VIDA nocturna y una respuesta al fenómeno de la convivencia. Allí daba igual de dónde vinieras, cómo vistieras o las

canas que peinaras, si es que te quedaba algo para peinar. Lo importante era comulgar con cierta pertenencia a «lo alternativo», aunque no hacía falta ser Sherlock Holmes para percatarse de que alcohol y cannabis eran los «cuerpos» de aquella comunión. En cualquier caso se percibía un buen ambiente, todavía era pronto para palpar el reverso tóxico de ese tipo de «devoción».

Vino a parar junto a mí, y mi parapeto cervecil, un tipo de mediana edad, con aspecto juvenil pero ajado, como de niño que no ha terminado de crecer bien y ha trocado la belleza apolínea por un aspecto extraño pero atractivo. Parecía que le había birlado la indumentaria a un héroe de cómic de esos japoneses para adultos. Aquella chupa de motero intergaláctico y un tupé totalmente surfeable eran impensables en una dimensión humana.

Me hizo un gesto levantando la cabeza como de «¿What´s up man?» al que repliqué con un elocuente «hey». Se acercó y contemplamos aquel generoso campo de estudio urbano.

—Joder, cómo está el patio macho —sentenció el tipo.

—Ya ves, cuánto personaje, parece esto *New York*.

—Sí, sí, mucho personaje y poco artista, esa es una de la enfermedades de las ciudades posmodernas.

—Je, je, sí. Bueno el *dj* tiene su arte.

—Buá, *eso* es un tipo que pone música, eso antes lo hacían las gramolas, el arte lo tiene el que inventó el cacharro ese y los *sintes* —dijo mientras sacaba una masilla marrón que se apresuró a dorar con su mechero.

—¿Tu eres artista?

—Bueno, más o menos, soy actor.

—Vaya, qué bien suena eso, en qué andas metido ¿cine?

—Qué va macho, algo de tele... pero ya casi no curro, es una profesión muy jodida. Empecé de niño y me fue muy bien hasta que llegó una nueva generación de *dires* y nos mandaron a la mierda. Da igual que actúes o no. Hay gente que empieza a actuar a los veinte y a lo mejor hacen una peli con cuarenta tacos y otros empiezan a hacer películas a los veinte y con mucha suerte empiezan a actuar con cuarenta o cincuenta, macho —dijo entre desganadas carcajadas.

—¿Y eso?

—Pues lo que te decía macho, *pfff* que es una profesión muy jodida y un debate muy largo, hay mucha peña que no emplea a un buen actor ni por error, y ni aún así curro. Será el tejido, el tejido cultural, eones sin libros, o yo qué sé.

—Ah mmm, ya ¿Y... tú has hecho de *prota* de alguna peli?

—Sí, sí de unas cuantas... pero es que yo soy un actor de mierda, ¿comprendes?

—No será para tanto, si te pagan y te mola lo que haces...

—Nah, Y tú, ¿qué haces?

—Mmmmm, soy escritor. —Toma trola, había que ir soltándose en el noble arte del fanfarroneo—. Estoy recopilando material para mi próximo libro, que va a tratar sobre Hemingway en Madrid, durante la guerra civil.

Se hizo un silencio hasta que pasó un grupo de tíos cachas con un par de mujeres rastafaris con andares de camélido.

—Joder, cómo están todas — dijo el actor—. Hay que tener amantes, macho. A veces creo que solo me casé para tener amantes, ¿sabes?

—Nop.

—Pues me refiero a los límites tío, los necesarios límites que te pone el matrimonio. Los límites que permiten crear al artista, permiten también vivir al cabrón.

—Ahmmmm.

—Me lo puedes preguntar, hay confianza, ja, ja, ja, ja ya te dije que soy actor, o sea que estoy entre el artista y el cabrón ja, ja, ja, ja, ja—. El tipo se tambaleó ligeramente y soltó una carcajada cínica.

—¿Qué pasa *man*, estás bien? —. Sus ojos hacían aguas. Algo no le había sentado bien al tipo.

—Qué va tronco, lo cierto es que soy marica, soy un marica cobarde.

—¿Pero qué cojones dices?

—Que dejé a mi amante, después de veinte años, porque estaba enfermo, sí macho, y no puedo vivir con ello. ¡Qué podía tener yo en contra de una enfermedad que se pilla follando y drogándose, cuando lo inicié en todas y cada una de las tropelías que tanto nos molaban!... y lo dejé como a un perro... soy un puto falso, un *cagao*... soy un mierda...

—Vale, vale, tranquilo amigo.

No tenía claro cómo consolarlo. O era un actor genial tocándome las bolas, o estaba jodido de verdad. No encontraba palabras para ayudarlo, pero encontré un caramelo en mi bolsillo y se lo puse en la mano, cerrándosela con fuerza y diciéndole la primera frase que se me ocurrió, que bien me la habría podido susurrar Pedro Grullo.

—Habla con él y pase lo que pase saldrás adelante.

—Está muerto, ¿te enteras? Muerto.

—Joder, lo siento.

Aquel cabrón esperaba algo de mí y yo solo quería seguir con mi cerveza. «Vete a hacer puñetas mamón, hoy no es el día del melodrama madrileño».

Normalmente la empatía me habría anulado y convertido en un amistoso y paciente psicólogo callejero, como un osito de peluche... *peeeero*, me aferré a las alas de una incipiente ebriedad para

mostrarme transparente y asqueroso.

—Mira, a mí siempre me han importado los sentimientos de las personas, por eso nunca he podido ser sincero con la gente. Es un defecto congénito. Uno de ellos. Pero gracias al poder de este bebedizo encuentro las agallas para decirte que dejes de lloriquear, que pareces una plañidera sacada de un jodido *animé* o *anime* o como cojones se diga y que me dejes un poco tranquilo, joder, que seguro que vives mejor que la mayoría de miserables que nos encontramos aquí, así que... adiós, caranabo.

La sinceridad lo tranquilizó más que cualquier fruslería de autoayuda que le hubiera podido ofrecer. Era un comportamiento anómalo en mí, y aunque orgulloso, estaba palpitando por el exabrupto que le había soltado.

Con los andares de una *top model* y las dimensiones de una estrella de la NBA irrumpió Antoine entre un grupo de aletargados fiesteros. Mi ánimo cambió de inmediato. Un saludo militar me despidió del actorcillo y una miradita de Antoine bastó para saber que nos dirigíamos a «su territorio». Recorrimos algunas callejuelas. Lo seguí silencioso y obediente, cual perrillo gentil que goza de la brisa sobre su carita peluda y sonriente.

00:00

Voilà. Zumo de tucán, tus smoothies de frutas exóticas, apuntaba un luminoso. Antoine me había llevado a una tienda de batidos.

No era yo muy amigo de la fruta, pero entré intrigado por descubrir la naturaleza de aquella broma, convencido de que no tardaría en tener un trago en mis manos. Dos mujeres de aspecto juvenil aguardaban tras el mostrador, sonrientes a la llegada del ídolo negro.

—Estas son mis hermanas, son Las Rosas del desierto —proclamó misterioso, Antoine.

Eran una chica de aspecto árabe y otra que parecía del África negra. Combinaban en perfecto equilibrio la coquetería urbana y el encanto de su naturaleza exótica. Llevaban un pantalón negro ajustado con un top de color naranja que revelaba la primorosa desnudez del vientre y parte de las zonas colindantes. Sus cuerpos eran casi idénticos, incluyendo un brillante incrustado en el ombligo, coronando la sagrada región abdominal. La negra tenía un pelo afro divertido de aspecto suave, donde se abría paso una carita de ideales proporciones. La otra tenía una cara de rasgos mucho más marcados y personales. Su nariz y melena inextinguibles me recordaban a Dawny Artebaum, (la belleza hebrea de la biblioteca Lister Hill de la UAB) pero en una versión más *rockandrolla*, con aros de pirata y tatuajes *oldschool*.

—Este es Gregory, mi amigo norteamericano. Está aquí para degustar un poco del jugo de la vida.

—Mucho gusto, Rosas —dije con la voz de un niño de ocho años.

Sin que lo viera venir, Antoine me agarró por el antebrazo y me arrastró hacia la puerta de servicio. Atravesamos una cocina pegajosa y llegamos a un pequeño patio interior donde nos detuvimos uno frente al otro. Me miró con una gran sonrisa y dos metros de oscura provocación y salvaje sexualidad. El patio se había convertido en una improvisada plaza de toros. Los tendidos se derretían. La bravura caribeña amenazaba gentilmente todas mis costumbres, mis prejuicios y mis miserias. Sentía el aroma de millares de frutas.

¿Serían aquellos los olores de mi primera experiencia homosexual?

Estaba dispuesto a aceptar el desafío, pero activamente no hice nada. Más por no saber, que por no querer. No podía aplicar el método porque en semejante situación, Hemingway la habría emprendido a golpes con Antoine, el cual lo habría machacado, como William Faulkner muchos años antes en una habitación de París.

—Mantén viva la aspidistra, déjala que vuele —dijo Antoine.

—¿Aspidistra, *wtf* ?

¿Qué clase de chiflado tenía delante de mí?

Rechinantes mecanismos agudizaron su sempiterna sonrisa cuando se abrió una ventana del patio interior. Se deleitó un instante con la poesía que pudo leer en mi cara y me invitó a entrar. Gracias a la tontería y a nuestros ya negligentes reflejos, tropezamos dentro de un pasadizo que recorrimos como un par de adolescentes en el ejercicio de sus primeras libertades.

«...seguridad en sí mismo, esplendidez, control de espíritu, valor, desprecio de los peligros, cordialidad,...», «...en él predomina la parte más divina de su naturaleza… límpida serenidad... la gran luz del entendimiento majestuoso...», «...de deliciosa paz y comodidad, con una elevación y expansión de toda la naturaleza moral e intelectual...»

Así rezaban los negros muros, con letras escritas en color plata. Al final del pasillo destacaba una ramita dorada y una inscripción: «Fuck the MTV and the 1926».

—¿Y eso?

—Primera experiencia televisiva, origen de los *zombies*. Lo otro me lo sugirió un amigo mío de los Balcanes, que es medio francés también. Para una ligera epidermis puede resultar ultrajante, pero pocos accedemos por aquí. Es para que dejen el *portable* en otra parte... el *disclaimer* que tenía antes era bastante más descriptivo y decididamente ofensivo. «Cool».

Le entregué el móvil a Antoine, aguijoneado por tan afrentosa consigna. Abrió el herrumbroso pórtico y aparecimos en medio de un enorme salón.

Era un mundo diferente, entre el pasado y lo impensable. Fantástico y distópico, el espacio era un compendio de clichés africanos, indios, chinos y japoneses. Allí se daban cita todas las cosas prohibidas y circunstancias que de ser descubiertas lo estarían. Cachimbas retorcidas, extraños brebajes. Mantra sonoro de placer y horror. Un gran salón coronado por una frase de Charles Bodelaire «Oh, justo, sutil y poderoso opio. Tú que aportas al corazón del pobre y al del rico».

Antoine explotaba de risa por los ojos tratando de disimular lo hilarante de mi perplejidad. «Gregorito, aquí ofrecemos clases de natación para gatos, ja, ja, ja. No pongas esa cara. Somos todos gatos, nos encanta ingerir pescado, pero nos da miedo el agua. Es aprender a nadar lo que nos dará libertad. Sin miedo al agua: barra libre de libertad. ¡Fluye *mon petit chat*!»

Hizo aproximarse a una *geisha* ciberpunk que me acompañó a mi aposento, danzando con gestos grandilocuentes y bizarros. Buenos modales y un singular *puff* con respaldo. No estaba todavía sentado y aquel canalla arenoso ya me había atrapado.

Una mesa de madera oscura sujetaba un cacharro extrañísimo. Era

un laboratorio de química, pero en una combinación más rimbombante. Matrices, tubos de ensayo, pipetas, mechero Bunsen y tubos. Tubos retorcidos.

Un *jamaicol* diminuto se aproximó a mi mesa. Realizó una sobria reverencia y conectó el artefacto al sistema de tuberías que recorría el salón. Líquidos entraban, humos salían. Me hizo un gesto. A fumar. Empecé a aspirar con apetencia. Observaba los movimientos en la cachimba. La mayor parte del cacharro ni siquiera entraba en funcionamiento, toda esa parafernalia era para expulsar un humillo dulce. «Pretenciosas nubes de golosina».

Francamente satisfactorio el engaño. Relax, mi mente era una masa ligera, un *souffle* americano. Pensamiento y palabras flotaban gentilmente ahí arriba. Lento magma caía por las colinas de mis entendederas. «Menuda parafernalia», pensaba y pensaba. «Parafernalia, hostia que p-a-l-a-b-r-a. *Parafren…infernalia…aliarla…aliarnalia…*» Vueltas y vueltas y más vueltas a *la palabra*. Estaba bastante confuso respecto a esa palabra, no sabía si realmente existía o me la había inventado. Continué fumando un poco más hasta que apareció Antoine con un tipo que tenía más maquillaje que dimensión como persona y más bigote que cara. Sus ojos eran dos puñaladas en una alargada y vieja calabaza. Se las ingeniaron para sentarse en los escasos márgenes que le quedaban a mi conciencia.

—Solamente los necios se destruyen a sí mismos chaval, no lo olvides —afirmó *Mr Pumpkin*.

No contesté.

—La costumbre amigo mío, eso sí que es peligroso —dijo Antoine —. Uno puede acostumbrarse a cualquier mierda y luego creerá que no puede vivir sin ella —añadió.

Lo miré, pero no abrí la boca. No quería estropear mis sensaciones abriendo el buzón. Antoine continuó hablando.

—Mira lo que pasa con la música, por ejemplo. Lo que escucha hoy la gente, es un sucedáneo degenerado. Es pura excrecencia. Huele como tal y se ve de la misma manera pero… ¡Exacto! La costumbre. Se han acostumbrado a ella como un forense se ha acostumbrado al olor de un cadáver. Sin embargo, el fiambre sigue oliendo a fiambre y la mierda sigue siendo mierda, aunque te guste. Es justo lo que te dije antes del *indie*. Es la evolución necrosante de una enfermedad, la enfermedad de la costumbre, la enfermedad de la indiferencia. Muere lo verdadero a manos de la apariencia.

Seguro que Antoine tenía razón, pero no pensar en nada era de lo mejor que me había pasado en *muuucho* tiempo. Se dio cuenta de que yo, por el momento, había dejado de ser un interlocutor válido.

—Bueno, ahí te dejo, en barbecho. Pronto serás un hombre nuevo.

Ojos mínimos. Mirada exigua de calabaza. ¿De dónde habría salido un tipo así? No era chino de manera evidente, apenas tenía ojos, tampoco era un prototipo de hombre occidental y desde luego era de color naranja. Para ser una uva pasa peinaba millares de canas color caoba. Entre su fluorescente tez y sus pelajos, la cabeza parecía una lamparilla con flecos, sostenida por un disfraz de naipe.

—Soy un arcaísmo chaval, pero estoy vivo, ¡vivo!

Joder, un arcaísmo. Empecé a pensar que aquel individuo era la muerte.

—Las guerras del opio, las gané todas je, je, je —graznó orgulloso.

Le habría preguntado si era inglés o chino después de aquel comentario. Pero no utilizaría absolutamente nada de mi aire para articular palabra. Debía permanecer en mí mismo. Todo el aire era para mí. Para mi *fotosíntesis*. Era un árbol recogiendo pensamientos para nutrirme de sabiduría en un florido jardín de amor y concordia. Debía seguir escuchando a la calabaza.

—Yo acabé con Lin Zexu, en la ciudad prohibida. Acabé con él. No lo leerás en los libros de historia pero así fue. Estuve allí. Lo envenené con derivados opiáceos como venganza por las prohibiciones, ji, ji, ji. Bueno, en realidad fue un encargo de la reina Victoria. Por aquel entonces éramos amantes. Me acuerdo como si fuera ayer. Luego fui reencarnado en un señor de Carabanchel. Supongo que al Karma no le gustó lo de Lin Zexu.

El señor calabaza quedó en silencio con el ceño fruncido. Relajó el rostro y sus ojos desaparecieron. *Geisha ciberpunk* levitaba graciosamente por el salón. Era una preciosa lagartija de otro mundo. Llevaba zumos y pastelillos a las mesas y escrutaba los artefactos humeantes.

Había algo desconcertante en aquel lugar. No había prostitutas ni prostitutos, al menos como yo había imaginado. Se hablaba de manera pausada y se reía con cierto amaneramiento. Si entre los drogadictos existía una élite petulante aquel era uno de sus lugares de reunión.

El salón era también un medio para la extravagancia. Los parroquianos parecían animalejos ilustrados, trufados de plumas y adornos barrocos. Carcajadas suaves y buenos modales se rodeaban de libros encuadernados en piel bajo una nube de calor estupefaciente.

Un ligero alboroto precedió al estruendo de unos tambores al otro lado de la pared. Cuatro apuestos tamborileros irrumpieron en el salón con enormes instrumentos sostenidos fálicamente entre sus muslos. Tras ellos, un grupo de fiero erotismo multiétnico. Afroditas de movimientos hipnóticos bailaban la provocación sexual. Se percibía algo muy puro, muy antiguo, de raíces salvajes y peligrosas. La mentira. Danza y percusión resultaban bastante convincentes para tratarse de una *performance* para ricos viciosos.

Las Diosas del pasado llevaban unas bandejas plateadas con flores secas y especias multicolor. La clientela deseaba embriagarse con aquello. Yo deseaba embriagarme con cualquier cosa y también me aventuré con el misterioso popurrí. Azar y humedad pusieron un pétalo amarillo en mi dedo. Lo dejé reposar sobre mi lengua donde se deshizo en cuestión de segundos... «vaya mierda, esto no hace nada...»

Zum, zum, zum, las balas silban por todas partes «¡Hostia!» Impactan con violencia en los restos de una pared reventada.

—Ole, ole, ole y olé —canta Hemingway eufórico y desnudo. Se acerca a cada impacto con un capote invisible.— ¡En esta atmósfera de aciaga belleza, toreo a la muerte... otra vez y otra vez más! ¡Ole! —vocifera Ernest.

El torero Hemingway capea junto a un catre y una mesa en compañía de un tullido perchero. En la cama, una mujer morena lo mira y sonríe con demoníaca devoción. La pared ausente muestra un verde campo de batalla y un horizonte de montañas. Hemingway deja caer su capote invisible para agarrar una botella que lo interpela desde la mesilla. Se tambalea como un marinero en la tormenta.

—Este asedio es el perfecto marco para nuestro amor. Muere Madrid a mis espaldas, heroína de una corrida infame, llena de sangre roja en la arena amarilla, donde no hay toro y no hay nobleza, donde un héroe de luces se ha cortado las venas con su afilado estoque.

—Muy profundo, loco Hemingstein, deja de beber que estás recitando poesía —replica sonriente la mujer.

—Te estoy hablando del ritual purificador, ¡soy un soldado! ¡Mujer! Soy un torero que va a morir —. Hemingway se tambalea como un oso herido. —Y como gran Hemingstein, carnicero del amor, reclamo mi real derecho a la fornicación.

La mujer se levanta y lo mira fijamente. Las bestias se retan. El oso la embiste contra la pared y comienza a besarla como si pretendiera arrancarle los labios. Fuera, el asedio se intensifica y dentro las pasiones arden contra la pared. Llegan al punto culminante coincidiendo con un estruendo espantoso que cierra una cadencia de destrucción en el campo de batalla.

—Ahora me toca a mí —dice ella, armada con un artilugio *strap-on*.

—Adelante, artista —dice contento Hemingway

...

«Porno *vintage*». «Una visión con Hemingay». «Maravilloso».

Sobre eso no había leído ni oído nada. Nada en sus biografías, nada en su literatura.

Tenía mis dudas respecto al Hemingway sodomita, sobre todo en aquel modo pasivo, aunque... quizás no fuera tan descabellado. Quizás su exacerbada virilidad fuera una pose para sustentar la intimidad de su alcoba.

Por otro lado, no habría imaginado yo esa liturgia sexual en los años treinta. Mi ingenuidad me impedía ver que aquello era tan antiguo como una tía buena sobre un bicho de siete cabezas.

Es probable que Adán y Eva fueran pioneros en la perversión y en todo lo bueno y sucio que puede acompañar los actos del amor. Fueron la necesidad de luchar contra el aburrimiento y la limitación de ser los únicos habitantes del paraíso las fuerzas motrices para exprimir de la fruta su más elemental jugo. No hay paraíso sin caer en la tentación —al menos cuatro veces por semana— . Amén.

Recuerdo al señor calabaza, de pie junto a mí, completamente desnudo. Yo también estaba de pie y desnudo, secretando sudor como un gorrino. Mi cabeza era un globo de calor y mi desnudez un don para sondar el universo. La transpiración me confería una agradable capa de indecencia que me hacía inmune al decoro.

El señor calabaza dio un paso hacia mi posición. «Ni lo sueñes calabaza, no me he drogado lo suficiente», espeté con un delicado bramido. Éste realizó un viraje de ciento ochenta grados y desapareció en la enorme nube que ocupaba el salón.

«Baño turco, nos están drogando por los poros». «Como internet pero más divertido... y más real».

Todo el mundo estaba en pelota picada. Algunos seguían sentados charlando y otros se manoseaban. Desde mi posición no apreciaba nada muy explícito, pero el ambiente contenía una promesa de vicio y tentaciones cojonudas y emocionantes «¿Una orgía?»

Estar desnudo era agradable y el pudor no existía. Eso era bueno. Eso deberían inyectárnoslo en vena nada mas nacer. El antídoto original. Quizá lo hagan y luego nos lo extirpen a base de religión, convenciones, *Mtv*, séptimo arte y pollas en vinagre. Debía aplicar el método. Debía adentrarme en la nube misteriosa. «Hey hou, Let`s go». Mamones. «Ratones para adentro».

Tentaba en lo más íntimo a la extraña humareda. Avanzaba por una improvisada ruta entre paredes de carne y lascivia. Era una orgía. Gente chingando entre los humos. Manos amigas, caricias furtivas y besos *off-site*. Algunos observaban a sus compinches mientras fumaban en pipas de colores y otros se entregaban a los más genuinos mecanismos adolescentes. Yo me abría camino por una selva de cuerpos desnudos. No utilizaba mi propio sable. Utilizaba mi mano con suavidad. Acariciaba las carnes y con mimo las desplazaba en busca de un alma solitaria, apetecible y dispuesta a integrar mi compañía.

Cuerpos tersos, carnes flácidas, senos de todas formas y condiciones, la picha de alguien, el trasero de algún otro. Cantos tibetanos y sintetizadores, gritos chamánicos y atrezos, risas histéricas y más nalgas al aire. Lejos de sentirme agobiado me sentía bien

armonizado entre lo bizarro y lo opíparo de aquel banquete humano. Una enorme sombra se erigió delante de mí. Todos los humos se disiparon. Era Antoine, más gigante que nunca.

—Te pillé. Acompáñame que te voy a presentar gente.

—A sus órdenes. «Ahora sí, me va a reventar»

—No te asustes Gregorito. Promiscuidad como lenitivo, por sus efectos anti-depresivos. Y nada de imponer nada a nadie... ¡y menos si se tratara de la antipática castidad, ja, ja, ja, ja!

Mi anfitrión me guiaba fuera de aquella madriguera de conejillos ricachondos. Todo lo que podía ver era músculo. Un traserazo enorme y sublime como el de un dibujo animado marcaba mi camino. «¡Ah, y el decoro está prohibido!» añadió. «¡Joder, qué susto macho!» dije tembloroso mientras Antoine hacía retumbar el edificio con sus carcajadas. Subimos por unas escaleras de mármol rojo, sin sexo ni cuerpos ahumados.

Llegamos a otro salón, mismo rollo hortera. Mismos *puffs* absorbentes dispuestos en torno a una mesa redonda. Ocho artefactos raptores y solo dos ocupados. Uno por un tipo con gafas, delgado y enjuto. El otro por una mujer rechoncha, también con gafas y fea.

—Te he traído aquí para asistir a una charla en pelotas —dijo Antoine.

—Una buena charla en pelotas —relinchó el tipo enjuto.

—Hay cosas que se tienen que hablar en pelotas —remarcó ella.

Nos sentamos y Antoine hizo una pequeña presentación. Se refirió a ellos como el señor Pérez y La Afortunada, que presuntamente formaban parte de la élite viviente de los escritores españoles. Se inventó que yo estaba en Madrid para enmendar la plana a ciertos periodistas que cubrieron las peripecias madrileñas de Hemingway, Orson Welles y Ava Gardner.

—Eh, mmmm, sí, eh, según mis investigaciones... Hemingway y Welles sentían algo más que admiración mutua —dije. En efecto, esa fue la primera tontería que me vino a la mente.

—¡Lo sabía! —dijo el señor Pérez—. A Hemingway le gustaban más los toreros que los toros. Sin embargo, yo he cubierto las guerras más cabronas de nuestro tiempo. Y hasta he fornicado con una guerrillera en lo alto de un campanario, mientras le reventaba la cabeza a un pobre diablo desprevenido.

—Mmmm, en mi país, reventar cabezas desde lo alto de un campanario es la cosa más normal del mundo —afirmé extrañamente inspirado.

—Nah, cuatro chiflados no son suficiente para haceros un poco más hombres y un poco menos fantasmas, una guerrita es lo que necesita vuestra generación de gallinas. A ver si os endurecéis un poquito —dijo con sorna siniestra.

—No le hagas caso. Pérez cree que es tan necesario el derecho a la vida como el real derecho a ser un cretino, y seguramente tiene razón, lo que no sabemos es la necesidad que tiene de reivindicarlo con tanta frecuencia —dijo Antoine en tono provocador.

—¿Has leído mi obra, *Muerte en la retaguardia: Abuelos asesinos*? —preguntó Pérez.

—Este no lee a nadie que no lleve muerto al menos quince minutos —apuntilló Antoine al rescate. Asentí en dirección a Pérez.

—Entonces no leas nada mío, chaval. La gracia de observar la muerte reside en continuar vivo. Ja, ja, ja, ja, aunque con un poco de suerte, para cuando llegue mi turno Antoine habrá inventado alguna pócima para burlar a la muerte. ¿Cómo va el tema de los genes?, ¿te guardas algún transhumano en el armario?.

—Yo en el armario no guardo nada de nada, *mon coeur*. De todas maneras para ti será demasiado tarde, solo alcanzarás la inmortalidad si escribes una buena novela, así que no te demores, ja, ja, ja, ja....

—Hijoputa —dijo Pérez entre carcajadas. La Afortunada cerró los ojos.

—Está bien, no te preocupes, pero no esperes que hable mucho, dice que a los escritores los vuelve vulgares la necesidad de escribir, como a los oradores la necesidad de hablar. Ignora los placeres de meter la pata y pretende el rigor científico en el arte. Es una fundamentalista. ¡Ja! —dijo burlón, Pérez.

—Si no fuera por el arte y la ciencia solo seríamos macacos con tecnología —dijo la Afortunada, repartiendo peinetas en todas direcciones.

—Ya nos gustaría ser macacos con tecnología —dijo Pérez, envuelto en su aura de superioridad—. Gracias a las redes sociales y a la televisión ahora somos manzanas que saben copular. Somos zanahorias con patas y deseos de comprar. Calabacines con piel tan fina que no podemos soportar la mínima confrontación. Somos fruta que ha caído demasiado pronto del árbol y de saber tenemos lo mismo que de sabor, nada de nada.

Entró la *geisha japo-punk*. Desnuda. *Bodypainting*. Cada momento más bizarro que el anterior. Debería preguntarle a Antoine por la procedencia de aquella criatura, que sujetaba una bandeja con bebidas. Sabía que los vasos serían portadores de algún líquido ilícito. Llevaba horas sometiendo a mi hígado a un trato ultrajante y hubiera preferido un café o un asqueroso potingue vegano. Pero debía aceptar el bebedizo. Seguir trincando era, sin duda, lo más hemingwayano. Cogí uno de los vasos y lancé una mirada interrogante a Antoine.

—Es zumo… mmmmm moderadamente adulterado.

—¿Moderadamente adulterado? —balbuceé, y acto seguido me lancé a darle un trago. Estaba asqueroso. Era una mezcla entre apio,

rábano y coco rancio. «Puto coco»—. ¿Qué es? —insistí.

—Ja, ja, ja. Cariño, eso es lo que haría Hemingway en tu lugar —dijo Antoine partiéndose de risa—. Además, no te he traído aquí para intoxicarte, *mon amour*. Pretendo que tu libertad y tu sensibilidad crezcan y sean ligeras, como pompas de jabón.

—¿Pompas de jabón?.

—Ja, ja, ja, ja, delicadas y preciosas pompas de jabón, como la existencia misma *petit écolier americain*. Mira, en la vida, ocurre como en la música y la literatura. Si siempre respetamos las normas, en la corrección se nos pierde el arte. Ahora estás escribiendo tu gran obra, tu auténtico *capolavoro*. Si quieres estar seguro de todos los pasos que das, te va a salir una mierda, cariño. No te corresponde hacer lo que hizo tu abuelo, o quizás sí. Pero nada premeditado, lo desconocido a veces da miedo, pero es necesario. Si siempre sabes bien lo que haces y a qué te enfrentas, significa que eres una ovejita más. No seas una ovejita. Así que bebe ¡coño! Y no quiero verte por aquí en un mes. Te lo advierto porque en menos de una semana estarás deseando volver. Te veré en la ópera, si quieres. Aquí no.

—No me sermonees mandingo —dije.

—Ja, ja, ja, ja —reímos los cuatro a coro.

—Cimarrón *mon cheri*, negro cimarrón, fugitivo neorromántico portador de los deseos oscuros que traen luz al mundo, aristócrata silvestre y señor del quilombo más canalla que jamás haya existido ¡Já! ¿Qué os he dicho antes? Tiene potencial mi amigo Gregory, ¿eh? —dijo Antoine con su habitual tono erótico, mirando mi entrepierna.

—No sé, ¿me lo preguntas a mí, o a mi picha? —contesté. Los cuatro nos partimos de risa e hicimos un amago de brindis. Bebimos.

—Quería que lo llevara a los toros —dijo Antoine.

—Sí señor —dijo Pérez, mostrando su aprobación.

—Eso no lo verán tus ojos, soldadito de Nápoles, aquí no dejamos venir a toreros, ni a futboleros, ni a políticos. Nunca controlan el vicio y son un auténtico *trou du cul*.

—La política ahora la ejercen un hatajo de retardados que van de sabiondos, escriben libelos de *nosecuántos* caracteres en internet y se creen que eso ya es pensar —dijo Pérez.

Aquello me hizo pensar en mi archienemigo Donald, que era un señor de color naranja fluorescente, igual que el señor calabaza que había conocido abajo. Pregunté por él con la esperanza de cambiar de tema.

—¿Quién es el hombre naranja de doscientos años que está abajo?

—Es el cabrón misterioso que se adueña de las maravillas que se nos ocurren cuando dormimos y se nos olvidan al despertar. Cada mañana, te cuenta lo que habrías deseado soñar. Es un sátiro legendario. Brujo y... un señor de Carabanchel —dijo Pérez.

—Es un chiflado maravilloso. Fue un escritor famoso y ladrón de arte. Ahora vive aquí. Él aportó la mayoría de ejemplares de nuestra biblioteca y además es el *negro* de Pérez ja, ja, ja, ja —dijo Antoine.

—Tú eres el negro de Pérez —dijo Pérez—. El señor naranja simplemente... me aconseja. Y bien que lo hace el cabrón, gracias a su conocimiento milenario.

—Naranja —dijo en tono misterioso Afortunada.

—En otro tiempo te podría haber ayudado con esos delirios tan fenomenales que has tenido —dijo Antoine.

—¿Delirios? —preguntó interesado el señor Pérez.

—Sí. He tenido ciertos delirios muy... he visto a Hemingway a la gresca con John Dos Passos. También en una extraña secuencia erotico-guerrillera con quien creo que era su fiel amante o algo así. *Strap-on* incluido.

—¿*Strap-on*? ¡No me jodas! Eso no son delirios, *yankie* cabrón ¡eso son visiones! —gruñó el señor Pérez con lujuriosa curiosidad—, ¿qué sabes de la amante fiel? ¿qué pinta tenía?

—Morena, maciza, con algo de malicia —repliqué convencido.

—Mmmmmm, hay muchas historias de Hemingway en Madrid y su misteriosa amante fiel, pero no sabemos quién era... hay unos cabroncetes anarcoides que tienen ocupado un antiguo cine en ruinas, aquí en Madrid, y que custodian el diario manuscrito que escribió EL MISMÍSIMO durante la guerra.

—¿Cómo?¿Un diario?¿Inédito? —chillé histérico.

—Tan inédito como inexpugnable. El señor naranja pudo leerlo gracias a su amigo el Ilustrísimo, que tuvo acceso al diario en su época de amistad con los del M-26 —sentenció Pérez.

—¡Tengo que acceder al manuscrito! —Grazné ansioso.

—Olvídalo, el señor naranja no es capaz de recordar su propio nombre y a mí, los cabritos del cine no me dejarían acercarme ni a cien kilómetros. O le pides al Bakunin de turno que te lo saque o lo tendrás que sacar a hostia limpia.

—Lo haré si es necesario —dije bravucón.

—Muy americano, Gregorito —dijo sarcástico Antoine.

—*America forever* —cantó Pérez.

Brindamos en el aire y bebimos. «Puto coco». Seguimos charlando un rato más. El enigmático diario de Hemingway estaría en mi poder. Yo era el elegido, el mesías encargado de poner orden en un rinconcito de la historia. No lo haría en aquel momento, ya que mis párpados, lastrados por infinitas horas sin descanso, se cerraron sin oposición alguna. A dormir.

Generoso en carnes, un acalorado militar recorre un despacho desvencijado. Lleva innumerables capas de ropa y un errático caminar. Es un ratón esférico en una cajita. Pelo engominado para atrás y unas

gafitas redondas a la moda que parecen diminutas en su cara enorme y sudorosa. Lo acompaña un tipo de rostro afilado con mirada de zorro pensante. Es menudo y se columpia en un traje a rayas.

—¡Aunque caiga Madrid, el americano debe morir, por mis cojones! —dice el orondo militar.

—No, no podemos matarlo, los corresponsales se volverían locos, no podríamos controlar la oficina de prensa extranjera, no confiarían en nosotros.

—¿Acaso no matamos al francés? ¡En la guerra muere gente!

—Sí, mi general, pero el americano tiene amigos muy influyentes en la República y es famoso. Además no ayudaría a que Estados Unidos cambie su posición respecto a la guerra.

—Te digo que lo voy a matar con mis propias manos si hace falta. ¡Se está follando a mi mujer!

—Hay otra forma, señor.

—Explícate.

—Hay un periodista que simpatiza con los franquistas, que nos puede poner en contacto con ciertos mandatarios rebeldes. Serán ellos los que maten a Hemingway.

—No tenemos dinero para sobornar a esa chusma.

—No, pero tenemos algo mucho más valioso. La defensa de Madrid.

—¡Que yo me muera y que caiga Madrid! ¡El americano va a morir!

El general se sienta e invita al zorro a proceder de la misma manera, le acerca papel y lápiz.

—Toma, escribe la nota y soluciónamelo cuanto antes, así no me puedo concentrar en la guerra.

—Sí, señor.

Geisha ciberpunk me lleva de paquete en una moto fantástica hecha con pedazos de carne. Son cuerpos desnudos en disposición aerodinámica. Yo también la agarro de manera aerodinámica. Suaves senos orientales. ¡Qué alegría estar vivo! Colores batidos en el espacio a la velocidad de la luz. Es la ultrazona. Jinetes calvos tocan guitarras eléctricas. Una enorme lanza negra me amenaza. Sinfonía disonante ¿Antoine?... *pum*!

Solo en el salón. Ni un alma. Siete *puffs* criminales me contemplaban, «bravo, bravo, archibravo» me cantaban. Deseaba no haber pasado mucho tiempo dormido y tener posibilidades de continuar la jarana en aquel ambiente surrealista. Estaba cubierto por una manta y un taparrabos azul, como de plástico. Se me salían los huevos. No recordaba haberme puesto dicha indumentaria. La hora nudista había terminado y alguien se había preocupado por mis genitales. Me habría gustado preguntarle unas cuántas cosas al Hemingway español ese.

Había estado soñando. ¿Tuve sexo? ¡No! «Eso son visiones, *yankie*

cabrón». ¿Percepción alterada? Seguro. Un gordo despechado quería darle muerte a Ernest por meterse literalmente en sus asuntos. ¡Sería el marido de la única amante fiel de Nesto! ¡Qué jugoso culebrón! Si el general hubiera sabido los juegos sexuales que se traía Hem con su esposa. Menuda sorpresa. Lo único cierto es que fracasaron en su homicida empresa porque el único hombre capaz de acabar con Ernest Hemingway era Ernest Hemingway, como demostró el dos de julio de mil novecientos sesenta y uno, proyectil mediante, claro.

Me entristecía el final de la vida de Hemingway. Aquel que fuera capaz de vivir a todos sus héroes de ficción, rompió su código de honor acabando con su mayor creación: su propia vida. Verlo tan vivo y tan real había trastocado la imagen que tenía de él. Las biografías donde se ofrece a un Nesto bravucón y simpático que después de un accidente de aviación en África, está más preocupado por la integridad de sus botellas de whisky que por su piel chamuscada, esa imagen de héroe, de inquebrantable Papá Hemingway, ya no existía. Percibía una vitalidad desmesurada por devorar cada segundo de vida acompañada de un sufrimiento del mismo modo desproporcionado.

Un esfuerzo titánico me levantó del puff. Alguien había modificado la gravedad del lugar. Estaba hambriento y mi boca había mascado hormigón durante horas, así que cogí el pútrido líquido fructoso que me había sobrado antes de la siesta.

Bajando por el mármol rojo todo iba bien hasta que me cambiaron el tamaño de los últimos peldaños y me di de hostias contra el suelo. De un modo inexplicable completé la caída boca abajo, manteniendo intacto el vómito verdoso.

Un individuo escribía en el descansillo, absorto, enfrascado en su cuadernito. Se ocultaba tras unas gafas y un bigotón y era pequeño y narigudo como un topo. Me acerqué a él reptando y le ofrecí zumo.

—¡Ni me lo acerques, hijo de puta! —gritó intentando derramar el zumo—. No soy como Pérez. No necesito esas mierdas para escribir. Pérez es un farsante. Escribe colocado, porque quiere sentirse como un escritor maldito, pero solo escribe para viejas e iletrados.

—¿Iletrados? —Ese Pérez debe de ser multimillonario.

—¿Sabes esa clase de gente que te dice sobre leer un libro que esperará a que saquen la película? Pues esos son los que leen a Pérez. Si es que no caben menos palabras por página, ni menos literatura, ja, ja, ja, ja.

—A mí cuando me hablan de una película siempre digo que esperaré a que saquen el libro ¿Por qué estás aquí?

—Porque el talento de escribir y el de imaginar no van unidos y aquí pasan muchas cosas, chaval. Estoy escribiendo *Las crónicas del opio en el siglo XXI*. Es una historia clásica de vampiros con algo de *El Retrato de Dorian Gray* y con *zombies*.

—¿Y es bueno, o qué? — «Eso será una mierda fijo»

—Joder, claro que es bueno, si no, no pasaría mi tiempo en escribirlo. Todo el mundo que escribe algo piensa que es bueno. No se lo creen hasta que tienen algún reconocimiento, aunque sea un comentario perpetrado por algún pájaro azul *mongolo*. A mí me importa tres cojones lo que opinen de mis libros. La verdad es que casi todo lo que escribe la gente es pura mierda o sucedáneo de mierda —. Aquel topo escribía en el cuaderno al mismo tiempo que me avasallaba con su discurso. —Qué cosa ¿eh? Nuestra mierda siempre nos parece diferente. Nos huele mejor, pero no lo es. Criterio. Criterio y coraje, chaval.

—A mí me parece prodigioso que nos podamos ilusionar con nuestra propia mierda —repliqué. Levantó la cabeza y me clavó la mirada unos segundos.

—Vaya, pero si eres un *millennial*... putos *millennials*. No me extraña que la mierda te pueda parecer prodigiosa. La única habilidad de tu generación es la de estirar la mediocridad para darle una apariencia diferente. Pero todo es la misma mierda. Sois una fábrica de etiquetas, porque sois incapaces de rebelaros y crear cosas nuevas. Sois la primera generación que no tiene sueños propios. Y eso es penoso.

—El capitán salió a comer y los marineros tomaron el barco —dije parafraseando a Bukowski.

—Exacto. En cierta manera siempre ha pasado, pero ahora cualquier cateto puede tener foco y eso ha motivado a todos los idiotas del mundo para alzar la voz sin tener nada que decir. ¡La estulticia cotiza al alza! Y esa clase de estupidez solo la podrán superar los que vienen detrás de vosotros. Si mañana explotara el sol creo que únicamente me daría pena por las plantas y los arbustos, los árboles y los moluscos... que es lo único digno de este planeta. Ah, y por Beethoven.

Estuve tentado de afirmar que yo también salvaría la obra de un perrete actor tan simpático, pero no quería provocar a un topejo tan desagradable. Era manifiestamente antipático, destilaba la soberbia típica de la gente que es asquerosa por placer y por derecho. Derecho que emana de su clarividente análisis de la sociedad, de lo leídos que están y de lo infelices que son. Pese a que podía ser interesante charlar con un topo misántropo, mi estómago se manifestó en sentido contrario. A *ese* sí que hay que hacerle caso.

Me fui violentado porque el tipo me había mirado a la cara solo dos segundos para poder cagarse bien en mis muertos. Hemingway no lo habría consentido, pero yo sí. Al fin y al cabo no le faltaba razón. Tampoco hacía falta ser Oscar Wilde para darse cuenta de esas cosas. Otra novela de *zombies* de mierda. «Se hará rico».

Bajé más. El salón de la orgía ya no era el salón de la orgía. Ningún

cuerpo desnudo. Una docena de personas en reposo extremo. El único ser *viviente* era la *JapoPunk*, que velaba por la paz de los allí hibernantes con las maneras y disciplina de un perro guardián. «Un momento, ¿Motos hechas de gente desnuda? ¡*Cool*!». Siniestra fantasía, pero ella era un ser de otra galaxia. En aquel momento la quería. Las quería a todas. A las guapas más, aunque me habían enseñado que eso estaba mal. Seguramente no quería a ninguna. Saldría como había entrado y podría agenciarme un *smoothie* o unas frutas o algo. Quizá una *geisha*, «ni lo sueñes, recuerda que eres cobarde y hay cosas que deben quedar en la imaginación».

No conseguía centrar mis ocurrencias. Estaba *adormidillo*. Volví por el pasillo de lo de la *mtv* y leí sus frases como la información más inspiradora de la historia. Se desvanecieron al instante cuando mis ojos encontraron la ventana.

Una magnánima fuerza amorosa desafiaba la *ley de Coulomb*, uniendo cargas sexuales del mismo signo. Las Rosas del desierto se fundían en el patio interior. Mi ánimo cambió de inmediato y mi pecho creció para albergar una nueva ansiedad. No había escultor en el mundo que fuera capaz de modelar tanta belleza: la justa desproporción en la estrechez de sus cinturas y una desafiante anormalidad en la carne que solo el continente africano podría explicar. Engranajes virtuosos. Ceremonial sin excesos ni estridencias. Almas gentiles lubricadas en perfecta y oscura cadencia. El ritual amatorio carecía de connotaciones sucias o pornográficas. En la realidad de aquellas criaturas nunca había existido la vulgaridad. Pertenecían a un universo paralelo de sutil lenguaje amoroso. Poder contemplarlas en el ejercicio de su propio idioma sexual era abrumador. Imagínense dentro del volcán. Me entraron ganas de abrazarlas y formar parte por unos instantes de su amor extraterrestre.

Debussy salía de algún recóndito rincón del edificio con la magia de su fauno durmiente. Miré al cielo para que la luna completara aquella imagen de ensueño. No se veía, pero la podía imaginar allí arriba, rodeada de oscuridad, plena y sonrojada como el rubor de una *geisha* al descubrir los placeres de tanta belleza.

El astro rey suplanta con exquisita discreción la redondez de mi luna imaginaria. Una atmósfera achicharrante sofoca todo signo de vida en la estepa amarilla. Las cigarras se hacen sonar para asegurar un ambiente de todas maneras sobrecargado. Una plaza de granito brilla como un enorme rectángulo de plata. La gente se refugia en la bebida y en la charla de sombreadas terrazas. En una de las mesas, el joven Hemingway fanfarronea con un mozo y su primera esposa, Hadley Richardson, que parece sacada de una obra de Ibsen. Lleva un sombrerito flácido que cae de su cabeza derretido por el calor. Un cementerio de botellas revela que Nesto ha ingerido suficiente

combustible como para fardar a todo volumen.

—Yo iba con la bici a por la munición más importante: cigarrillos y caramelos. Al fin y al cabo éramos un hatajo de críos obligados a ser soldados. Caían los obuses por todos lados. ¡Pum, pum, cataplum! Cayó justo aquí un proyectil a mi lado y saltamos por los aires —vocifera Hemingway inmerso en su teatrillo.

—Muy macho y muy valiente llevando caramelitos a las tropas ja, ja, ja —dice el amigo.

—Multitud de chavales la diñaba cada día por conseguir tabaco y caramelitos, puto Bill—. «Mmmm Bill *nosequé*. Amigo de Hem. Otro *yankie*».

—Si solo estuviste una semana en la guerra Hemingstein —afirma la Hadley con cariño provocador.

—Mira, mira. Estas cicatrices son de por vida, como las de una cornada —replica Hemingway excitadísimo bajándose medio pantalón —. No se os olvide que estoy condecorado ¡Tengo la *Croce di Guerra*, malditos cobardes tocapelotas!

—Pero si no te dejaban ir a la guerra por cieguito, maldito tullido, Ja, ja , ja, ja—. Hadley y el tal Bill con la clásica protervia etílica, se mofan de Hem que se levanta indignado.

—Más a mi favor... ¡ah! y por cierto, *with all due respect... you should go fuck yourselves*! que yo, me voy a por gasolina —. Hemingway les dedica unos aspavientos y se marcha.

Pasa al interior de la posada. Parece un maldito pesebre. Ideal para Hemingway, que está ebrio y frunce el ceño cual gañán. Camina con paso errático, parece un hombre que acaba de pelearse con un oso. Se acerca a la barra para ordenar bebidas, pero toda su atención es para un bullicioso grupo, que en actitud festiva apura sus vasos en torno a una enorme mesa de madera. Comienzan a brindar y a cantar «A beber, a beber, a ahogar las penas del amor». Hemingway asiente mientras los mira. *Las Barbieri de Sotullo*, reza un cartelón apoyado en la pared. Son actores y cantantes de una compañía itinerante de zarzuela. Cantan a coro, atronan de tal manera a Hemingway y a todos los presentes, que por unos momentos el mundo se detiene en derredor. Hemingway, hipnotizado, decide acercarse al grupo de artistas con la cautela de un *cowboy*. Se centra en una llamativa mujer morena, que imponente y simpática, afana las miradas y el *chisperío* de media compañía. Sentencia la canción con un sonoro gorgorito. Una fenomenal nota aguda. ¡Oooooh! La taberna se deshace en aplausos y Hem se postula como incordio frente a la diva. El bobo cazador de osos es complacido con una sonrisa.

—*Me chiamo* Ernesto —expresa Hemingway en un penoso *itañol*.

—*Povero* Ernesto —canta ella para el desconcierto de Hemingway.

—¿Cómo?

—Chico, ¿no serás del *Far west*?

—No, no, soy del *north*, no chico, soy un *soldier*...

—Yo soy Juanita, canto...

—No, tu Bárbara, eres una *Stanwick* pero *iberian* y *salvage*.

—Ja, ja, ja, ja, estás chiflado.

—¿Chiflado?

—Sí, como loco... eso es lo mejor que le puede pasar a una persona.

—Tú eres lo mejor que puede *pasare* a una persona, voy Pamplona por los San *Ferlines*, ¿tú *viene*?.

—No, Nosotros a Madrid y luego a Valencia.

—No, no *posible*, tú *resta* conmigo.

La química es más que evidente, los dos elementos liberan calor muy rápido, persiguiendo una deflagración amorosa. El magnetismo de sus entrañas une sus miradas. Se están retando y han decidido ganar los dos. Se alejan del bullicio para ser los únicos seres de la creación. Adán y Eva han elegido la modestia de un retrete para explicarse en términos animales. Hemingway es un soldado inquebrantable. No necesitan hablar, el engranaje frenético que los une es una sublime coreografía de danza contemporánea. Nesto la sustenta y se deja cabalgar impertérrito, no hay cesión ni flaqueza en la imponente rectitud de su ancha espalda. Se huele el campo entrando por un ventanuco rechinante al son de los vaivenes amorosos...

Hay un espíritu en la tierra, que se encarga de velar por lo oculto y sugestivo del placer, que está gozando con esta situación. La mojigata mujer de Hemingway charla despreocupada mientras su guapo marido se ejercita en la antigua costumbre del fuego fugitivo.

Resuena el canto del coro con la alegre juventud del viejo Madrid. *Beringei beringei* preocupados. Los Lomos plateados echan en falta a su más portentosa solista. Machos alfa que no pueden contener sus miradas curiosas, celosas, y hasta furiosas, en busca de la musa de la compañía, que reaparece para entonar: «Canto feliz, tú que puedes volar difunde hasta el sol la dicha de amar». Amén.

Con su dicha de amar entra La Hadley en busca del ebrio escritor. No parece preocupada, vienen de París donde han tenido compañeros de farra tan ilustres como el matrimonio Fitzgerald o el endemoniado James Joyce. Quien sobrevive a eso no debería tener problemas en el poblacho de un país subdesarrollado, donde un rey americano puede pasearse como Marshall por su casa. Hadley mira sonriente a los cantantes. Fortuitamente, su mirada blanca de casa de muñecas encuentra la mirada oscura del demonio artista. «Fucking fiery people». Acto seguido va a la zona de los baños, donde se escuchan un par de mamporros. «Ole, ole y ole, aquí está Hemingstein, el matador», farfulla Nesto en sueños. «Vamos torero, se acabó hoy la

corrida para ti», replica resignada su mujer.

Lejos de salir en volandas como un torero triunfador, Hemingway sale de la posada apoyándose en su esposa como un soldado herido. Acaba de iniciar una batalla que lo tendrá en vilo toda su vida. La esencia animal y misteriosa de aquel amor rezuma todavía en cada húmedo rincón de la ibérica meseta.

Bonito y bruto amor. Bruto Hemingstein rescatado por su cariñosa esposa, que lo cuidará y velará por su integridad, hasta que la resaca lo devuelva a las profundidades marinas donde encontrarse con las sirenas. Ese amor no es nada comparado con lo que acaba de pasar en el retrete de una humilde posada. Es diferente. Pero conciliable. Quizás sea mejor vivir así. Cuidados, cariños y costumbre, en convivencia con los destellos de una intensa felicidad, prohibida y fugaz. Tarde o temprano la ciencia lo avalará: volar por las tentaciones del cosmos de vez en cuando, sin abusar, para proteger la intensidad de las emociones. Aterrizar a la luz de la realidad de una bombilla que nada deslumbra pero que irradia un calor único, incombustible, insustituible, incorruptible.

El joven Hemingway de los años veinte había desaparecido, pero las Rosas seguían consumiéndose en un sueño vivo. No tenía claro si debía participar activamente en aquello. «Quizás sí, ¿no? Sexo en el frío suelo, cual héroe hemingwayano».

No, lógicamente fue que no. Ni me atreví, ni me invitaron. Me daba igual, estaba ebrio y feliz, me sentía inspirado, estaba en vena. Crecía en mí la semilla de un fértil secreto. El del maridaje entre arte y botánica, el de que las miserias del *fentanyl* y los sueños de la razón están a una sola flor de distancia.

Mis tripas sonaron de nuevo. Un eco líquido se anteponía a la contemplación y la fantasía. Tuve que sortear con precisión la figura de magma sexual para acceder a la cocina. Allí encontré a Virgilio, cocinero de la medicina personal de Dios y mi guía en el ascenso del Averno. Degustaba una minúscula manzana vestido con una bata negra donde brillaban enormes dragones dorados y motivos orientales rojizos. Era él, el que estaba escuchando la música que reverberaba en el candente patio interior.

—Buena y feliz madrugada le deseo a usted —dijo Antoine, con aspecto fresco y reposado.

—Feliz y *hambrienta* madrugada.

—¿Acaso no te has deleitado suficiente con la exótica fondue del patio? ¡Ja!

—El ser humano no podría vivir sin queso —afirmé.

—Eso sería *comme un oiseau sans musique*. Pero la biología y la gastronomía son tan generosas que nos han regalado todo un mundo de sensaciones que desatar *dans la bouche* —replicó con su habitual

lascivia.

Antoine me guió con su mirada a una bandeja repleta de canapés.

—Es *foie gras*. Es lo mejor para el estómago en noches como éstas.

—¿Noches como éstas?

—No creerás que todas las noches son así de fértiles y entretenidas en este humilde negocio frutero, *mon amour*... además, hay que hacer otras cosas en la vida, que si vives como un búho, tu rostro se arruga y se deforma de un modo indeseable.

Mientras Antoine señalaba las regiones junto a los ojos que se ven afectadas por la falta de descanso, me acerqué a la bandeja y devoré un canapé. Estaba delicioso. Permanecí junto a la bandeja escuchando las maravillas que brotaban de sus entendederas. Desde mi época universitaria conocía los placeres de una charla en la cocina estando ebrio. Era como estar habitado por el oráculo de la madrugada.

—Hace años este lugar estaba lleno de celebridades. Te habría encantado. Ahora ya no hay nuevas celebridades y las que venían, ya no tienen un cuerpo que les siga la marcha o han fornicado tanto entre sus mientes que no se quieren ni ver. Mi favorito solía ser Big Wisconsin.

—¿Wisconsin?

—Sí, es su nombre artístico. Es el tipo de persona que tiene un talento indiscutible, pero no está del todo claro cuál es ese talento. Me encanta, cuando habla te querrías casar con él, pero cuando canta ¡querrías no haberlo conocido nunca! Ji, ji, ji, ji. Recuerda lo que te dije de limpiarse los oídos. Además, los artistas, aunque escasos y muy queridos por mí, no saben controlarse el veneno. Igual que los políticos. A veces creo que se parecen más de lo que cabría esperar... pero con talento, claro está. ¿Sabes? Si al presidente de tu país le hubieran regalado una guitarra con doce años el mundo hoy sería un lugar mejor.

—¿A Biden dices?

—No, o sí, bueno... qué más da, me refería al mamón naranja que teníais antes... aunque *pfffff* ya ves tú, igual habéis puesto a un Yayo que parece más majo, pero créeme, no lo es. Y yo ya me temo que estén nostálgicos de andar echando bombas por el mundo y cualquier día nos revienten el garito... ja, ja, ja... En fin, volvamos a lo importante, ¿cómo te sientes Gregorito, has tenido un buen viaje?

—¿Viaje?, emmm... ah sí, sí, la verdad es que me lo imaginaba más fuerte.

—¿Más fuerte el qué?

—El opio.

—Ja, ja, ja, ja, ¿no creerás que has tomado opio? Je, je, je, lo que has tomado estaba más cerca de una valeriana que del opio—. Antoine vio la decepción en mi cara. —Ja, ja, ja, ja, si lo he hecho por

mantener la concupiscencia intacta. Es un favor al real estado de la juventud y para que tu noche no acabara tan pronto. Aunque... en honor a la verdad, el zumo asqueroso que has tomado arriba sí que contenía algo de la humilde medicina de Dios, pero en una de esas conjunciones favorables que la química ofrece. Excelente opio andaluz, por cierto.

—Aaaaah, ¿y toda la... parafernalia del salón?

—Es una puesta en escena, pura *performance*, eso sí, condimentada con mi súper-viagra casera y... nuestra principal fuente de ingresos aparte de Pérez y la Afortunada.

—Hostia. Ella no escribe ¿verdad?.

—Ja, ja, ja , eres un lince, hueles la farsa a kilómetros. Te voy a contar una historia que *va a hacer que te caigas de culo*. El cabroncete del marido empezó a escribir con pseudónimo de mujer para presentarse a ciertos concursos literarios, solo para mujeres. Tenía una pluma excelente y fue ganando premios y fama, y no se le ocurrió hacer otra cosa que mandar a su mujer, que por aquel entonces trabajaba en unos grandes almacenes vendiendo ropa interior, a una entrevista en la tele. Entonces, de entrevistas pasó a ser invitada a otros *eventos* y en menos de lo que canta un sapo, comenzó a conocer gente importante y chicos guapos y jóvenes que la adulaban como a la reina de Saba. Le gustó tanto la nueva vida que pensó que debía deshacerse del marido y quedarse en exclusiva la gloria y las regalías. Imagínate, un día estás vendiendo bragazas XXXL, de esas color carne que son como un paracaídas y que te quitan las ganas de vivir, y al día siguiente te están relamiendo los furcios más entregados de la provincia, ¡ja!

—¡Hostia puto!

—Sí, sí, ¡la *regórciga*! entonces, con el más pretencioso de sus amantes, tramaron el accidente de la gallina de los dorados cataplines. La jugarreta funcionó razonablemente bien. Uno que se *fostia* con el coche, da positivo en alcohol y claro, nadie echa de menos a esa clase de borracho. El caso es que, la muy Afortunada ganaba una pastaza tan loca que al poco tiempo, perdida y miserable, cayó en nuestras manos y le proporcionamos un lugar donde *biengastar* su tiempo y su dinero. Cree que no lo sabemos pero Pérez, que es un sabueso bien relacionado con las gentes que habitan *allí abajo*, se trajo a unos amigos de *nosédónde* para investigarlo. Exhumaron al marido y todo, en una maniobra digna de las mientes del Stephen King de turno. No decimos nada porque ella paga gran parte del alquiler de la finca y consigue impregnar nuestras reuniones con el sabor que solo un gran crimen y sus inevitables kilómetros de mentirijillas pueden lograr. Y qué demonios, ¡discriminación positiva! ¡Ja, ja, ja, ja! Hay ciertas modas que son tan ridículas que hasta tienen sentido, pero este no es

el caso… —. Cuanto más truculento era el detalle que me contaba Antoine, mayor el vuelo del trance que vivíamos. Continuó. —Ji, ji, ji, para más *inri*, mi queridísimo *petit con de* Pérez lleva tiempo publicando novelillas de *merde* con pseudónimo femenino para intentar demostrar, algunas miserias de la corrección política y la posverdad. Está esperando el momento apropiado para descubrir el pastel y hacer un discursito en favor del respeto a cada persona por el simple hecho de formar parte de la especie, por ser macacos hijos de puta y esas cosas que le gusta decir a él. No creo que funcione. Un plan así supera los talentos de Pérez y también sus talantes. Quizás Ilustrísimo Señor sí fuera capaz de ejecutarlo con la virtuosidad que precisa... mmm si se cortara la lengua, claro está. Pero Pérez ha ganado *muuuuucho* dinerito y ya no es capaz de disimular la grotesca deformación a la que lo ha sometido el dios dinero. Aún así, me cae bien, eso es lo importante.

—*Holy fucking shit.*

—Sí, sí y las santísima trinidad.

—¿Su Ilustrísimo Señor?

—Ya te hablaré otro día de él. Solo una vanidad narcisista por vez.

Vaya historia me acababa de contar Antoine. Por unos momentos me había olvidado de todos los Hemingways y de Madrid. Debía continuar la exploración sin más dilación.

—Voy a salir de nuevo a la superficie Antoine.

—Así vestido no, *mon coeur*, toma, con *esto* podrás volar—. Le dio una patada a una bolsa de plástico con mis pertenencias y sacó una pipa transparente. —Esta es una de las dichas del pasado, que vilmente se niegan al hombre contemporáneo —. Sacó un mortero y un par de botellas minúsculas. —Nunca en la historia del hombre nos habíamos visto tan expuestos, deformados y envilecidos por la estupidez. Mi espacio es más necesario que nunca, por la necesidad del buen ánimo, la cordura y la humanización y... por el vicio, por supuesto, distinguido y necesario vicio. La posibilidad de elevarnos al pecado, la *necesidad* de elevarnos al pecado. Aquí a veces conseguimos detener el tiempo y si no, al menos lo manipulamos. Procuramos lenitivos para ablandar los horrores de la estandarización, la corrección política, la televisión y las redes sociales. Damos claridad y brillo a las mentes frente a la estulticia y los negrolegendarios. Respiramos la iconoclastia para exhalar alguna que otra verdad.

Antoine me acercó la pipa. Una timidísima calada fue suficiente para sentirme pleno de misterioso humo. Un brujo me miraba contento.

—¿Por qué escritores famosos?

—Porque entre ellos puedes encontrar a algunos de los pocos millonarios que saben leer todavía. Los ricos ya no se dan el lujo de

ser inteligentes. *Científicos* me gustaría tener aquí o artistas de verdad, pero todavía no he enganchado a ninguno. Me tengo que conformar con Pérez y compañía. Antes se encontraba todo mucho más fácilmente, porque cada cosa estaba en su lugar. Ahora es más difícil en el mundo de las cáscaras. La gente que tiene algo interesante que hacer no viene a un lugar como este, así que ya sabes, no quiero verte aquí en mucho tiempo. Ja, ja, ja.

Nos despedimos con un soberano beso en los labios. Era lo normal, era natural.

—Hasta pronto amigo americano, volveremos a vernos... y recuerda no temer a los lestrigones ni a los cíclopes, porque no son como los pintan.

—Los *strap-ones* ¿dices?

—Ji, ji, ji, bueno, ante esos muéstrate cauteloso al menos —replicó con una sonrisa que no le cabía en la cara.

—Hasta pronto querido Antoine, emperador caribeño, domador de lestrigones.

02:00 am

El primer humano en regresar de Marte se sentirá cojonudamente espacial y feliz. Sin embargo, yo, me había colocado en un intraplaneta —el humeante Kepler-7b— y el aire del mundo corriente, oxidando mis carnes, me parecía un tóxico aburrido y poco inspirador.

Todavía rondaban mi hocico los olores que vivían suspendidos en el fumadero, cuando un torbellino de soniditos y vibraciones germinó en mi bolsillo. Un chismorreo crispante que intentaba excretarme a una realidad comandada por la tecnología y el postureo *low-cost*. Debía resistirme. Había flirteado con un pedacito de distopía hedónica y lo prefería a una deriva de placer depresivo. Cogí el teléfono como si fuera un pedazo de mierda radioactiva. La costumbre era tan poderosa que me sumergí por unos momentos en aquella fosa séptica de majaderías cibernéticas. Con mis nuevos ojos todo era transparente. Los colores danzaban por la pantalla. Por un lado, el azul celeste mostraba la cobarde inquisición del anonimato. Por otro lado, el azul oscuro me mostraba el siniestro trueque del mundo de los sentimientos delicados por el entretenimiento basura. Era clarividencia alucinógena, pero clarividencia al fin y al cabo y el regalo de despedida de Antoine.

Me había transformado en un poderoso átomo que viajaba por un infierno a escala nanométrica. Dentro del teléfono pude desentrañar sus secretos, que se revelaban ante mí a la velocidad de la luz. Medusa con *wifi* y radiofrecuencia, elemento de control *darwiniano*. Un reto evolutivo para disgregar a los humanos de los trolls, putos trolls de piedra, humanoides que no se adaptaron a la vida sin celulares, quedando como los más atrasados en el orden de los primates. Lo podía ver en los libros de historia del futuro, donde comparaban los *smartphones* con la peste en Europa en el siglo catorce, donde el móvil es el simpático jerbo portador de una pulga infestada. «¡Tamagochi!» Debía deshacerme del aparato, lo tiraría por la alcantarilla que tenía a mis pies, pero ¡no! allí lo encontrarían los trolls y se... ¡se cagarían en mis secretos!

La alcantarilla me cautivó. Por allí abajo navegaban sin fatiga y en discreta pestilencia los despojos de la ciudad, aunque había más porquería fuera iluminada con precisión de buen mentiroso.

Al catarro universal habían sobrevivido los negocios más infames e inútiles —chúpate esa Darwin—, y un romántico moría en cada esquina a los pies de la reactivación de la economía. Llegaron las nubes. Nubes, que palabra tan hermosa. «Phàrmakon meteorus», eso era lo que fabricaba Antoine en su cabaña y eso eran otra vez las

palabras meneándose en mi coctelera como tesoros intangibles.

Se me había despejado un camino hacia el ingenio, oculto tanto tiempo, tomando la forma de *Sueño en una Noche de Madrid*. ¿Debía ser escritor? Probablemente no, pero aquel suelo de adoquines rellenos de mierda, a la luz de los *leds*, me estaba provocando.

¿Debía ser escritor? ¡Por supuesto! Así lo dictaba el magma creador. La erupción de fuego hemingwayano en mis tripas cristalizaría en una novela de tipo autobiográfico. Sería sólida como cretácico excremento. Pavimento y gélida piedra serían testigos de lo único que seguro habría hecho Hemingway en mi lugar: escribir lo que había vivido, confundir los fantasmas y el deseo, con la mentira y el recuerdo, con olores de millares de frutas y pensamientos de cloaca.

Poseído por el gran espíritu fornicador del arte, me empeñé en dignificar por un tiempo a mi defenestrado compañero celular. «Vale, qué demonios escribo».

Un fuerte pensamiento me llevó a Alabama y a mi jefe, el día en el que recordaba orgulloso que su teléfono último modelo se había dado un baño en el retrete. «Es que me ha vibrado en la mano» dijo el muy gilipollas. Aquel día tomé conciencia de pertenecer a una especie en peligro de extinción. La selección natural había dejado de operar en la Tierra y yo debía largarme de mi mundo inmediatamente.

Ebrio en la madrugada madrileña, transcribía mis pensamientos y experiencias en el móvil. Había dejado de ser una piedra delante del artefacto para llenarlo de vida a través de estas líneas. ¡Joder, me sentía escritor, iba a escribir, iba a escribir como Hemingway! «¿Por dónde empezar?» Vuelta a casa.

> Mi jefe me caía mal porque era simpático. Me disgustaba más una tiranía de lo simpático que un cabrón al que todos pudiéramos odiar a gusto. Todos los días eran iguales. Igual de poco interesantes. Ir a la oficina y teclear en el ordenador era como remar en una galera de esclavos en tierra firme. No había posibilidad de avanzar ni de variar el rumbo.
>
> La misma necesidad que puso en cada olla a presión una válvula de escape, inoculó en mí el germen de la literatura, cuyas principales afecciones resultaron estar relacionadas con escritores norteamericanos del siglo XX: Hemingway, Bukowski, Miller, Toole, Salinger, Faulkner, Kerouac... escritores que me permitían asomarme a su mundo y pasear por un tiempo pasado que podía comprender mejor que un presente incoherente y farragoso. Deseaba vivir entre las líneas que escribían aquellos tipos, usurpar sus talentos y las vivencias de sus personajes.
>
> Vivía obsesionado con ellos, especialmente con Hemingway, atraído más que por su pluma por sus zapatos. Él había

transitado este mundo con las calzas de un héroe aventurero, devorando vida como una bestia hambrienta, dignificando su existencia mordisco a mordisco sin mucho miramiento ni mucha tontería.

Quería transformar mi vida. Quería que me pasaran cosas divertidas, excitantes y diferentes. Quería convertirme en protagonista de una ficción hecha de increíbles realidades. Quería ser el dueño de cada punto y cada coma, de cada letra, símbolo y trazo de mi propia obra. Para conseguirlo Ernest acudiría en mi ayuda. ¿Cómo? A través de la siguiente fórmula: ¿Qué haría Hemingway en mi lugar? La aplicación constante de esta simple y pretenciosa pregunta sería mi método. Sus respuestas, mi guía.

Descartadas las posibilidades de cubrir algún conflicto bélico o de convertir la oficina en un prostíbulo, la respuesta apareció clara y brillante: Madrid.

Iría a Madrid. A los toros, a las fiestas, visitaría todos los bares, probaría sus manjares y conocería a las gentes más bellas. En Madrid. El viejo continente donde el salvaje Hemingstein conociera sus mayores aventuras sería el antídoto contra mi habitual ejercicio de apatía.

Fueron las cuarentenas las que colmaron mi interminable depósito de paciencia. No nos habíamos confinado en casa, nos habíamos confinado en internet; un cepo magnético chupatiempo. Tan pronto como recuperamos la vieja anormalidad, me despedí del trabajo con sumo agrado y para sorpresa de todos. Pillé mi cheque post-covid, tan abultado como bien merecido y dejé a mis patronos liados con sus millones de dólares, cortesía de un agente microoscópico. Un visado de turista, algunos besos en la mejilla y ole. Estaba en el avión.

Me gustaba pensar que iba en un tubo a seiscientas millas por hora. Era mi máquina del tiempo. Deseaba viajar al pasado, ver las calles en blanco y negro, capas, sombreros y vestidos de otra época. Otros peinados, otras expresiones y otras gentes. Comencé el vuelo poseído, leyendo mis pasajes favoritos del Viejo Bruto Ernest, imaginando el maravilloso mundo de placeres desconocidos que me aguardaban al otro lado del océano.

Me preguntaba cada instante, ¿qué haría Hemingway en mi lugar?

Dada la fama de mujeriego que tenía Ernest, supuse que un encuentro sexual con una azafata en los baños del avión sería la acción más oportuna para honrar al método en las alturas.

Soy un tipo moderadamente presentable así que tenía algunas posibilidades. Intenté hacerme el interesante delante del personal de a bordo sacando morritos y haciendo guiños con sonrisa matadora. También dejé claro que era un interesante y sensible lector, un tipo que sujeta las gafas a la mitad de la nariz y se deleita con poesía. Poco a poco me fui soltando. Erguido como un lomo plateado interpreté un miniconcierto de gemidos sensuales para mostrar mi lado más salvaje, pero no obtuve la respuesta deseada, así que renuncié a la majadería por un rato. La coyuntura social habría provocado mi caída en pleno vuelo si tenía el coraje de estirar un poco más el denostado arte de la seducción.

Más que como un Hemingway, me sentía como un Quijote, demente e incomprendido. Con un Nobel y un Pulitzer sería más interesante, «¡no te jode!». No somos tan diferentes como nos hacen creer. La fama y la gloria son una patraña. La verdad está en cuando te hacen caso y eres un don nadie. Ahí hay algo auténtico. ¡Bah!

Hemingway era un tipo duro, así que exigí un *whiskey*. El azafato me preguntó si lo quería con coca-cola o solo con hielo. Lo miré con cierto desprecio, ofendido por tamaña falta. —Solo, por favor y por supuesto —dije lenta y displicentemente, con voz rotunda y baritonal

—Pol supuesto señor Fontaine —susurró el azafato.

Obtuve el *whiskey* y una pequeña reverencia. Me partía de risa por dentro. Nunca me había atrevido a hablar así a otra persona. Me estaba volviendo un poco hijo puta.

¿Sería producto de treinta años de corrección y buenos modales o de la influencia de Hemingway, que era un poco cabrón también?

Procuraba continuar con la lectura, siempre despistado por mis deseos de locura y aventuras. El señor Jung (el azafato) danzaba por el pasillo muy pendiente de que no me faltara de nada. Apenas podía con aquel brebaje a palo seco, así que se lo puse muy fácil.

Tras ocho horas de viaje, prácticamente todo el pasaje dormía o pretendía reposar en alguna bochornosa postura. Yo leía y miraba a Jung. Quería hablarle un poco y demostrarle que no era tan cretino como me había mostrado. Le hice una seña y vino a la velocidad de la luz.

—Te invito a un trago —. Me miró como si fuera débil mental.

—No puedo señor Fontaine, estoy trabajando.

—Venga, todos duermen y seguro que alguna vez os

montáis una juerguecita en la cabina —dije con voz picantona.

—¿Cómo? —replicó irguiendo las orejas como un zorrillo en peligro.

—Sí, sí. He visto como os mirabais el comandante y tú y me han dicho que en los vuelos transoceánicos tenéis una camita en cabina.

—Está usted loco, señorito Fontaine —dijo Jung mientras se marchaba como una diva ofendida.

La empresa de no ser cretino había fracasado, pero ¡me acababan de llamar loco! Era lo más hermoso que me habían dicho nunca. Para mí, prototipo de apocamiento, loco era el mayor de los halagos. Jung y yo fuimos charlando a pequeños intervalos mientras hacía sus tareas de sobrecargo. Me contó que llegó con sus padres a USA para fundar una tintorería donde trabajó hasta que lo sorprendieron probándose el vestidito de una de sus clientas. El incidente fue una herramienta eficaz para que sus padres pudieran despedirlo y alejar del barrio la vergüenza de haber criado a un diablillo homosexual.

—¡Que se joda el honor coreano y el de mi familia!

—Fuck them —gruñí. Brindamos en el aire con copas imaginarias.

Después me habló de su centenario abuelo. El único en defenderlo y en entender lo natural de su sexualidad.

Jung cada vez me gustaba más. Unos veinte minutos antes de que se despertara al pasaje se acurrucó junto a mí.

—El romance con el capitán se acabó. Estuvimos compartiendo ruta a Buenos Aires y la ciudad nos volvió locos a los dos. Locos de amor y de deseo. Locos por amarnos en las calles de fuego, en bailes eternos. Locos por cada acorde de guitarra, por fundirnos cada vez que el bandoneón resoplaba. Locos por vivir para siempre en un tango fugaz y apartado del mundo como el lucero del alba... o sea que estábamos chingando todo el día. Je, je, je, je —susurró apasionadamente.

—¿Qué pasó entonces? Pícaro poeta. Porque a mí me suena de maravilla lo que me estás contando.

—Su marido —dijo Jung con mirada de gatito tierno—. Me acosté con él. Y no me arrepiento. Fue el único modo de romper el maleficio de nuestro amor. Estaba tan obsesionado con el comandante que necesitaba poseerlo a él y a todo lo que él poseyera.

—Y a él no le gustó nada.

—No, no, él estuvo de acuerdo en todo momento. El problema fue que el marido quedó prendado de mí y requería

de mi presencia cada minuto que estaba en tierra firme. Al principio estuvo muy bien y nos divertimos mucho los tres, pero aquello no había cuerpo que lo aguantara.

—No me... digas.

Las azafatas miraban con ternura a Jung, incrustado en mi butacón. Charlamos. Todo el personal lo adoraba, era un muchacho dulce e inteligente con un abuelo alquimista que se empeñaba en dar esplendor sexual a sus camaradas.

—Si tuviera tiempo yo mismo te escribía un par de recetillas, pero comenzamos procedimiento je, je, je, je.

Aterrizamos. Nos dijimos adiós y nos abrazamos. Apretó mi mano con sensualidad y un papelito. «¡Sí! ¡Potencia sexual!» —grité para mis adentros.

Sentía un orgulloso Hemingway espectral divirtiéndose con mi comportamiento. De hecho podía verlo caminando a mi lado entre las gentes del aeropuerto. Era un apuesto aventurero que me guiñaba el ojo y me empujaba a recorrer los lugares que tanto había amado en los albores del siglo pasado.

Llegué a Madrid. Llevaba veinticuatro horas despierto pero ni podía dormir ni quería intentarlo. Así que nada de hoteles. Me fui de USA sin equipaje ni reservas hoteleras. Solo una mochila con libros, el móvil y un preservativo en la cartera ¡ah! y mi pasaporte de vacunado, por si acaso! Sí, Hemingway lo habría hecho así.

Pedí al taxista que me llevara al primer bar que figuraba en la guía como uno de los que frecuentaba Ernest. —La guía en cuestión era una compilación de artículos y papelajos con anécdotas, dispuestos entre las hojas de una biografía de Nesto (la de Burgess, la divertida) donde había subrayado los hechos biográficos más fascinantes.

Me encantaba la moda de que los taxis y los uber llevaran agua por doquier. Me bebí tres botellas seguidas. Estaba nervioso y seco.

—¿Es usted un camello o qué?,¿un camel? Ji, ji. —«Asshole».

—No sabía que las botellas estaban de adorno.

—No, no. Están pa`eso, pa`beber.

—Si quiere que no me lo beba, póngame un whisky.

El taxista no dijo nada más. Solamente le presté atención cuando le hizo un corte de manga a un coche negro que nos adelantaba. Me había tocado los cojones con lo del camello, pero yo estaba excitado y feliz contemplando aquellos edificios antiguos. Deseaba perderme entre ellos, visitar sus alcobas y conocer a sus pintorescos habitantes. Conocer sus encantos y

sus más turbios secretos. Deseaba ser una parte más de la ciudad pese a que cada vez que veía un Mcdonald´s o un Burger King mi gentil viajero romántico recibía una puñalada. Cada nueva calle revelaba un Sturbucks y otro Mcdonald´s y otro Sturbucks y otro Sturbucks y hasta algún tonto del haba a los mandos de un Ford Mustang. El romántico y yo nos desahogamos con la globalización cínicamente.

Llegué a mi primer destino madrileño. Nada llamativo en la entrada. Globalización. Las mismas luces y las mismas letras y los mismos reclamos que en medio mundo. De todas maneras la observé como si se tratara de la puerta de Ishtar o Los Jardines de Babilonia. Entré.

Vivir, escupir, escarbar, garabatear, insultar, esculpir, pulir, realzar, inventar, definir, seducir y mentir. Vivir para escribir. Vale. Y valió como primera incursión en la literatura.

No se habían agotado todavía las tres de la madrugada. Era temprano. La joven noche de Madrid me acunó por sus calles. Embelesado por cada detalle, disfrutaba de la música de la ciudad. Los necios muchachuelos no me molestaban con sus mierdas; fluía amablemente por las aceras como un ave que se abandona a los vientos que le dan sustento.

Llegué a un deslumbrante castillo blanco, iluminado por la generosa incandescencia de una multitud de esferas de cristal. Me acerqué para examinar sus muros con mi lupa alucinógena. Civilización carbonticia. Interesante. *Stonecrazy*.

Al otro lado de la calle, había una pétrea fuente con una deidad a los mandos de un carruaje tirado por dos leones. Me senté frente a ella para convertirme en su admirador. Los felinos tenían la pata izquierda gentilmente levantada, generando una ilusión de movimiento amanerado. «¿Leones gay?».

¿Sería aquel delicioso ultraje al rey de la selva un mensaje deliberado? ¿Sería cosa de un refinado arquitecto o de un licencioso escultor? ¿Acaso fue un rudo albañil viviendo su homosexualidad a través de una paleta modelando cemento? Me habría gustado conocer la opinión de Antoine al respecto, aunque no me costaba imaginarlo elaborando una genial y extravagante argumentación sobre los felinos homosexuales y su relación con el esplendor de la selva.

Lento y pesado, con dudosa y caótica trayectoria, tan grande como un oso, Nesto Hemingstein conquista los leones de la fuente. La guerra vuelve a resonar como telón de fondo y el *grizzly* de Illinois increpa a los cuatro vientos: «¡Jodidos idiotas, si no los combatimos aquí, tendremos que hacerlo en toda Europa, cretinos!»… «¿Y tú qué haces, Nesto?»… «¿Una ambulancia?»… «¡Bravo!»… «¿El gran Hemingway?»… «Solo estás aquí para tener algo que contar en tus

novelas!»… «¿Te has cansado de tu amante fiel?»… «¡Nunca!» Tanta excitación y demasiados aspavientos llevan a Hemingway al suelo. Se ha precipitado sobre el agua estancada de la fuente. Con la cara negra se levanta indignado. Aparece Martha Gellhorn, cachondísima con uniforme militar.

«Eres un animal y un cabrón, ¿Quién es tu única amante fiel? Déjate de jueguecitos, estúpido. Verás como vuelves con tu mujer de Nueva Orleans, no dejas de ser un paleto, un hombre violento con una máquina de escribir. Me necesitarás siempre para sentir que tienes... algo parecido a un hogar».

Martha desaparece y Nesto juega con un rifle invisible, disparando en todas direcciones. Se resguarda utilizando la escultura como parapeto y sigue gritando hasta que vuelve a caer en el barro. Su mirada queda fija en el cielo mientras repite una y otra vez: «Tú eres mi única amante fiel».

Una niña con cara de mensajera divina aparece a mi vera sobre una chirriante bicicleta. Su piel y su cabello han perdido todo brillo y sus ropajes están ennegrecidos como si hubiera llegado por una chimenea. Curiosa y serena se acerca cojeando a la fuente. La pequeña deshollinadora tiene una pierna más larga que la otra. Lo compensa con una rudimentaria ortopedia: un par de libros y un taco de madera, atados con una cuerda al zapato.

—No, yo soy Nerea —dice la niña, que intenta infructuosamente llenar una botella de agua estancada.

—¿Qué? —Hemingstein se incorpora—. ¿Qué haces niña? ¡No bebas aquí! ¿Dónde están tus padres?

—No lo sé.

—¿De dónde vienes?

—De la estación, allí no se puede respirar.

—*¡Oh! fuck*, te digo que no bebas eso niña, ven conmigo. Tengo hambre ¿tú tienes hambre?

—Sí, y ellos también —dice la niña, mostrando un par de muñecos ceñidos a su cintura con una cuerda—. Necesito comida para mis títeres—. Hemingway se levanta, se dirige a la niñita encorvado como un anciano y le pone la mano en el hombro.

—Claro que sí. Vamos al *Marygold*, niñita.

—¿A dónde?

—Donde los rusos, confía en mí. Allí nos darán de beber y de comer.

Hemingway y la niña comienzan a cojear calle abajo.

—¿Tú eres un soldado?

—¡No!... Bueno, algo parecido, lucho con mi máquina de escribir, pero no ayudo a nadie, solo a mí mismo, algunas veces. Cuéntame, ¿que ha pasado en la estación?

—Uno de los niños tiene una bicicleta y nos deja dar una vuelta a la manzana a cada uno de la pandilla. Yo no he podido resistirlo, porque me gusta mucho la bicicleta y me he dado una vuelta de tres vueltas. Cuando he regresado ya no había estación, solo una nube de polvo.

—*Lucky you, you don't have friends anymore*... yo tampoco.

—¿Qué dices?¿Tampoco qué?

—Nada, nada ¿Qué te gusta niña, gatitos?

—Sí, claro.

—¿Y los toros?¿Te gustan los toros?

—Sí, claro, en las verdes praderas y también las curianitas.

—Curianitas ¿eh? Mmmmm ¿Y qué haces con esos títeres?, ¿son tus amigos?

—Aún no lo sé, los encontré ardiendo cerca de la estación, me voy a encargar de su educación. Mira, tengo esto —. La niña saca un libro de la cesta de la bicicleta y se lo entrega a Hemingway.

—*Nietos de Góngora. ¡Beautiful!* Espero que tus títeres puedan crecer en libertad.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Ernest, pero puedes llamarme Papá Nesto.

—¿Y quién es tu única amante fiel?

—Tú has estado a punto de conocerla hace un momento, pero es pronto todavía, es pronto todavía...

Hemingway y la niña se esfuman calle abajo.

Nerea. Extraño nombre. Extraño pero hermoso. Aquella noche todo era extraño pero hermoso. Extraña y hermosa noche en el fango de los psicoactivos. Con gusto había metido la pezuña en el cepo alucinógeno de Antoine. Un puchero de trampas para la imaginación que excitaba las visiones. ¿Pero quién cojones había metido una niñita coja en mi sueño? Sería cosa de Hollywood y la diversidad forzada. Si después del viaje lograra generar un solo pensamiento auténtico, todo desgaste y todo veneno habrían merecido la pena.

«¡Qué horror!» «¡Todo es mentira!» «¡Nuestros sueños, nuestros deseos, son los de otros!» «¡Nos los han enchufado desde el santísimo culo del capital!».

Sobrecogido me aferré al banco, sentía que algo espantoso sucedería en cualquier momento, miré a todas partes, respiré hondo una y otra vez, tratando de reciclarme a mí mismo en otra versión de mi mismo... Estaba en Madrid, estaba bien, respiraba hondo, estaba bien, estaba en Madrid. Vaya pedo. Mi horizonte se volteaba muy encabronado, mierda, vaya pedo... debía eyectar. «¡Si hubiera cenado más!» «¡Qué mareo!» Enfermedad. Emesis quería acudir en mi ayuda, «¡pero odio vomitar!» ¡Noooooo! Levántate y anda, ¡haz algo! Buaaaaaaaaaa. ¡No! «¡Que no voy a vomitar, joderrrrrrr!» Fiebre. Mal,

muy mal. Dos héroes griegos —Emesis y Peristalsis— se disputaban sacar a Belcebú de mis entrañas, querían luchar toda la eternidad en mis intestinos y yo me quería morir, ¡puto viaje!, ¡con lo bien que me iba siendo esclavo! ¡Raaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Eureka! Llegó la salvación formulada en metano. Un cuesco violento y nauseabundo acudió en mi auxilio. ¡Qué gustito! ¡Bien!

Los *zombies* me persiguen por toda la ciudad hasta una plaza de toros. En el ruedo estoy cercado, no hay escapatoria, voy a morir. Los *zombies* no son *zombies*, son borrachos; una pandilla de beodos danzarines que intentan alcanzarme con piruetas de ballet clásico. Su coreografía es una lucha permanente por mantenerse en pie. Soy un gordo bigotudo. Al otro lado de la barrera, sujetando un puro con los labios, una morena vestida de sevillana torea a un panzudo escritor norteamericano en pelota viva. Lo está destruyendo con instrumentos de tortura sexual. Se desangra el escritor junto a una escopeta humeante y una mujer sonriente. Cuatro plañideras se lamentan frente a los borrachos.

La plaza entera empieza a dar vueltas, es un puto disco de vinilo, Glenn Miller me golpea pasado de revoluciones... todo da vueltas...

«¡Uy!»... Estuvo cerca, pero no vomité. Culminé una microsiesta sanadora de borracho y reinicié el sistema. Cada vez que respiraba sentía una especie de placentera ansiedad. La mente feliz. Paz y bienestar. Nunca me habían pasado cosas tan buenas. Me sentía elevado. La paz se vio alterada por dos jóvenes cetáceos silbadores. Proferían la melodía de «Puente sobre el rio Kwai» con entusiasmo y entrega. Eran adolescentes que deberían estar jugando con la *Play* o en una fiesta de pijamas. Uno era gordito con cara simpática y el otro igual, pero más gordo. Se detuvieron frente a mí. La diosa de piedra me miraba entre sus cabezas.

—Adolescentes —dije.

—Indecentes —replicó el de menor tamaño.

—Impertinentes, por lo que veo.

—Rondadores, cantores y sabrosos como jamones.

Decidí perder la batalla, asumiendo los límites de mi imperfecto bilingüismo y solté una importante carcajada. Los chavales agudizaron la expresión bondadosa de su rostro.

—*Si può*? —preguntó la criatura de menor tamaño.

—*Certo* —repliqué siguiéndole el juego. Se sentaron a mi lado.

—¡Buá! Qué nochecita llevamos, pavo. Primero, el negro chiflado de la tienda de los *smoothies* que nos ha obligado a recitarle Shakespeare de memoria por chingarle una manzanita.

Mi cara de extrañeza lo invitó a explicarse. Su compañero asentía con un gesto afirmativo, pequeño e inquietante.

—O sea, no es que la hayamos robado. Una manzana no se puede

robar. Una manzana se pilla y punto, es para comer. Así que la coges y te la comes. Aunque al pavo no le ha gustado nada… ni lo de abrir la puerta del servicio. ¡Pero es que salía un tufo rarísimo, macho!

El chaval conectaba frases como un bastardo del viento. No necesitaba respirar.

—Entonces cuando nos íbamos, aparece un negro enorme con un libro en la mano, y yo he pensado *¡What the fuck*!... el caso es que nos ha dicho que esa manzana tenía un precio. ¡Y el precio era llevarnos a Shakespeare también! ¡Aprender! Iba a decirle que a mí nadie me dice lo que tengo que hacer pero me he acojonado mazo antes de decirlo. Además tengo una memoria cojonuda, je, je, je... y había escondido un par de plátanos en la entrepierna antes de que me cazara con la manzana, je, je, je.

Sacó un plátano que se asfixiaba entre la cintura del pantalón y su feliz adiposidad. Me lo ofreció con genuina ternura pero rechacé su ofrecimiento. Peló el plátano en un santiamén y le quitó los hilillos con precisión milimétrica. Continuó hablando con la boca llena.

—«...mmm que te iba a... mmmm ah, sí, los famosos mmmm... se creen que ellos se pegan buenas fiestas... ¡Y una mierda! Esto del Shakespere y el moreno, eso solo nos pasa a un servidor Félix y a mi compadre Jacobo. Si eres famoso no te pasa, porque la manzana te la regalan y siempre vas rodeado de lameculos y putos y putas por todos los lados.

—¡Ja, ja, ja, ja!.

—Además las drogas te las regalan. Tener novia sin esfuerzo. Tener novio sin problema. Que si una amante ¡Chas! Como por arte de magia. ¡Menudo coñazo! Las auténticas juergas nos las pegamos nosotros. Porque solo están a nuestro alcance: dos adolescentes que soñamos más despiertos que dormidos, que comenzamos cada noche de juerga con una mentira a nuestros padres, que somos gordos y cero atractivos y aún así conseguimos que nos sucedan cosas memorables. Y... ¡ Qué tenemos el poder de hacer la cosa más divertida del mundo!

—Sorpréndeme.

—¡No hay nada más divertido en el mundo que un gordito en pelotas—gritó mientras se quitaba la camiseta.

A la camiseta le siguieron los pantalones. Su compadre Jacobo le facilitó un casco con una minicámara. Cruzó la calle en calzoncillos y avanzó de puntillas hasta la fuente. Allí se quitó los calzones y se metió en el agua como la sirena que hubiera pintado Fernando Botero en el delirio pedófilo de sus pesadillas. Su amigo registraba la hazaña al detalle con el móvil. Ebrios transeúntes comenzaron a jalear al chaval. Había ganas de fiesta.

Poco después, un grupúsculo de borrachos acompañaba la exhibición cantando entre chapoteos «Go west tinoniinone, go west..»

Antes de llegar al segundo estribillo Félix apareció a mi lado. Los coristas continuaron danzando en el agua, aullando el *hit* de los *Village people*. Había muchas ganas de fiesta.

—¿Lo tienes todo? —preguntó Félix a su compañero.

—Sí, va a quedar fetén.

—¿*Village people*?

—Sí, pavo. Forma parte del mensaje.... aunque también tengo mi propio material... buena mierda macho... unos temazos que tenemos... tiene que haber mensaje... esos cabrones nos quieren quitar hasta el aire que respiramos.

—*Fuck them* —dije solemnemente.

—*This is the way*.

—*This is the way*.

Llegó la policía y Félix, seco e inocente, devoraba otro banano afanado, deleitándose con los últimos compases de su creación: dos agentes desesperados persiguiendo en el agua a un borracho que subía y bajaba de la Diosa cual macaco *puesto* de *anfetas*.

Mientras contemplábamos a los bañistas, Félix me contó que todo aquello lo hacía por prescripción de su psicólogo. El cabroncete tenía un canal en internet que se llamaba *La salvación de lo bello* en el que colgaba sus *acciones renacentistas.*

El psicólogo le había sugerido hacerse *youtuber* como parte de una terapia de «adaptación al grupo y confrontación positiva al acoso escolar».

—La verdad es que el grupo me importa muy poco o nada, soy bastante... misántropo ¿sabes? Pero Damián, el loquero del colegio me ofreció un salvoconducto para evitar las clases y librarme del *bullying* y todo eso por una temporada, si *me abría generosamente al mundo*, claro. Ahora sencillamente estoy enganchado, pavo.

Yo asentía entusiasmado.

—Si tuviera una picha enorme y músculos, esto no tendría interés, pavo. Te lo he dicho antes. La juerga madre no está al alcance de cualquiera—. Miró el reloj y dijo —Hostia, nos tenemos que pirar que perdemos el búho. *Enchanté,* Pavo!— gritó mientras se largaban velozmente.

Los miré alejarse hasta que no pude distinguir sus esféricas siluetas.

La salvación de lo bello, tenía su propio canal en internet. Era lo suficientemente cachondo y poco atractivo como para que nadie pudiera pensar que el espectador era un pervertido. Los desnudos integrales estaban pixelados para ocultar el nabo de la criatura, que figuraba como *prota* de un documental sobre diablillos inadaptados que sufren *bullying*.

El chaval llegó a tal punto de saturación en el colegio que prendió fuego al coche del profesor de educación física como vendetta por un

aeróbico castigo. «¡Diez vueltas al campo de fútbol! ¿Nos estamos volviendo locos o qué?» Dramatizaba indignado Félix en el documental. Se erigía a sí mismo como guía espiritual de la diversidad estética, padre de la nueva simetría y de todo desafío a la aerodinámica. Disponía de un portal de patrocinio para aliviar la erosión económica familiar, derivada de su relación con el patrimonio urbano protegido. ˝¿Abogados?, no son hijos de puta, son mis amigos˝.

Los chavales tenían mucho arte. No grababan basurilla viral de michelines danzarines. Facturaban auténticas joyas del mundo audiovisual con música y efectos de primer nivel. Jacobo ejercía de periodista en los populares *reportajes de peso*, donde interrogaba a los testigos de sus peripecias. Algunos respondían admirados por los arrestos del «niño gordito», mientras otros lo insultaban indignados, —«cetáceo malcriado»— por profanar tal o cual fuente o la parroquia del barrio y su agua bendita. Eso sí, todos con una sonrisa a *flor de labio*, deseando conquistar el bello mundo de la *sinvergonzonería*.

Performer neorromántico, «hostia qué chaval». Aseguraba en una entrevista ser un paladín en permanente combate contra un monstruo al que llamaba «bufona hipermoderna *millennial*». «El enemigo del mundo vacío del selfie». «Hay algo atractivo y maravilloso en las pinturas de Archimboldo. Natural. Yo lo junto con Fernando Botero y unos compases de Monteverdi y otros pocos de Wagner, lo visto de Pop Warholiano para que cuaje, pero con mensaje, como Banksy. Y te monto una *performance* que te va a transformar, te va a conmover y... te va a dejar agujetas en la cara de todo lo que te vas a reír».

La felicidad de que te paguen por hacer el capullo. Gente inteligente haciendo tonterías, gente estúpida haciendo «cosas serias». Dinastías de mentecatos del cipote, desde la gran empresa a la presidencia de un gobierno, del mundo del entretenimiento al banco mundial, editores, productores y lanzadores de hueso de aceituna.

Antoine me había mandado un mensaje, acompañado con un emoticono de la pantera rosa y unas notas musicales.

«Si no te emocionas con esta música no pertenecemos a la misma especie».

Era la música de Mahler, el *adagietto* de la Quinta Sinfonía, la pista duraba ocho minutos y cincuenta y cuatro segundos. «Ocho minutazos, no sé yo». *Play*...

Comencé a flotar en la ingrávida sutileza de los sentimientos delicados, avergonzado de no haber escuchado antes aquella música.

Hay gente que no debería morir nunca. Gustav Mahler era uno de ellos. Lloraba de felicidad con una sonrisa de amor y melancolía. Dolía y no se podía explicar… por eso el ebrio Bukowski le gritaba a su radio: «¡Sigue dándole caña Mahler, cabronazo!» Insultar por

impotencia. Qué modo de agitar el alma. La orquesta volvía a dar un giro triunfante, otra sacudida a las entrañas. Esa música estaría en mí para siempre, para recordarme que no soy un simple macaco con tecnología sino que hay algo más. Hay belleza inexpresable, música que te acaricia por dentro. Te acaricia con una fuerza descomunal que te transforma, te hace más delicado pero más fuerte. «Eterno». «H-El-ARTE». Sentía tristeza por el tiempo perdido. Por haberme conformado con ser un mandril más cuando podemos ser dioses o semidioses, o mejor aún: genuinos seres humanos. Mahler, el genuino ser humano.

Entonces comprendí a lo que se refería Antoine. ¿No era Mahler pop, en el mejor de sus sentidos? ¿Podía haber algo más popular y universal que aquellos estímulos?

Lágrimas calientes, mejillas, ojos, uñas. Todo es extraño. Todo es extraordinario. La pena, olvidarlo con frenética frecuencia.

No había ido a Madrid para consagrar mi mente a los pecados de Onán. Quería acción y debía conseguir el diario de Hemingway, que como americano podía reclamar por imperativo patriótico. Me precipitaría sobre ese cine de Madrid como un misil *Tomahawk*. Como hacíamos siempre. Así nos lo había enseñado Tío Sam: la violencia como principio patrio y estímulo para la economía. La mentira para saquear el planeta a granel y la culpa para cualquier rojo diablo.

Debía regirme por una alocada fuerza interior y componer un nuevo disparate, y después otro más, y así expulsar al demonio de la corrección y sus nefastas consecuencias para la creación y para la vida.

«Go!». Recorrí la ciudad sin rumbo fijo, improvisando por allí y por allá. Si pensaba que era buena idea tomar una dirección, tomaba la contraria. «Bebop». Leía las placas de las estatuas y los nombres de las calles y las combinaba de derecha a izquierda de abajo arriba, en círculos amorfos. «Apolo y Neptuno por el Prado de la Lealtad, encuentran a Lope con las Trinitarias en las Huertas de Casanova. ¡Descalzas por el amor de Dios!» Farolas y adoquines, meditadas arquitecturas y edificios espantosos, combinados en un ejercicio de grotesca fealdad. «Moda». «El coche de *Homer*». Un salto en diagonal, y a la pata coja. Motos, coches, gritos y bares. Pop de mierda. Y bares y más calles y más bares. Bares, —qué palabreja—. Tenía la sensación de que podría pasarme toda la vida en un antro de esos, aun en buena compañía.

Unas jóvenes manifestaban su ebriedad. Armaban jaleo y componían ridículos varios en un portal a la vera de un garito. Chavalería ligera hacía cola para encontrarse con su estúpida costumbre. Pagar y entrar en la caja. Aves de rapiña postpandémicas saciaban con garrafón a la *generación más preparada*.

Una de las jóvenes, sacaba pecho, orgullo de especie. Especialmente borracha, era auxiliada por sus compañeras. *Sororororidad*. Cuando todo parecía enderezarse en un mundo inestable y burbujeante, Sor *Ethilium* comenzó a vomitar de una manera que jamás había visto. Era un espectáculo de aspersión multidireccional. Muy asqueroso. Sus camaradas se apartaron rápidamente, como de un patógeno letal. Una de ellas tropezó en su maniobra evasiva, avanzando de espaldas varios metros hasta colisionar con una pareja que se estaba dando el lote, *apollada* en el lateral de un coche. La colisión los derribó como si fueran bolos en una bolera, llevándose de paso el retrovisor del inocente vehículo.

Un cabrón con capucha se partía de risa con aquello. La fila india se deshizo para prestar auxilio a los caídos. Un camión repleto de cochinos acababa de volcar en la carretera. Yo me acerqué a *espiritrompa* y le ofrecí un pañuelo para que pudiera limpiarse la boca. Balbuceaba a la par que buscaba inútilmente algo en el bolso. En su discurso pude distinguir «los caramelos ¡Joder!» —Con toda la mierda que llevaba encima, le preocupaba su aliento—. No me gustaba meter mano en su bolso pero encontré los caramelos. Agradeció mi gesto con una cocida mueca feliz.

Aquella situación me hizo sentir una tremenda desafección por la especie humana, así que decidí largarme y preservar las ganas de vivir y mi derecho a una digna sensación de ebriedad. «¿Digna ebriedad?» «¡Que te folle un pez!» «¿Y por qué no? James y todos éstos lo hicieron». «¡Y otro pez fornicador para tu doble moral de borracho americano!»

Hice un gesto de despedida a la alcoholizada compañía y le di un beso en la frente a la chica, que yacía como una ruina piripi. No fue nada sexual pero en los tiempos que corrían me hizo sentir prácticamente como un violador. Además, había metido mano en su bolso. «¡El bolso de una mujer borracha, puto criminal!» Salí cagando leches. Calle abajo.

Mal, muy mal. Aquellas mozas necesitaban unas lecciones de alguien como Antoine. Todas esas sustancias, los euforizantes, espiritosos y demás maravillas que la química ofrece, nunca deberían significar una caída. Solo elevación, un exquisito ensanche para la imaginación y los estados de percepción. Si no, mejor sería *hacer nada*, como diría Antoine: «Te quedas en casa viendo la tele y no llenas de mierda mi hermosa ciudad».

Las calles volvían a estar perfumadas por las *fragancias de orín* y *lxs niñates* vomitaban en cualquier rincón. Habíamos recuperado nuestra añorada subnormalidad. En mi cabeza deambulaban distintas imágenes, tan calientes y tan flipantes, que podía revivirlas frente a mis ojos: la manera en que me despedí del trabajo, Antoine y su

cotidiano fluir por lo prohibido, la *fondue* de dos seres supremos en el paradigma de la sensualidad y los escritores del jardín de amapolas. Pero sobre todo alucinaciones con Hemingway, alucinaciones que se presentaban como piezas de un puzzle incompleto. Era el momento de poner algo de orden en todo aquello.

La mujer maciza del *strap-on* había sido cantante de zarzuela antes de la guerra y amante ibérica de Nesto durante una década, al menos. Estaba claro que la conoció durante su matrimonio con Beth y que se lo montaban con un *dildo* estando casado con su segunda esposa, siendo contemporáneamente amante de Marta Gellhorn, que se iba a convertir en su tercera esposa. ¡Cuánta confusión sentimental! —si me hubiera yo aficionado a la prensa de sociedad, tendría el caso de Hemingway resuelto desde la primera visión—.

Volviendo a la archiconocida afrenta con Dos Passos, solo me interesaba su mención a la única amante fiel. Quizá después de la bronca se citó con ella en el mirador de la batalla para una «sesión de esgrima» y por eso ella era su única amante fiel, dueña de unos secretos de alcoba imposibles de admitir en los años treinta del siglo pasado. (¡Y todavía nos falta cultura prostática!)

Se casó cuatro veces con mujeres diferentes de esta Juanita y los moros de Franco no lo mataron porque el único en el mundo capaz de acabar con Hemingway era él mismo. Juanita pasó de la Zarzuela al centro de propaganda republicano y allí se reencontraron, pero ya estaba casada con el tipo de las gafas.

Juanita, ¿su única amante fiel? No lo sé. Hem habría transformado eso en ficción y no había rastro alguno en su literatura. «Solo son sueños de borracho». Esa relación bien merecía su propia novela, El diario tenía que ser mío.

03:08 am

El Sherlock Holmes del hipocampo se desvaneció por el avance de dos siluetas felinas. Una pelirroja de imponentes formas y ensortijada melena que caminaba con un poderío ancestral, como si fuera la más cojonuda de las nodrizas de la antigüedad y otra que era la perfección plástica en dimensiones más contenidas. Solo rompía el refinado equilibrio de su estructura un pecho alegremente desproporcionado y una rosa negra que reposaba entre sus labios.

No pasaron junto a mí. Me atravesaron. El tránsito que suponía hacia la sobriedad sucedía en sentido contrario. Mis alas brillaron de nuevo a la luz de ebrios deslumbramientos. Traté de seguirlas discretamente. Quería averiguar todo lo que pudiera de aquellas diosas.

Las seguía y las seguiría aunque me destriparan en un certero quiebro de bruja. Satanás guiaba mi jeta de oso hormiguero, hipnotizado por la fragancia de una trufa elástica, guarida de mieles mecida por magnéticos movimientos. Intentaba ocultarme como un sutil e invisible espía, pero era en realidad un animalillo indefenso y bobo tras la estela de dos sacerdotisas misteriosas. Los transeúntes las miraban y yo sentía celos. Debía encontrar la manera de acercarme a ellas.

«¿Que haría Hemingway en mi lugar?» «Y qué cojones sé» «¡No soy Hemingway!» Estaba muy ansioso y no podía razonar, tenía palpitaciones y me temblaban las manos.

Las seguí calle arriba hasta que un tipejo gritó «¡Maricones!», y les lanzó una lata de cerveza a la cara. Las diosas se detuvieron. La morena se dirigió hacia el individuo y agarrándose la entrepierna dijo: «Si supieras para que sirve esto realmente, no serías tan cretino». Y a continuación se saco el miembro viril y lo agarró con fuerza para sentenciar: «Zoquete, enano-malencarado». Hizo unos gestos, como si fuera el rey Arturo tomando un juramento con su mandoble y envainó la espada.

«¡Holy shit!» Mis diosas eran un par de *transgenders*. «*Shemales* bien *nascidos* y francamente bien temperados».

El enano malencarado, petrificado ante tan singular invocación, soportó la caricia del glande agresor y retorcióse en los fangos de la humillación, serpenteando cual animal chamuscado, marcado por el calor de una nueva identidad. La identidad absurda y emancipadora de que te restrieguen un cimbrel por la cara en plena madrugada, como colofón a tanta gilipollez. Era imposible no empatizar con él, tan pequeñín, tan vulnerable, herido por el beso de una mariposa en lo

más profundo de sus entrañas.

«Amigo Hemingway, lo que te estás perdiendo. La tecnología médica es la polla».

Si hubiera conocido Nesto el avance que Cronin y Gerow estaban a punto de presentar al mundo muy poco después de que se hiciera papilla los sesos, quizá hubiera valorado mejor la trayectoria que debía seguir aquel proyectil. Si hubiera sabido que una mujer, como la que tenía delante de mis ojos, iba a poder integrar un equipamiento de semejante calibre, quizás el gran curioso Hemingstein habría encontrado un motivo para seguir luchando.

El enano malencarado, transformado en una endiablada comadreja, danzó nervioso entre su bicicleta y la fortificación de cartón y basura que lo cobijaba. Yo estallé en una risa nerviosa, incontrolable ««Je, je, je, ja, ja, ja jo, jo, jo». Las palpitaciones aumentaron en un crescendo extravagante con disonancia y calor chirriante en mi cráneo.

Fue inevitable fostiarse contra el suelo, ya que había cambiado de plano a mis espaldas. Wolf Parkinson White había vuelto a visitarme y tres cabezas desenfocadas ocupaban mi campo visual. «¿Un paro cardíaco?» «¡Joder!» «¿Qué hacemos?» «No sé tronca, dale con un palo a ver». «Es el borracho que nos seguía, tía». «Así que lo de... de Madrid al cielo era verdad, cariño». «Qué putada, pobre chaval».

Pues sí, qué putada. No había tenido tiempo para saborear gran cosa de aquel banquete nocturno. No es que fuera un mal final para el contable de una funeraria de Alabama, pero aquello pertenecía a otra vida, a otra persona. El capullo había dejado la crisálida y estaba en plena transformación. El gusano merecía una oportunidad. ¡Merecía una oportunidad!

Un comedor sin fin, una mesa descomunal. No puedo distinguir al único comensal que se encuentra al otro lado. A lo largo de las interminables paredes se extiende un cementerio de taxidermia. Osos, leones, jaguares, todas las aves del planeta y mamíferos que no soy capaz de reconocer, incluso un erizo, un diminuto y putrefacto erizo cuelga de la pared.

Los brazos destellantes de un Hemingway de luz me hacen señales para que me acerque, pero no me puedo mover. No me quiero mover. Estoy cagado de miedo, el erizo gira su cabecita «¿Ves lo que me hizo tu amigo?» Me increpa el bicho espinoso. «Es muy valiente el gordinflón, ¿eh?», añade un antílope indignado. «¿Tienes insectos? ¡dame insectos!» ruge violentado, el erizo. «Con lo bien que estaba en la sabana y ¡me pegó un tiro en la espalda, el hijo de puta!» sentencia un león. Rugidos, ululados, balidos, chillidos y rebramidos componen una estruendosa sinfonía animal. Los muros comienzan a quebrarse, debería salir de este lugar, pero no puedo moverme, si los animales se liberan estamos jodidos. «¡Estoy jodido!» «¡Un erizo vuela hacia mi

bocaaaaaaa!»

Vida. Vida con labios de enano malencarado sobre mi boca. Un gesto noble convertido en el ósculo putrefacto de un puercoespín envenenado por el nauseabundo aliento de sus fauces. El hedor me estimuló más que si me hubieran dado caña con un desfibrilador. Escalofríos de mofeta descompuesta dentro de mi ser. Fui entrando en mis cabales. ¿Qué habría pasado para que el enano me hiciera el boca a boca? Era la peor opción disponible, sin duda alguna. «Valiente liliputiense». La diosa morena me ofreció un chicle y me encendió acoplando su mano en mi espalda.

Acto seguido todos mascábamos chicle y las chicas nos explicaron que ellas utilizan la boca para trabajar y no podían arriesgarse a «ir haciendo exploraciones labiales, así de *gratix*». Debían marcharse y yo quería ir con ellas. Estaba vivo y lo quería celebrar. «En otro momento criatura», dijo la pelirroja, que me dio una tarjeta plateada con letras moradas. «Mazmórrate».

Me quedé con el enano. Apestaba a alcohol. *Mazmórrate*. Supongo que los dos apestábamos bastante. Aquel vagabundo en bici me había salvado la vida o por lo menos lo había intentado.

La arritmia me había dejado con mal cuerpo. Necesitaba una pausa y una ducha. Iba a ejercer de lo que nunca había dejado de ser: un acomodado. Me justifiqué desde lo hemingwayano, ya que en algunas guerras uno puede entrar y salir como Pedro por su caspa. Tregua.

Emprendí la búsqueda de un hotel con un peso extraño y desagradable en la cabeza. Un estúpido lastre que terminó por detener mi marcha. La conciencia me atormentaba. Invité al enano.

—Te salvo la vida y me lo quieres agradecer sodomizándome, ¡Ni hablar! —dijo indignado.

—¡Qué, no!, no seas tan bien-intencionado. Te brindo la oportunidad de lavarte un poco, asearte, vaciar un minibar y afanar lo que te venga en gana—. Se le cambió la cara en cuanto mencioné el minibar. ¿A quién no le dan ganas de vaciarlo hasta que mira el precio de las cosas?

—Mmmmmm, ¿y mi bicicleta?

—Tu bicicleta se viene con nosotros, la metemos en la habitación.

—Ok, acepto, pero no me des por el culo que te la corto ¿eh?

Lo tranquilicé. El trauma de que te pongan una picha encima. No *todes* están *preparades* para eso.

Estx ser *estigmatizade* sacó un par de cervezas de los *fardxs* que colgaban de su *biciclete*. Me dio una. «¡Por fin una droga convencional!» Lechuga en una barbacoa. «¡Salud!» Me la tomé en tres tragos y le pedí otra. Él no quería dármela, pero resignado trincó una lata y la miró como una madre mira a su hijo antes de ir a morir en el frente. Le dije que al final no me apetecía, que prefería reservarme

para el minibar. Todo su cuerpo se relajó y comenzamos a charlar en busca de una guarida.

—¿Tú eres americano, no?

—*Yep*.

—¿Y qué haces aquí, trabajo?

—*Nope*, un viaje interior.

—Ya. Los jóvenes estáis muy flipados con el tema de viajar, bueno todo el mundo. Hacer cosas diferentes, para hacer todos lo mismo, las mismas fotos en los mismos sitios. Yo tengo cuarenta y siete años y nunca he salido de aquí, pero tampoco me he cocinado unos garbanzos, por ejemplo. Me hice mi primer huevo frito con treinta y tres años, cuando ya tenía toda una cultura en drogas de consumo habitual. Estamos viviendo a destiempo. Apreciamos a la gente cuando ya no la podemos apreciar. Nos sentimos demasiado jóvenes o demasiado mayores para la mayoría de las cosas.

—Muy profundo —. «Pffff»

—Y tú, ¿por qué hablas español?

—Pues, lo típico supongo. Mi padre se enamoró de una prostituta colombiana cuando yo tenía tres años y como vivíamos solos... vino a casa y se implicó mucho en mi educación... consideraba que mi español debía ser suficiente para que leyera a un tal Gabito, «como hay que leerlo».

Aquello me trajo a la mente los mejores momentos de mi infancia, cuando un viudo de Nueva Orleans transformó su vida y su corazón al calor de una fufurufa de Cartagena. Yo no supe que Renata había sido prostituta hasta mucho tiempo después.

Cuando iba al instituto había un fulano que me llamaba hijo puta de una manera singular. Un día se refirió a mí, como el hijo puta que realmente es un *hijo de puta* y sin mediar palabra me acerqué a él con intención de partirle la cara. Ni en guardia pudo impedir el impacto de mi puño contra su redonda jeta de chicano. Servidor ya demostraba maneras de varón hemingwayano.

Aquella incursión en el pugilismo supuso todo un semestre sin recreo, para ambos contendientes, que pasamos a ser esclavos de las profesoras de ciencias.

Dicen que el roce hace el cariño, si consigues levantarte del suelo, claro. Así que después de unas cuantas riñas más y gracias a nuestra unión frente a la tiranía de las «brujas de la verdad», Nicolás y yo nos hicimos amigos. Amigos frente a la injusticia que era la privación de salvajes recreos para fomentar el aprendizaje de los otros.

Después de clase, nos escurríamos en su casa, nos poníamos unos trajes de su abuelo y hurtábamos a chupitos los alcoholes que reposaban en el sótano. «No se van a dar cuenta, a mi abuelo se lo tienen prohibido desde que atropelló por accidente a Michael, el

monaguillo, aunque mi madre dice que lo hizo a propósito. De todas maneras cuando dice que va a jugar a las cartas se va por la zona del río y vuelve reptando como una serpiente chuchumeca».

Las historietas de su familia y los juegos de soldado borracho se acabaron el día que asistimos a nuestra primera revelación sexual.

Una gentil falda voladora, movida por maliciosos instintos, mostró una pequeña porción de braga sobre tersa piel de porcelana adolescente, perturbando la parte más intima del universo: nuestros inmaculados genitales de macaco. Desde entonces nos gustaban las chicas y las bragas y todo lo que tuviera que ver con *el asunto*. Queríamos más, queríamos ver *algo* de verdad. No teníamos talento para la persuasión y no gozábamos del favor de nuestras compañeras, por eso nuestra amistad cristalizó al amparo de la incompetencia *puberil* y el rechazo. También al ardor de las primeras y leves borracheras que un buen día le sugirieron a Nicolás que me explicara esa verdad incómoda que nos llevó a los puños.

Alcoholizados, revolucionamos nuestras bicicletas por *Nashville Ave* hasta una coqueta casa azul de estilo victoriano. Yo conocía aquella casa, era la «sinville».

—Tú y yo somos primos, tía Renata es prima segunda de mi mamá y es la *Madame* de esta *puticasa* —dijo Nicolás.

—¿Qué? Tú y yo ni siquiera pertenecemos a la misma especie —repliqué indignado.

—Tenemos que entrar, y lo sabes, yo ya lo intenté y me sacaron a puntapiés, pero a ti Renata te venera, y no sabes qué clase de criaturas andan por ahí sueltas.

Era verosímil lo que decía el puerco de Nicolás. Siempre había tenido a Renata por una especie de Afrodita traviesa, amante del vicio y de la buena literatura, lo que encajaba en el perfil de Madame. Sería verdad que ella estaba en el *business*, y aunque yo no necesitara comprobarlo, con doce años no había nada que deseara con mayor fervor que entrar a echar un vistazo. Poder ver un solo milímetro de algo que pudiéramos más tarde manipular con la imaginación o como imploraba Nicolás: «Algo de carnecilla, Dios, para la realización de tus súbditos terrenales».

No pude negarme, no quise negarme.

La cancela del jardín emitió un gemido a nuestro paso, como preludio a los sonidos amorosos que íbamos a descubrir. Recuerdo subir las escaleras de piedra como el descenso al sótano de Beatriz Viterbo antes de la cópula legendaria entre mundos. La investigación fundamental, como nos gustaba llamarlo, iba a dar resultados tangibles, ¡por fin! Antes de que pudiéramos tocar la puerta apareció un gordo gigante.

—No podéis pasar.

—Dile que eres el hijo de Renata —me susurró Nico al oído.

—Eh, mmmm hola, soy el hijo de Renata, bueno en realidad...

—Ah sí, eres Gregory, bienvenido... pero no podéis pasar —dijo el frondoso chopo—. Esperad ahí un segundo, la llamaré.

Esperamos a Renata con el deseo de ser violados en un lupanar de color azul. Quizás fuera un deseo incorrecto y no cumplirlo haya sido positivo, pero ¿quién sabe? Nicolás pasa el día frente a un ordenador dotando a la vida de un profundo sinsentido, igual que hacía yo, pero con distinto aroma. Curra para un centro comercial donde los *zombies* se dan cita para comprar mierdas compulsivamente, y yo llevaba a los *zombies* camino de su última adquisición. Aunque muchos seguirán comprando desde el más allá. Sus seres queridos pronto estrenarán un descapotable, una raqueta de tenis, un rancho de diez mil hectáreas o unas braguitas de *hello kitty*. «Esa langosta en memoria del abuelo». Y el viaje a Tailandia también. Eso ya se ve en los ojos de los que rodean la caja de pino antes de introducirla en el hoyo. Por lo menos durante la pandemia no tenías que ver el careto de los familiares que no amaban a sus cadáveres. Cuando era joven el que ocupaba el agujero dolía más en los oídos, no hacía falta saberlo porque se escuchaba. Hay diferentes tipos de llantos, pero cómo suena el de una madre… eso es otra movida.

El caso es que no desarrollamos nuestros instintos callejeros, aprendizaje que no debiera faltarle a nadie. Renata no apareció y nos conformamos con un escueto mensaje del gigante: «Ya te explica en casa, largaos de aquí».

Aunque era el portero gigante menos convincente del planeta, le hicimos caso y nos fuimos con nuestras fantasías a otra parte.

El misterio quedaba resuelto de esta manera: mi madrastra trabajaba en un putiferio y por consiguiente mi padre y yo cohabitábamos con una alcahueta y de alguna manera formábamos parte del más antiguo engranaje comercial. Éramos proxenetas o *yo qué sé qué*. En realidad fue todo bastante natural siempre y en casa no había grandes conflictos. Supongo que vivíamos de puta madre. De puertas afuera era a partes iguales vergonzante y *cool*.

Esperaba la *charla*, como una revelación de fe que resolviera la efervescencia que me consumía. Todo era afrodisíaco en la casa. Las ventanas, los muros; todo estaba impregnado de lujuria. Vivía empalmado y sin control como un perrillo en primavera. En clase, todos mis pensamientos eran de estilo victoriano, y mis visitas al baño se multiplicaban allá por donde fuera. En clase de ajedrez, perder era el mayor de los placeres porque me escapaba al váter. En *soccer*, ser sustituido por paquete, aunque humillante, era de gran excitación. ¿Clase de música? Ni siquiera iba para poder cascármela en casa. Edipo onanista había crecido y se movía ágil y sin reparos por la

fantasía del incesto gracias a la brújula moral de la imaginación.

Mi relación con el bello sexo cambió. El bello combate que *siempre* perdería acababa de comenzar. Nico me dijo que se había extendido el rumor de que regentaba una casa de putas y que era un peligroso señor de la noche. Suficiente para convertirme en uno de los tipos malos del cole y para que mis congéneres me extrajeran de los márgenes invisibles de la comunidad educativa.

No duró mucho, pues mi personalidad, carente de gallardía e imaginación criminal, no permitió materializar las expectativas de ser un delincuente juvenil. *Peeero*, duró lo suficiente como para que me tocaran la *pilililla* y por primera vez llegar más lejos que el acongojante tocamiento de *pilililla* de la revisión médica.

Los mismos arbustos que ocultaron los atributos de la pareja original, hospedaron nuestro encuentro original. «We played hooky». —Gloriosos y chorreantes novillos entre la maleza—. Braquets, acné, y diez tesoros vivos de amor digital. Cinco a babor y cinco a estribor y nuestras caras grasientas y nuestras bocas inexpertas, forjando a base de lengüetazos un nuevo paradigma para los sentidos.

Fue Claire, buena chica de bonito cuerpo macizo con pétreos labios y punzante ortodoncia, un nuevo territorio a explorar, cada día más fértil y más florido, lleno de matices y de alegrías y de inocencias y de torpezas. Su nariz algo erecta y respingona, era un hocico magnético de cerda. Un atributo único, de saludable y desconcertante belleza.

Aquella extraña y hermosa cara de marciana, me hizo visitar la era del fuego descontrolado, cuando el último día de curso, en el año más caluroso nunca registrado, sus níveas braguitas de desgastado algodón se deshicieron en mis manos como preludio de la primera incursión en la sagrada gruta del placer. Tres minutos después había comenzado el estío más pegajoso de la historia. No nos separamos durante todas las vacaciones. Luego internet extirpó el encanto, y los sentimientos genuinos llegaron a su fin con la pornografía. El derecho al descubrimiento fue capturado por una saturada red de mercancía sexual, la pantalla de un ordenador y nuestras solícitas cabezas de polla. Nos habíamos licenciado en pornografía.

Nada podrá enfriar los calores de aquel sexo marciano.

Excepto la pornografía, convertida en dueña del universo, todo está lejos ahora, tan lejos como acontecido en otra vida. También mi padre y sus peregrinas explicaciones de cómo un católico practicante se había convertido en un empresario del sexo, o su decidida intención de dignificar el irremediable intercambio. Su lucha contra la inquisición vecinal y la hipocresía en masa. Aplausos al entrenador del equipo de béisbol, que observaba a los chavales en las duchas, oculto tras un disfraz de tipo duro. Aunque defraudara impuestos, «¡Qué más da!» «Es un ejemplo de tesón y esfuerzo». «Puto *winner* pedófilo» ¡Si

hasta descubrieron al cura de *St. Patrick's Church* en un lupanar, cazado por pagar con dinero falso! «Pobre hombre, tan solo. Yo lo creía homosexual». «Que Dios te los pague maruja». «No obstante, ese siempre paga con dinero falso». La ineluctable condición de la no existencia.

Maldita la hora en que me fui a la Universidad de Alabama, donde sin darme cuenta había perdido una década de mi vida. Pero enamorado de Renata tenía que huir de casa. Una carta de aceptación en la UAB para consagrar lo mejor de mi juventud a estudiar mentiras generalizadas se me antojó como ideal salvoconducto. «Pobre infeliz», luego una novia y un trabajo hediondo. Diez años menos de vida.

Mi primer empleo consistió en conducir coches fúnebres durante horas y horas interminables. Vivía en un bucle irreflexivo donde era imposible percatarse de que yo estaba más muerto que el de la caja de pino. Era un empleo con futuro, un futuro de oficina y ordenador, un futuro de no estímulos, un futuro de no vida.

Había que engañarse a uno mismo, pensar que algún día podría florecer y vivir las emociones de una nueva primavera. Por el momento sería el capitán del Barquillo. La magnífica embarcación donde flotaba con un duende apestoso y un yo igualmente apestoso. Éramos el abono de nosotros mismos, donde germinar nuevas personalidades. El primer hotel que viéramos sería el continente para la nueva vida. Apareció uno bien pijo —ideal para dos indigentes con una bicicleta— donde nos precipitamos como radiactivos supervivientes de Vietnam.

El recepcionista mostró una naturalidad magnífica. Ante dos pordioseros de aspecto roñoso y abandonado, exhibió una sonrisa que nos hizo sentir como reyes. La única habitación disponible era una *suite*. No era momento para escatimar en gastos, «Charlie paga esta ronda». «American express of course».

En su exquisito trato, el recepcionista no pudo disimular su juicio casi invisible como facilitador de nidos de perversión, de moderno trotaconventos para *yankies* sodomitas, licitadores de carne humana y lanzadores de enanos contra la pared. No me importaba que me tomasen por un tipo extraño y vicioso —de hecho me gustaba bastante — pero es que mis intenciones en principio eran nobles. Auténtica caridad de beodo filántropo. En principio.

Dejamos la bici en recepción y subimos en un moderno ascensor.

Entramos en la suite. Era enorme. El enano malencarado se lanzó sobre la cama como quien encuentra un oasis en el desierto. Mientras retozaba, yo fui directo al baño. Mis intestinos necesitaban alivio urgente y un trono aguardaba impaciente la llegada de mis curtidas posaderas. Había un *jacuzzi* que pronto debía estar ocupado.

Con Belcebú fuera de mis entrañas puse en marcha un generoso

chorro de agua caliente. Vapor, efecto sauna, sales de baño y una promesa de hidromasaje. Un poco antes de derretirme, abrí las puertas del baño para presentar el formidable hallazgo. El enano apareció junto a mí con una minibotella de vino, mirando incrédulo los baños que aparecían entre vapores.

—*Joer*, los minibares ya no son lo que eran —balbuceó

—¿Sabes? esta noche he aprendido que hay cosas que se tienen que hablar en pelotas.

Nos miramos cómplices del mismo pensamiento. Nos despelotamos y le dimos caña al *signore jacuzzi*. En cuestión de segundos nos consumíamos en el agua, efervesciendo. Olíamos a mierda. Éramos como dos batracios putrefactos en un lago mágico de transformación esperando convertirse en príncipes. Entre los tonos rojizos y granates de su aborrachado rostro brillaban unos ojos azul celeste.

—¿Yo soy artista, sabes? —dijo muy convencido.

—¿Ah, sí? —. «Fantasma».

—Sí. Hago esculturas eróticas de poliestireno y cosas así. Bueno, hacía.

—¿Y eso?

—Bueno. Tuve mis diferencias con los del orgullo y me quedé sin clientes, luego conocí a Diógenes y a Antístenes y me convencí a mi mismo de que debía vivir como un perro para ser feliz, pero no salió como esperaba. No funciona bien del todo con personas.

—¿Filósofo?

—Qué va. Solo soy un borracho. Podría dormir en casa de mi madre, pero la mayoría de noches estoy tan *mamao* que me meto a dormir entre cartones. Es triste, pero la ausencia de responsabilidad lo compensa.

La charla deprimente, sumada al burbujeo del *jacuzzi*, me estaban produciendo un efecto somnífero que no debía permitir. Eso de estar en pelotas con un vagabundo en una bañera no era una peripecia digna de Hemingway, aunque participando del sentimiento de hermandad alcohólica se podía entender. Me había quedado con ganas de conocer a las diosas *trans* y no quería esperar. Poseían un aura trágica y fascinante que empañaba la cristalina vida de sus ojos. Ir con ellas debía ser mi próximo movimiento. Un kiki y a por el diario. *Mazmórrate*. Salí del *jacuzzi* y le dije al enano malencarado que tenía que irme. Él me invitó a que me fuera a tomar por culo. «Justamente, allí me voy».

Salí del baño arropado por un cariñoso albornoz de color granate. Levemente catatónico fijé la mirada sobre el enorme catre de la habitación. Cometí el error de sentarme para secar mis pies en aquel mullido demonio de alas blancas. «Hostia, qué gustazo». Decidí rendirme veinte minutos. Una breve siesta como los marines de

combate y *Madrid sería una fiesta*. Vaciaría el minibar de bebidas estimulantes —si el enano había dejado algo *bebible*— y estaría como nuevo. Programé una alarma en el móvil y me refugié ebrio y feliz entre las nubes, cual aprendiz de *Baccus*. Mis párpados cayeron como colofón a los placeres de la pereza y el sueño.

El placer se vio interrumpido por un estruendo canoro que trepaba desde las profundidades del hotel. Era como un estadio de fútbol repleto de *hooligans* proclamando el sonoro canto de la victoria. Pensé que era imposible levantarse en aquel estado, como debieron pensarlo los paralíticos de Betzatá antes de que Jesús de Nazareth se dejara caer por el lugar. Sin embargo el milagro obró también esta vez, pero en forma de indignación.

La mala hostia me sacó de un brinco del catre. Cada vez era más evidente lo que escuchaba: ¡el himno de la Unión Soviética propagándose desde el sótano del edificio! Seguí el canto de las sirenas hasta el subterráneo, dispuesto a iniciar la tercera guerra mundial.

Había por lo menos tres docenas de esos canallas, todos con sus narices rojas y sus mejillas sonrosadas de putos renos eslavos. Me planté frente a ellos como un *cowboy* que sabe que va a morir tiroteado por los villanos, pero no me importaba porque formaba parte del valor hemingwayano. Un hombre cansado y hambriento puede ser más peligroso que una jauría de lobos y mucho más que un hatajo de turistas beodos. «¡Por Mriya!»

Comencé a increparlos pero ninguno me prestaba la más mínima atención, lo cual me colmaba de rabia. Salía espuma por mi boca mientras me empeñaba en realizar violentos aspavientos. Me acerqué a un individuo para arrancarle la oreja de cuajo. Había resucitado el púgil adolescente que repartía hostias como panes ¡pim, pam, pum! pero nada ocurría, ¡no se inmutaban los muy hijos de puta! Parecía invisible, como un espíritu, era transparente. No podía interactuar.

¡Mierda! Realmente era invisible y todo era en blanco y negro. Estaba flipando de nuevo.

Una docena de aviadores soviéticos y casi el doble de mujeres prostitutas llenan cada rincón de la cantina. Después del himno, el soniquete de un dúo de balalaicas se abre paso entre aplausos y gritos de euforia. Furcias y rusos tratan de bailar, se abrazan y comparten sus bebidas con el suelo. Las chicas llevan vestidos que hoy solo osarían las más castas. Son las *Hemingway`s whores de combat* y sus caras son el más bello reflejo de la finitud. Juventud entregada a los más naturales placeres, acrecentados por los horrores de la guerra. No es necesario hablar la misma lengua para compartir idioma ni tener el mismo idioma para compartir lengua.

«¡Hostia!» Un enorme estruendo sacude el hotel. Todo el mundo

sale de la cantina y me veo arrastrado por la marea hasta el vestíbulo. En el exterior, los obuses franquistas continúan reventando el pavimento y hacen temblar el edificio. Mi visión entra súbitamente en uno de los pasillos. Cada puerta que se abre revela un amorío secreto o un grupo de putas con soldados en cueros o una famélica reportera que ha elegido mal su ropa interior.

El camino hacia las zonas más seguras del hotel es un atropellado festival protagonizado por estrellas de la literatura norteamericana. Josephine Herbst avanza con cara de pánico y una boina granate que trata de disimular un amasijo de pelos todavía desgreñados. John Dos Passos con aspecto fresco y aseado luce un albornoz y la frescura del hombre recién afeitado. Remarcable belleza la de Virginia Cowles y Martha Gellhorn empaquetadas en infames pijamas centenarios. Temblorosas, se agarran por el brazo mientras sus miradas picantonas juegan al quién es quién de los amoríos nocturnos del Florida. En último lugar, fanfarrón y tranquilo, con los andares de un dragón de komodo aparece Mr. Hemingway. Sonriente sostiene una taza de café y una tostada. «Traquilas hijitas mías, estamos a salvo aquí, solo pretenden alcanzar el edificio de la Telefónica».

Un franchute apostillado a un lado del pasillo reparte pomelos y reverencias. «Voulez vous un pamplemousse, Madame?» No es cualquier franchute, sino el portador de la mente que años más tarde procrearía «Petit Prince».

¡Antoine de Saint-Exupéry repartiendo pomelos! Me subo en su avioneta. Entro en un tubo veloz rodeado de llantos y despedidas, de mujeres solitarias, de niños durmientes en campos de amapolas y adultos inútiles ordenando en las retaguardias. Me alejo hacia el espacio y los niños son ahora el cielo estrellado. Una mujer frente al espejo seca sus lágrimas, motriz de coraje: «Está decidido, si él va a la guerra debo estar allí, como sea». Amor vertiginoso secuenciado: bellos héroes de amor en Berlín, en Londres y en Madrid, se persiguen de batalla en batalla, de siglo en siglo, llega la paz y se separan. Lo que el miedo y la finitud ha unido que la sosegada armonía lo separe. Tensión, distensión. Kate y Jan. La guerra y los amantes. Respeten los votos de máxima infidelidad, de todas maneras moriremos pronto. El ruso revolotea por mis orejas, *nasdrovia* y Koltsov, *gatov* y la madre que los parió. Rusos chiflados, «¡un lápiz la mejor solución!» y el *tin tin tin* de la balalaica, y las hijas de Putin, me cago en la... Joder con los héroes de amor que guapetes son, niños gordos, héroes feos, héroes verdaderos. El *tin tin tin* de la balalaica, su put…

Insípida techumbre y sillas con forma de huevo. Seguía en la cama, intentando retener el sueño pero solo encontré el techo, solo me quedaba el techo y nada más que el techo. *Fuck*! ¡Con lo que estaba gozando el sueño!

Como decía, me estaba comiendo el techo cuando la chispa eléctrica de la imaginación me regaló la imagen de una *performace* maravillosa. Tributo a las infatigables mujeres de la guerra y una sorpresa inolvidable para Jokin y para todo ser viviente en el hotel de la calle Barquillo de cuyo nombre no soy capaz de acordarme. Llamémoslo Florida 2.0. La *performance* consistiría en llenar de prostitutas la habitación donde me encontraba. Las *whores de combat* volverían al Florida por una noche y el enano malencarado tendría un formidable sueño de borracho. Llamaría a profesionales de toda condición, incluyendo travelos, *transmaricabollos* y todo lo que fuera necesario para garantizar una correcta representación de la diversidad, ¡ah! y un buen *furro* de las nieves que pudiera llevar al enano a esquiar. Tod@s deberían preguntar por el ruso del sueño, «¿era Kolstov o Kalasnikov?» Qué más da. Parecía un trabajo fácil, bendecido por san *Google* y sus logaritmos de omnipotente celestina cibernética.

Por fortuna, ciertas actividades continuan en el limbo y no te piden ni apellidos, ni DNI, ni pasaporte, ni una señal, ni nada. Solamente marcar un número de teléfono y reclamar lo que uno desea. Como pedir una pizza a domicilio aderezada con los sabores de un yerro atroz.

—Hola.

—Hola, buenas noches, mire… es que estoy en una fiesta y me gustaría darle una sorpresa a un amigo, necesitaría diez señoritas —dijo mi yo más baritonal.

—Diez no podrá ser caballero, que hoy ha habido partido, ahora pueden ir tres chicas para allá. ¿Una hora?

— Tres chicas, perfecto… sí, una hora. Estamos en la calle del Barquillo número veintiuno, habitación siete, cero, siete. Es muy importante que pregunten por el señor Jokinov.

—Muy bien, Jokinov, trescientos euros cada chica.

—*Ok, no problem*, muchas gracias.

Trescientos euros. La más antigua profesión y la de más futuro. Menos mal que no tenía intención de soltar un solo centavo. Tendría que deshacerme de aquel teléfono de la misma manera que me había deshecho de una parte substancial de mi conciencia. Todavía me castigo por aquello, pero durante el trance no había posibilidad de reflexión. Tuve que empeñarme más de lo previsto por el dichoso partido de fútbol, que por lo visto acarreaba una especie de convención de puteros. A la hora de investigar en el mundo *trans*, di con un perfil encantador.

—Hola cariño, soy Velvet, ¿como estás?

—Hola Velvet, bien ¿qué tal? Me gustaría saber si estás disponible para un servicio. Es en un hotel.

—Si cariño, son 250 más el taxi —me dijo. «Hostia claro», «bueno a este aunque sea le pagaré el taxi». «Encontraré la forma».

—Perfecto, mmmm ¿te puedo hacer una pregunta?

—Pregúntame lo que quieras, pero te puedo ir adelantando un sssssssssssí.

—¿Mmmm estás operada?

—Si querido, lo pone en el anuncio.

—Ah, mmmm eh, podrías traer a algún compañero, quiero decir compañera que no esté operada, quiero decir por abajo —. *Jod...* me estaba poniendo un poco frenético, pero debía haber un *trans* hemingwayano al menos.

—Mmmmm, veré lo que puedo hacer, pero te cobraré el *consulting* ¿eh? —respondió con cómica y fingida molestia.

—Ok, muchísimas gracias, calle del Barquillo número veintiuno. Es un hotel. Habitación siete, cero, siete... ¡Ah! y pregunta por el señor Jokinov —. Colgué.

Lejos de la cifra de sesenta profesionales que me había propuesto, había comprometido cinco cifras en meretrices. Era mucho dinero, que no pensaba soltar. Confiaba en que ante una posible y justa algarada, el joven mozo de la recepción no revelara mi identidad a la indignación de las furcias.

En cualquier caso, el método me avalaba. Mear fuera del tiesto era lo más hemingwayano que podía hacer y... ¡Yo siempre había apuntado con precisión milimétrica! ¡¡Ya no habría más tiestos para mí!!

Era el momento de partir. Me vestí con repugnancia, renunciando a calzoncillos y calcetines para minimizar la sensación tóxica de mi atuendo. Me acerqué al Jokin para comprobar que seguía con vida. Me dedicó un afectuoso gruñido inmerso en los placeres del *jacuzzi*. «La que te espera, escultor microbio».

Hemingway estaba ejerciendo una mala influencia en mí, lo que significaba una *buena* influencia, ya que necesitaba un poco de maldad en mi vida. Como había programado, tomé toda la cafeína del minibar y en un sabio reflejo de beodo atranqué la puerta con el cartón de «Por favor limpien la habitación». «Y al enano que hay dentro». «Ja». Gracias.

En recepción apoquiné el precio de la habitación y le expliqué al muchacho que vendrían unas amigas a recoger a mi primo, pero que yo debía marcharme, ya que tenía un vuelo de madrugada. Por supuesto no creyó una sola palabra, ni renunció al ejercicio de su exquisita discreción.

—Que tenga usted un buen viaje señor Fontaine.

—Muchas gracias, estoy seguro de ello —. «Aunque el viaje te lo vas a pegar tú, en una caravana de *whores de combat*».

Fuera del hotel me aposté tras unos cubos de basura para presenciar los albores de mi ocurrencia.

Llegó un taxi del que salió una mujer enorme. Sus tacones eran un sistema de andamiaje jamás visto, debía medir más de dos metros con aquel extravagante ingenio. Era Velvet y parecía mucho más joven al natural, no debía tener más de veinte años. Daba una imagen ultraelegante —obviando la andamiada— con un peto negro ajustado a su figura como un guante de látex. Con ella venía otra gigantona con similar gusto por la moda y extensos maxilares. Entraron en el hotel como reinas de la antigüedad, sin súbditos pero con la realeza integrada, igual que las joyas de la corona.

Dos coches negros continuaron con el desembarco. Tres *fufis* salieron de cada vehículo. Las agencias estaban cumpliendo. En cuanto sacaban una pata del coche ofrecían una estampa hollywoodiense de auténticas estrellas de cine. Para mí eran todas *whores de combat*, una clase de heroína olvidada por muchos relatos de la historia pero con un papel fundamental y complicado en lo que más hondamente nos define como especie.

Ya eran ocho artistas participando del desenfreno performativo madrileño. Junto a mí pasó otra criatura marcando un taconeo sordo que recorría toda la calle del Barquillo. Se movía de una manera *yrreal* para mantener en órbita el hula-hop invisible que circundaba sus caderas. Nueve y contando... Otro coche desembarcó a dos mujeres muy delgadas, de tez blanca y miradas muy profundas. Estas no le daban demasiada importancia a las formas. Se bajaron del coche como un camionero que va a repostar en la estación de servicio, sujetando el bolso como un balón de fútbol americano. Guapísimas pero con una expresión de mala leche que asustaba un poco. Quizá estas sí zurraran a Jokin.

Parte del toque innovador lo aportó un curioso perfil que había encontrado en la red. Se trataba de La Baritonesa, una chica nacida tío, pero completamente operada y que mantenía voz de bajo profundo. Aseguraba combinar el *striptease* con la interpretación de algunas de las joyas del repertorio lírico —eso me habría gustado mucho verlo—. Supuse que la divina baritonesa acababa de llegar en moto. Aparcó en la acera y se metió en el hotel sin quitarse el casco. Caminaba cual varón *cowboy* mandaloriano. Otro ejemplo deslumbrante de variabilidad humana y ejercicio de libertad.

De otra moto se apeó «El Brasileño». Un prostituto más convencional, guapo y presumido, que anunciaba una descomunal herramienta para el amor. Entró muy directo, como el *rock and roll*. El momento de largarme había llegado.

Al asalto penetré en un taxi que traía nuevos materiales para mi siniestra sinfonía de carne. Eran las chicas de la agencia de *orientales*.

Hubo tiempo después para reflexionar profunda y sufridamente sobre los horrores de gestionar almas humanas como quien come y descome el menú de un restaurante. Pero en aquel preciso momento, al aroma del hinoki y el sakura, la lascivia me había subyugado, y tal era la excitación, que podríanse haber roto mis pantalones y cual macaco brincar fuera del coche para meter la picha en el tubo de escape, presumiblemente tan caliente y sucio. O no, ¿sería un fantasmal coche eléctrico? Seguro que sí, el planeta nos había obligado a despojarnos de vehículos que ejercieran una función genital, extirpando motores rugientes y orificios calientes sin advertir que no estábamos humanizados todavía.

Mis manos de bonobo rebuscaban la tarjeta que me había dado Vir —deseaba *mazmorrarme* de inmediato— cuando Jokin salió del hotel huyendo despavorido de una furiosa cohorte. Me dio pena verlo golpeado por las prostitutas más veloces. Debía rescatarlo. Eso es lo que haría un héroe hemingwayano: ayudar a un compañero en el campo de batalla. Le pedí al alucinado taxista que siguiera al enano, que pretendía escurrirse por una callejuela aledaña. «Oiga, no puedo hacer eso», dijo asustado el taxista. «¡Sí que puede hombre, que solo es una calle prohibida!...¡hay que ayudar a un pobre ser desvalido!»

Ante su negativa, saqué el fajo de petrodólares que tenía reservado para emergencias. Veinte dólares sabiamente dispuestos en billetes de uno, bastaron como afrodisíaco de empoderamiento genital. Porque lo que no pueda el miedo lo podrá el dinero.

Entonces sí, el taxista le echó un par y pudimos acercarnos gracias al inquietante sigilo del coche eléctrico. La palabra policía y un repugnante claxon nos proporcionaron acceso suficiente para agarrar a Jokin por el pescuezo y meterlo en el taxi. *Full throttle* y lluvia de bolsos sobre el capó. Estábamos a salvo.

En vano se abofeteaba el pobre enano, pinzábase los pezones y los antebrazos, el pobre enano, aterrorizado, confundido, se autolesionaba tratando de despertar de una pesadilla, el pobre enano. Reinaba la confusión en su cara, me hablaba desesperado. «¡¿Qué ha pasado?! Te lo juro, estaba soñando con unas mujeres maravillosas que me adoraban. Gentiles y bellas se amontonaban en el baño. Estaba impaciente por verlas desnudas a todas ellas. Mi mente trataba de desnudarlas pero no lo conseguía. Estaba convencido de que se desnudarían tarde o temprano, como siempre, y… y además, con tantos «cariño», «amor mío» y todas esas cosas que ya ni mi madre me dice, y de repente me empiezan a pedir dinero y el dinero y todo el maldito dinero del mundo y me dicen que me quiero hacer una orgía gratis y que soy un gnomo tramposo y un cabrón y un hijo de puta y ahora solo quiero despertar de la pesadilla y mi bicicleta ¿Dónde está mi bicicleta? ¡Mi bicicleta!» Se puso a chillar histérico.

Traté de tranquilizarlo, diciéndole que íbamos a un lugar estupendo donde se olvidaría de la bicicleta un rato y que la recogeríamos más tarde en el hotel. No hubo manera, necesitaba su bicicleta *ipso facto*. El cabroncín quería lanzarse en marcha del coche. Utilizó su cabeza como ariete para salir atravesando la ventana. El taxista, experto en el trato con esponjas y pasajes submarinos, detuvo el coche y lo dejó salir para que le diera el aire, le puso un caramelo en la mano y le aseguró que todo iría bien. Jokin se calmó y aceptó volver al coche donde se acurrucó a mi vera para dormir la mona y calmar su trauma al son de ásperos ronquidos de tiple.

—Entonces, ¿adónde van los señores? —dijo el taxista deseoso de perdernos de vista.

—Calle Pío Baroja por favor.

Pío Baroja, don Pío Baroja, *mr* Pío *fucking* Baroja, aquel que tuvo el enorme privilegio de mandar a hacer puñetas al mismísimo Hemingway cuando lo visitó en el País Vasco. Ese sí era un tipo duro y más listo que una secuoya de esas del paraíso. El árbol de la ciencia. *Nice shit.*

«Árbol de la inconsciencia, allá vamos, arrancaremos tus frutas extraviadas y beberemos la miel de sus misterios».

En la dirección de la tarjeta no había luminosos. Solo una puerta negra y el enano mudo que me acompañaba. Tampoco había timbre: una cabecita diabólica sujetaba un artilugio para golpear la puerta. Posteriormente supe que eso era una aldaba.

El método ya formaba parte de mí, así que agarré la movida esa y comencé a llamar vehementemente. Nada. Ni abrieron ni pude intuir movimiento alguno. Me alejé un poco de la puerta en busca de algún acceso alternativo, un portal, un pasadizo o una hendija traviesa que mostrara la luz de otro universo. Pero nada, no había forma de acceder. Me encaramé de nuevo a la puerta y estuve dando golpecitos unos minutos.

Una rata quería entrar por debajo de la puerta. La cabroncilla se contorsionaba con gracia. «No lo conseguirás *Ratatouille*», le dije. Me miró y lamió agua estancada entre adoquines. Desapareció.

Alguien me había dicho que «las ratas son el precio que hay que pagar por vivir en la ciudad». Yo era una rata dispuesta a pagar un precio por vivir en la ciudad. Una rata curiosa olisqueando cerraduras vedadas por el yugo de lo cotidiano.

«¡Eureka!» Se movió el mecanismo del cerrojo. La diosa *transpelirroja* abrió la puerta. Llevaba una bata de seda rosa y la mala hostia dominaba su expresión. Me observó durante unos segundos.

—Me dijiste que viniera en otro momento, en otro momento, es ahora... por ejemplo... ¿no? —dije anticipándome a un seguro y justificado exabrupto.

—Ahora estamos ocupadas —dijo mientras cerraba la puerta.

Mi pie izquierdo en un acto reflejo hemingwayano impidió que la puerta se cerrara y la volví a abrir. Su cara cambió seducida por la perseverancia y por esa madura autoridad que confiere el no tener miedo. Por eso o porque estaba pedo y tenía el símbolo del *dollar* estampado en la cara. Pero su cara cambió.

—¿Y este? ¿Cómo se te ha ocurrido traer a este *ajqueroso*? El enano malencarado no es bienvenido.

—Venga, está pasando por un mal momento. Es un gran escultor, un tipo sensible.

—Pues que se esculpa una furcia de su tamaño, porque aquí no va a entrar —. Pudo adivinar en mi cara que no me rendiría fácilmente y creó un silencio melodramático. —Anda, pasad, pero te va a costar caro. Somos *pobresionales*, ¿sabes? Tú tienes que esperar a que terminemos y el horrendo *hobbit* este se quedará en la barra, porque no lo pensamos tocar.

—Sí, sí, sí, sí —repliqué obedientemente.

Rojo, negro y plata dominaban la sala. Vir sacó vodka y zumo de limón. «Ala, ya sabes cómo funciona, gnomo, y tú te vas preparando allí, en aquel cuarto».

El aposento donde debía *prepararme* era tipo *dark* decimonónico, decorado por vampiros pornógrafos. Algo húmedo y aceitoso se hacía notar en el ambiente. El olor me transportó a Nueva Orleans, a mi despertar sexual y a la sabiduría que Renata me regaló acerca de la antiquísima labor a la que había consagrado su vida. Una de las cosas que me explicó Renata acerca del *oficio* es que nunca se debe utilizar perfume, porque la mayoría de los clientes son hombres casados, y nunca se debe subestimar el olfato de una mujer, ni siquiera en lo referente al gel de ducha, al ambientador del coche o al tabaco que se fuma. La prostitución perfecta no deja huellas, solo un rastro de placer afectuoso y remordimientos. «Ese debe ser el olor universal de la prostitución».

«Este *business* nunca terminará, porque la serpiente siempre encuentra un acceso al bolsillo, es el enorme poder del genital. Somos una especie primitiva. Reconozcámoslo Gregory, tu padre cometió el error de enamorarse. Las putas son para olvidar, esa es la tragedia del intercambio».

Tumbado en la cama me pude contemplar en el enorme espejo del techo. Eso lo convertía en un catre menos divertido para los vampiros, aunque atendiendo a mi cara decrépita, no me habría importado burlar las leyes de la reflexión. Vaya careto que tenía. Pese al cansancio y la sensación de barullo en mi cabeza, estaba contento. No me podía quitar la mueca sonriente de la cara.

¿Las drogas? Bueno, alguna *trampeja* había hecho, pero no era solo

eso, había aligerado el lastre acumulado durante lustros de renuncia al desarrollo de mi personalidad.

A mi derecha había una cómoda. Me incorporé y abrí uno de los cajones. Estaba lleno de pichas de plástico. *Dildos* de colores, multiformes, brillantes y húmedos. Creí conveniente no tocarlos, así que capturé uno. *Holy fuck*, tenía un diámetro inhumano. Seguro que eso sí lo habría hecho Hemingway en mi lugar, y hasta le habría dado buen uso el viejo bruto vicioso. «¿Y... si... me lo meto?... no, mejor no, hasta para eso hay que saber». Como la amante fiel de Hemingway. Loco comienzo de siglo y *dildos* de época. Allí me habría gustado verme, en los locos veinte. Se vivían menos años pero se vivía más. Cien años no es nada.

Mi *dildo* parecía el engendro fálico de la película *Alien*. Un horror azul y eléctrico de gran calidad, tanto por sus materiales y agradable tacto como por su explícita invitación al vicio —algo esencial para cualquier violador espacial—.

Seguro que a Hemingway le habría gustado conocer a la teniente Ellen Ripley, por su sensibilidad de fémina con arrestos masculinos, sin renunciar a un ápice de sensualidad. Habría sido buena compañía para el viejo bruto en sus expediciones por África. LA COMPAÑERA, bebedora, con sentido del humor y excelente en cualquier conjugación de índole sexual, amén de ser experta en la manipulación de criaturas fálicas extraterrestres.

Sigourney Ripley, extraviada en un universo de maromos con ganas de mambo, rodeada de gorilas en la niebla, de estereotipos a los que poner en su sitio. Protagonista de la lucha entre las madres de dos mundos. Una ópera cósmica donde todo el mundo muere y la chica es mancillada por una horrenda criatura. «Tendrás que elegir ¡oh santa Ripley! entre el placer prohibido, o quedarte con un robot disfuncional.

«Eligirás al robot, al obediente *satisphizer* dispuesto a complacerte por los siglos de los siglos, eligirás criogénesis, eligirás un gélido sueño de millones de años luz. Amén.»

«¡Hostia!» «Tengo un *alien* entre mis manos», «¡mierda!». «Ah, no», «solo es un rabo sintético».

Plas, plas, plas, rebotaba un sintético cimbrel en mi mano. Miraba el deleitable artefacto como un poli mira su porra antes de la manifa. Antes de salir a gozar del inefable placer de que te paguen por hostiar a la gente. Hostiar a indefensos y *pacíficos hippies*. Plas, plas, plas, plas.

Plas, plas, plas, el *dildo* se ha transformado en fusil y mis ropas en un raído uniforme militar con botas que se hunden en el barro. La tensión y el miedo son palpables en una noche que huele a gasolina y putrefacción. No hay un rostro que no esté deformado por la costumbre del terror. El suelo viscoso hace gusanear a los vehículos y

atrapa a la soldadesca en sus torpes movimientos. El tipo del rostro vulpino aparece de entre las sombras, con un largo abrigo confeccionado en las profundidades de la infernal Siberia. Se acerca a un soldado gordo que pace junto al puesto defensivo.

—Ahora vienen estos hijos de puta, espero que tengas claro que lo que vas a escuchar nunca ha pasado. Si te preguntan, se trata de espías republicanos que tenemos en el lado franquista, ¿si?

—Por supuesto.

Llega un gran coche negro, que derrapa y queda incrustado en el barrizal. El zorro entra en el vehículo con el soldado gordo.

—Vamos al grano que esto no me gusta un pelo —dice el copiloto franquista.

—Queremos que matéis a Hemingway —habla zorro.

—Nos encantaría matar a esa rata roja *yankie*, pero Franco está muy contento con la parsimonia cómplice del Tío Sam y no va a querer tocarle ni un pelo a ninguno de sus reporteros, y menos a uno tan famoso.

—¿Y no podría ser un accidente?

—Vamos a ver, ¿esto de que va? ¿Por qué?

—Mmmm... está enviando despachos a la prensa internacional que creemos que pueden ser perjudiciales para la República. Se toma demasiadas licencias.

—La República es lo único perjudicial para la República.

—Puede que esté en lo cierto.

—Pero bueno, que ofrecéis, nuestra guerra ya está financiada.

—Os ofrezco Madrid —. El zorro le desliza unos documentos.

—Madrid caerá más pronto que tarde... pero quizás pueda anotarme un tanto en la junta militar y darme el gusto de sacar de circulación a esa rata amiga de los soviéticos.

—¿Entonces?

—Sigue siendo arriesgado...

—Mi coronel, lo pueden hacer las fuerzas regulares indígenas —dice el piloto.

—¿Qué?

—Los indígenas señor.

—¡Qué indígenas López, por el amor de Dios!

—Los moros, señor.

—¡Ah, los moros, joder!

—Son nuestros mejores tiradores.

—Los moros, los moros harán que parezca un accidente, en la guerra muere gente —asiente satisfecho el zorro.

—Gente sí, pero escritores americanos famosos, eso ya es otra cosa... si fuera francés... deme la documentación y... esté atento a las noticias.

El zorro sale del coche con su orondo acompañante. Muy serios miran al vehículo deslizarse hacia la oscuridad.

—¿Está seguro de lo que acabamos de hacer? —pregunta el soldado obeso.

—Por supuesto, no les he proporcionado nada más que mentiras con sentido. No creerás que por un despechado, por muchas medallas que vista, vamos a dejar caer Madrid. Que maten a Hemingway o a la chica me da igual.

—¿Y si se entera?

—Obrará en favor de nuestra animadversión... no hay nada como la mutua desconfianza para solidificar una relación, no lo olvides.

—Señor, le esperan dos putas transgénero al otro lado de la puerta.

—¿Cómo dice?

—Sí, mi señor, la pelirroja y la otra, la del mandoble...

Toc, toc, «¡te toca, Don Juan!» dijo *redhead*. Me levanté de la cama y fui flotando hasta la puerta. Seguí a Vir en dirección al sótano contemplando su espalda de nadadora profesional. Era muy grande. El sótano. Había un par de calabozos como los de las películas medievales y una jaula grande colgaba del techo. Grilletes y látigos y algunos elementos de tortura que harían las delicias de un tal Tomás de Torquemada. También había una *supercama* y una *supertele* junto a un *supersofá* donde moraba un enano parlanchín, que con el ánimo excitado y feliz platicaba con una belleza morena que se hacía cubrir con una mínima toalla.

—¡Vaya! Os habéis hecho amiguetes por lo que veo.

—Pues sí, resulta que sí que tiene arte el enano cabrón este, ja, ja, ja.

—Son Eva y Vir. Hace años les hice una escultura para lo del orgullo.

—Sí, el coño de la Bernardo, la mejor escultura que hemos tenido nunca.

—Es una pena que lo dejaras.

—En realidad ello me dejó a mí.

—¿Bueno, comenzamos o qué? —dijo Eva excitándose.

Me sabía impotente por el alcohol y el alpiste mágico de Antoine ya no producía efectos en mi organismo. Deseaba culminar mi visita a la mazmorra con una experiencia de sexo transfigurativo y regocijarme en la cara oculta de Venus, pero mi orgullo hemingwayano no podía permitirse un gatillazo. Eva me acechaba: sus pechos querían salirse de la toalla y sus ojos me invitaban a sondar su hermosa juventud *trans*. Otra vez Van der Waals, genio de la física en todos sus sentidos, pasados, presentes y futuros.

«Vaya par de tetas». «¡Holy Christ!» Eran enormes, carne rebosante y piel húmeda que latía con salvaje cadencia. Deseaba estrujar ese

fruto prohibido y establecer un nuevo hito en el rincón de mis hechuras más memorables, pero pese a toda la motivación, sentía una analgesia emasculante en mi entrepierna. Quizá si charláramos un rato, ese clérigo rebelde de los cuerpos cavernosos volvería a respetar sus votos de horizontalidad y me empalmaría como un chimpancé en celo.

—Mmmmm eh, bueno, ¿por qué no me contáis cosas? —dije nervioso y defensivo.

—¿Cómo dices cariño? —dijo Eva extrañada, *sobeteándome*.

—Mmmmm, cosillas, ¿eh, vosotras?… ¿estáis operad@s, *operades*?

Eva me miró con la certeza de que no se podía ser más tonto.

—Mmmmm, aaaah, no claro, si antes te vi el miembro viril, bueno y tú también.

—Yo lo he visto y lo he sentido —dijo Jokin borrachamente orgulloso.

—Lo siento, pero te lo habías ganado —dijo Eva.

—Sin duda —dijo Jokin con borracha sinceridad.

—Bueno ¿qué quieres hacer? El tiempo pasa, tic, tac, tic, tac —dijo Eva con dulzura.

—¿Qué tal una copa?

—Claro.

—Un *whiskey* con coca-cola —. Acababa de iniciar un viaje tóxico que culmina en una bestia borracha con los sesos esparcidos por el suelo, porque el hombre no tiene límite cuando se trata de ser nocivo. «Si tienes ese gen activo, date por jodido». —Mejor un café, ¿Tenéis café, *please*? — «Buena decisión, hay que pilotar la nave de vez en cuando. *Stop and go*».

—Claro —replicó Eva, con abrumadora dulzura —. Pero que sepas, que no estoy operada en el sentido que piensas.

—¿Cómo?

—Mira. Yo nací mujer, pero ya desde niña, como con cinco años o así, comencé a sentir el deseo de tener un pollón enorme, una especie de cetro fálico de poder. Veía a mi abuelo con su bastón y su autoridad y... notaba yo... que mi entrepierna no se correspondía con lo que tenía que ser mi entrepierna, no se si lo entiendes...

—Qué pueblerina eres, *tronka* —dijo Vir.

—Ah, mmmm sí, entiendo —dije por decir. «Hostia».

—No cariño, no entiendes una puta mierda. ¿Te crees que yo a *Santa Claus* le pedía que me trajera *Barbies*? Ji, ji, ji. Pues sí, durante un tiempo se las pedía, pero también le pedía que me trajera al apóstol Santiago con un par de hermosos y redondos discípulos. «Una colita, una colita por favor», terminó siendo lo único que podían leer los Reyes Magos en nuestra correspondencia privada. Si vieras las cartas que les enviaba, ilustradas con niñitas de doradas trenzas y

morenas vergas.

—*Wow*.

—Serías la mujer perfecta si hubieras conservado aquello —dijo el enano.

—No, la mujer perfecta soy ahora… que soy como quiero ser, en cuanto me salga de puta, claro.

—Yo creo que para Hemingway serías perfecta así. ¿Por qué no lo dejas y ya está?

—¡Ay! que difícil es eso cariño, todavía tengo que pagar mi pene, y te podrás imaginar que el banco no te da una hipoteca para el rabo. Yo quería ser bailarina. Estudié ballet y trabajaba muy bien hasta que me operé.

—¿Que pasó?

—Pues te lo puedes imaginar. Toda compañía de baile quiere chicas de dos piernas y yo cuento con tres. Ya puedes tener todo el talento del mundo, que si no te exhibes como un monstruito de circo no te subirán a las tablas. Intenté participar en algunos espectáculos *trans*, pero allí no encajaba, no terminaba de cuajar, te piensas que todas te van a adorar y te van a tratar como valiente, pero seguía siendo el puto bicho raro. Muy decepcionante, pero bueno, por lo menos allí conocí a Virginia. Así que bueno, mintiendo por supuesto, conseguí un trabajo como secretaria de alta dirección... mi tiempo pasaba y mi juventud se aburría en ese trabajo de mierda hasta que tuve un hermoso pensamiento: si la gente como mis jefes fueran mis clientes ganaría mucho más dinero y ellos me joderían menos, incluso podría yo joderlos a ellos. Literalmente.

—Hostia puta...¿Me dejarías escribir sobre eso?

Vir puso en marcha el hilo musical, se sentó en el suelo y sus piernas empezaron a danzar. Sus pies, anormalmente femeninos parecían los de un antílope coqueto.

—Una criatura perfecta, si hubieras *conserwrvado* el... —insistió el borracho Jokin.

—¿Y tú, qué?

—¿Lo del rabo? —dijo Vir.

—Sí.

—No, yo ya no tengo, mi caso es más... habitual digamos, bueno o no tanto realmente, yo cada vez sé menos de todo creo... bah, da lo mismo... yo era un hombre, bueno hombre, un chico, una chica que soñaba que Brando le abrazaba con su camiseta interior empapada al regresar de la bolera, y... ¡ay!, por *favorrrrr*... en fin... que para mí, la vaginoplastia siempre fue el objetivo.

Eva me rizaba el pelo del cogote con sus juguetonas manos y yo imaginaba la vida junto a mi novia con pene. Lo sentía muy natural y muy normal. Aunque estaba pedo, claro. No sé si extraemos más

verdad de nosotros mismos ebrios, o en la grotesca deformación de lo formal. Seguramente en la ebriedad, por eso Hemingway bebía continuamente. Vaginoplastia, faloplastia, rinoplastia o *tetazasplastia*. Qué más da, si te hace feliz. *De gustibus et colon bus non est disputandum*. La bella diversidad, supongo. Putos dispensadores de condescendencia.

Eva, Eva, Eva, la primera mujer con pene que había conocido en mi vida. Cuanto más la miraba más me gustaba. Mi cráneo macerante, producía amor al prójimo, amor al planeta y a la santísima raíz que nutre a las criaturas de la noche. Pero Eva, Eva tenía algo verdaderamente delicioso y distinguido. Tardé un rato en saber de qué se trataba. Fue por accidente que dejé de mirar sus tetas y pude adivinarlo. ¡Era el bizqueo, sí señor! Un ligero bizqueo. Yo siempre me había enamorado de mujeres con ese tipo de mirada, algo despistada. Eva se erigía sobre la perfección gracias a un ligero estrabismo que elevaba su dulce rostro a la enésima potencia. *Barrocomen*.

Como un estropajo feliz, negocié por un rato más juntos y algo de comida para pájaros. Después llevaría a Jokin a recuperar su bicicleta. Mi deseo era alargar aquello durante horas, o incluso días. Bebía con adicción de las experiencias de tres seres de biografías nefastas, pero que seguían luchando y soñando. Cada sonrisa en sus caras era como un tesoro reflotado tras siglos en las profundidades marinas: la belleza intacta pero el brillo olvidado.

Mucho goce, pero sin calma. Me perturbaba el diario de Hemingway. La juerga me estaba alejando del propósito fundamental, de la tarea verdadera de Gregory Fontaine, experto en procrastinación. Antes de que amaneciera debía tener el diario en mi poder.

Cuatro y pico de la madrugada, ebrio y en la agradable compañía de un diminuto vagabundo alcohólico y dos transexuales, profesionales del sexo. Bien.

04:23 am

«Domas y caballeras, gnomos y señorías y *señoros, chiques theythems*, y demás criaturas de fantasía. Tengo... tengo una misión en la vida. Tengo una misión que cumplir... esta noche. Debo resolver uno de los mayores enigmas de la humanidad. El gran amor de un escritor, la razón de su vida, su musa prohibida y lo que hacía con su ilustradísimo trasero. Todo en un mismo misterio. En la misma ecuación. Y... bueno... eh... que habéis sido las *elegidxs* para integrar la compañía «Q» que me ayudará a desvelar la identidad de la única amante fiel del fabuloso escritor norteamericano Ernest Hemingway».

Fluía con verbo de orador de oradores, parida tras parida. Dislates efectivos gracias a la vehemencia alcohólica. Pero fui más allá, cuando una vez terminado el *speech*, besé apasionadamente a Eva, que dejó caer su toalla al suelo mostrando su perfecta desnudez en erección.

—Claro, cuenta con nosotras —dijo Eva, dulce.

—Pero las amantes son fieles todas ¿no? —dijo el enano malencarado.

—Pfff, a ver… eso de la fidelidad tiene muchos sentidos y variedades —afirmó Vir.

—¡Qué más da, no se puede desperdiciar una aventura como esta! —grazné entusiasmado.

—No se me ocurre ningún motivo por el que no, pero pagas por adelantado —deslizó Vir.

—No seas puta mercenaria, tía —dijo Eva.

—Te hago un descuento, porque me caes bien, pero te tengo que cobrar el *expertise* ese y el puntito de sobriedad que os llevo a todos de ventaja, que será la hostia de útil.

—Y que no falte la ayuda a un borracho —balbuceó el valiente Jokin.

—Vale, vale está bien. Seréis mis mercenarias.

—¡Pero antes debemos brindar como guerreras!—proclamó Eva elevando una botella de líquido verde.

—Brindemos. Por esta aventura. No, no, porque no nos falte nunca una buena aventura y, y, y si falta, que el talento nos asista para inventarla —berreé inspiradísimo.

—Ja, ja, ja, Amén.

—Olé.

—Bebed, bebed, que os vais a cagar... ja, ja, ja, ja —añadió Eva, diabólica.

Tragamos como hidalgos y estampamos los chupitos contra la mesa.

Un hatajo de borrachos canta ópera en un antro. Su canto está más emparentado con el grito de un orangután que con el arte lírico. Se hacen acompañar por un piano destartalado. Estoy en una barra de bar mugrienta. Un tipejo de aspecto enfermizo con gafas redondas comienza a rondarme como un chimpancé en celo, no tiene la mirada muy centrada, pero a este no le queda tan bien como a Eva. El tipejo y su bigote me increpan. Me señala con el dedo. El muy cabrón es demasiado enclenque para ser tan recalcitrante. «No encuentras otro maldito sitio que mi taburete, ahí estoy yo, vete hijo de puta o mi amigo te va a machacar!» «It`s ok Jim, he`s with me», dice Hemingway que está a mi lado.

El enclenque se calma y se aleja de la barra. Allí nos juzga una Santa Inquisición de jarras de cerveza vacías y tristes. «You fucking drunk, you fucking drunk, you fucking drunk, nobody loves fucking drunk...»

Hemingway me mira sonriente y barre las botellas con sus brazos de labriego campesino. «Tienes que encontrarla, Greg. Yo mismo te guiaría pero ahora James se va a meter en un lío y voy a tener que liarme a puñetazos, ya sabes, *París era una fiesta*». Hemingstein se gira, detrás de nosotros un diminuto Joyce completamente ebrio ataca furibundo a dos beodos que reposan junto a una mesa. «*C`est la vie*. Es débil y está medio ciego, no dejaré que lo golpeen. Sus amigos están berreando al fondo y no saben pelear, ademas Jim es escritor, un buen escritor, mejor que yo, seguramente el mejor de todos nosotros, y sabe cómo se usa el sufrimiento, no como el pobre Scotty. Te lo repito, tienes que encontrarlo. Encuentra mi maldito diario. Léelo y quémalo. Si quieres a Papá Hemingway, debes hacerlo así. Lo harás, ¿verdad? *yankie* cabrón.»

Hemingway me despachurra como un oso. Conozco a este viejo bruto de toda la vida. Se aleja de la barra para resolver las ofensas que profiere su dublinés.

«¡Venga *gringo*, a vestirse que se nos pasa el subidón!» proclamaba Vir cachondamente indignada.

Me guió con la mirada hacia un armario empotrado junto al baño. Su puerta corredera ocultaba la sección de disfraces y vestimentas de un sex-shop. Había indumentaria militar, cosas nazis, vestidos casi invisibles y tacones con más punta que el iceberg del Titanic. Todo muy picante. Manoseaba y acariciaba las prendas como si fueran telas vivas, reactivas a mis caricias. Las acosaba de manera escandalosa e indecente, adivinando sus húmedos recuerdos estampados en paño y los recónditos pliegues donde iniciar las más insólitas fricciones.

Debía travestirme, presentarme en el cine vestido de mujer, equipado con un *strap-on* y blandiendo un enorme consolador como cetro de poder hemingwayano. ¡Así reclamaría las más íntimas líneas

que escribiera Nesto durante el asedio de Madrid! ¡Sí señor!

Pero no, no fue así: un impoluto traje blanco de marine americano ofreció un cobijo más confortable para mis vergüenzas, aunque mantuve la idea del *strap-on* como elemento bizarro. Me serví pues del traje, con sombrero incluido y unos zapatos de cuero blanco más suave que las tetas de una diosa.

El armario también reservaba un espacio para los pequeños seres que se consagran a las grandes perversiones. Allí Jokin podría encajar en un traje de rayas con botines bicolor. Mostré el diminuto traje a las chicas buscando su aprobación. «Podría parecer lo contrario, pero en esta profesión el tamaño no importa. El vicio y el amor no entienden de tamaños. Tienen la virtud de ajustarse al individuo en la medida que se dejan espacios para la libertad» sentenció Vir. Le lancé el traje a Jokin que se precipitó al baño para tantearse como párvulo Al Capone.

Vir improvisó un atuendo de miliciana sexy. En un abrir y cerrar de ojos apareció cual John Rambo sobre tacones. En lugar de una metralleta, de su cinto pendía una fusta sado-maso y como cinta del pelo una media de leopardo. Su vientre era más plano que el encefalograma de una lechuga.

Esperamos a Eva hasta que nos hizo dignos de su deslumbramiento enfundada en un radiante vestido de Jessica Rabbit. Coronaba a la diva del *jazz cartoonesco* una peluca de melenita azul para garantizar una estampa de sucia fantasía.

Formidable, extraño y maravillosamente retorcido cabaret.

Aquel grupo de genuinos seres humanos, orgullo de la desintegración contemporánea sería mi compañía de irregulares. El capitán *De la Fontaine* con su grupo de inadaptados, rebotaría un herrumbroso y ajado *barco* «Q». «El Pilar» abandonaría los tibios caldos del Caribe para navegar por última vez las turbulentas aguas de la mente de Ernesto Hemingway en busca de su única amante fiel.

Abordamos un taxi sin tener plan de acción. No sabíamos si habría algún *anarcoide* en el cine, ni si el diario existiría todavía. «Probablemente estén fumando unos canutos y bastante bebidos, pero no penséis que nos van a dejar entrar así como así. Los *anarcas* pueden ser muy macarras y más testarudos que una vaca boba... mmmmm, aunque no suelen privarse de un buen meneo, desde luego, pero por mucho que *zorreemos*, no nos van a dejar pasar. Necesitamos que nos acompañe Diego Rivera o el Che Guevara de turno», vaticinó Virginia fantaseando rojas pasiones.

¿Che Guevara? ¿Y por qué no, un Doctor Antoine? ¡Revolucionario cubano!

Improvisamos todo un centro de operaciones donde Vir, Jokin y yo ocupábamos la retaguardia. Mis dedos se desgastaban mensajeando a

Antoine para explicarle con grandes dosis de épica el cometido para el que lo estaba solicitando.

En el asiento del copiloto, Eva Rabbit —como siempre a la vanguardia— libraba su particular batalla.

El taxista parecía haber confundido las largas piernas de Eva con la visión de la carretera. Ella, consciente y granuja, cada vez subía un poco más su vestido al son de eróticas contorsiones. Jokin a duras penas podía contener la risa, sabedor de lo que le esperaba al taxista. Las respuestas de Antoine me catapultaban al éxtasis de la aventura mientras Vir elaboraba una teoría político-sexual basada según ella, en «puro emputismo».

Con sutileza y celeridad Eva mostró una porción de falo. Solo la puntita. Visto y no visto. Incrédulo, el conductor contrajo su rostro a lo *far west: ¿No será una escopeta lo que tienes ahí escondido?* Jokin pretendía meter todo su puño en la boca para no morir de risa. Era la hostia. Entonces Eva mostró un poco más de pierna, pero sin que pudiérase intuir tejido eréctil calentando entre bambalinas. El taxista estaba cachondo perdido aun consciente de llevar a un pasaje endemoniado.

—¿A Delicias a estas horas? allí no hay nada ahora —dijo nervioso el taxista.

—Mmmm no, ya lo sabemos, vamos al cine —dijo entre risueños cloqueos Jokin.

—Ah claro, la sesión de las cinco de la mañana de toda la vida —replicó sarcástico *taxi driver* —¿Y qué vais a ver?

—Una del *far west*, es que somos muy fans de los Winchester y los Derringer —espetó Vir.

—¡Ah! —replicó desorientado el taxista.

—Sí, sí, ya sabes… son esas pistolitas que se pueden camuflar en el liguero —dijo Eva mostrando un cachito de braga como solo podría mostrar una puta diabla.

—Win-ches-ter —dijo el taxista hechizado.

—Sí, vamos a ver ˝El bueno, el feo y el malo˝ —dijo Vir dirigiendo un dardo sensual al taxista.

—Feo y malo —gruñó el enano con resignación.

—Sí, aunque, ¿sabéis cuál es mi favorita? —. Eva interpretó un lascivo redoble de paladar mientras agarraba su vestido.— ¡Río *RRRRAAAABOOOOOO*! —chilló mostrando su enorme aparato.

El taxista dio un volantazo y chocamos violentamente con algo en la acera. Violentamente se desternillaba Eva mientras caían monedas sobre el capó y agonizaba un parquímetro delante de nosotros. «Que se joda ese chantajista metálico» —dijo Vir. «Ja, ja, ja, ja»

Nos dio un ataque de risa a todos, incluido el taxista, que acababa de bendecir sus ojos con una nueva anunciación.

—¡Vaya pedazo de tranca chica! —dijo entre risitas nerviosas—. ¿Y eso cómo es posible? Si eres la chica más guapa del mundo.

—Puedes llamarlo tecnología, libertad, o mi polla morena... como quieras, pero ¿no es cierto que todo lo que hay en el universo es natural al fin y *al nabo*?

—Ja, ja, ja, ja, ja —llorábamos de risa los coristas de la parte de atrás del coche.

—Ja, ja, ja, casi nos matas, puta, tía —dijo Vir entre lágrimas —. Va, todos fuera del coche, que nos hemos *fostiao* cerca del cine y si nos entretenemos, allí no va a quedar ni *Piter* —apremió Juana de Rambo.

El taxímetro mostraba un montante de diecisiete con algo. Vir sacó un billete azul y dijo «toma, no me des nada». El tipo, completamente enajenado bajó del coche y nos abrió la puerta como si fuéramos de la Embajada. Y no estaba equivocado, pues éramos diplomáticos del Organismo Rector de la Diversidad Forzada.

Nuestras miradas fijas e insensibles contemplaron el esfuerzo humeante del coche por salir de su traumático aparcamiento. El taxi se había deformado como un bloque de mantequilla mancillado por un dedo indecoroso. Lo miramos alejarse calle arriba, renqueante y ruidoso como una cafetera estropeada.

Casi nos matamos tía, puta. Repetía Eva endiablada.

05:00 am

Los brillantes ojos de Antoine iluminaban su cara como un trozo de carbón incandescente. Sus tacones resonaban musicalmente mientras se aproximaba a nosotros. Cantaba entre risas «Dovunque al mondo lo Yankee vagabondo si gode e traffica sprezzando rischi. Affonda l'áncora alla ventura...» Se plantó frente a mí y continuó su exhibición canora: unos segundos más para reclamar con su descomunal talento el real derecho a la altanería. Estaba encantado y encantador, feliz y curioso de conocer a tan peculiar compañía: «Pero bueno, ni mi amigo Pedrito lo habría hecho mejor. Ahora, con un negro *sul palco*, somos un ditirambo a la diversidad, somos los dioses del abismo, somos la luz en las tinieblas, los que tomamos parte sin ser parte, y a partir de esa parte nos apartamos de las demás partes, conscientes de que ni somos ni seremos la parte que se lleve la mejor parte, o sea, la parte contratante. Ja, ja, ja, ja. ¿Pero tú?, pero mírate Gregorito, qué guapo de marinerito, si estás compuesto todo un Benjamín Franklin *Pinkertón*».

Su felicidad se multiplicó por mil al advertir el *strap-on* que salvajemente había ajustado en mi entrepierna. Lo agarró por el miembro sintético y me arrastró violentamente a sus fauces eclosionando en un rugido erótico. «Serás mío tarde o temprano, Gregorito».

Tras una pausa dramática ciertamente intimidante, Antoine posó delante de mí. Me ofreció sus perfiles y la privilegiada cercanía de sus posaderas.

—He hecho lo que he podido con el tiempo que me has dado.

—Estás impresionante Antoine.

—Lo sé, *Monsieur Pinkertón*, es una libre interpretación de ropajes revolucionarios con un toquecito de *hot couture*. Sabía que te gustaría, bribón.

Llevaba leotardos de camuflaje en tonos grises con unas botas góticas que le hacían crecer unos diez centímetros. Una levita estilo frac violeta con botones dorados y un gorro cuartelero con la insignia de la Unión soviética.

«Ahora me voy a presentar yo», dijo Antoine, dejando claro que aprovecharía la ocasión para hacer un numerito.

Nos analizó con la mayor indiscreción posible y cuanto más se jactaba en su entrometimiento más encantador nos parecía. Era un sargento del caos, dirigiéndose caprichosamente a cada miembro del pelotón.

Eva captó su atención, advertido por el notable relieve entre sus

piernas: «Hay en el mundo jardines secretos que tienen flores tan maravillosas que han traspasado la perfección de la naturaleza. Tú vas más allá de natura, mi perfecta criatura. Eres un jardín perenne de inspiración y de valiosa gallardía. Eres lo que el amor platónico quiso soñar y no encontró el modo. Eres guía y eres camino. Eres un faro para la humanidad, para que avance en el sentido de que amemos lo que realmente somos. Porque los jardines más extraños son los jardines nuevos que necesitamos para quitarnos todas las cargas del pasado».

Eva permaneció tiesa como una Venus guerrera, que tras la batalla recoge los frutos del buen amor. Después Antoine se acercó a Vir con algo de recelo. Comenzó a olerla con el olfateo de una bestia hambrienta en el deleite previo al festín de la carne. Virginia se dejaba oler con gusto y por momentos cerraba los ojos, enredada en los placeres del aura sexual que la envolvía.

—Yo te conozco, mmmm me hueles como a... como a Llanura Rariana —exhaló Antoine.

—¡Ah! Esta es la cara del negro Apolo desproporcionado —gimió Virginia.

—Y tu voz, tu voz todavía la escucho reverberando en ecos chamánicos, en gemidos de pitonisa.

—Todavía sueño con un negro misterioso que me lleva a las civilizaciones subterráneas y me somete a los misterios mayores...

—Eso nunca podrá ser, nos perdimos el buen paganismo hace siglos, pero... podemos seguir chingando como bestias herejes con máscaras, túnicas o cualquier atuendo que nos haga creernos especiales.

—Ja, ja, ja, ja. Y yo que pensaba que aquel ser solo rugía... que no sabría ni hablar...

—Joder, entonces os conocéis —dije entusiasmado.

—Solo en profundidad —dijo el místico *negroamante*.

La palpable tensión sexual se desvaneció de inmediato cuando Antoine reparó en Jokin. Su semblante se fue retorciendo según se le acercaba. Había llegado su momento. Estaba asustado, encogido ante la masiva presencia de Antoine, que se esforzaba en abrir aún más sus grandes ojos como el simpático loco que va a hacer una barbaridad. Los demás contemplábamos el mayor contraste que la variabilidad humana puede ofrecer. Antoine resoplaba como una fiera antes de ser empujada al ruedo. Sus ojos se habían convertido en carbunclos gigantes ante el horror de los olores de enano putrefacto de los que estaba participando: «¡Espíritu de Hartshorn!... Te saludo... Que venimos de cuatro culos del continente africano... parece evidente, pero encontrándoos aquí amigo, me reencuentro con el origen de la vida, el origen microscópico digo, que tiene todo bicho viviente. Tú,

esponjoso y húmedo, tú que te bañas en el líquido primitivo, amigo mío, tú, como origen de la vida y diminuto ancestro mío... te saludo hermano». Jokin balbuceó algo ininteligible para concluir con un sonoro eructo. Antoine reprimió con esfuerzo una carcajada. «Mmmmm, qué extraño siempre el comportamiento cuántico. ¿Sabes?, te doy las gracias. Yo desciendo de un hombre convencido de que los gnomos existíais antes que el mundo, y tu primitivo rostro me lo confirma... Eso sí, si me vuelves a eructar, te aplasto. Ja, ja, ja, ja»

Jokin dejó de ser granate para estar blanco durante la pausa que impuso Antoine tras su amenaza. Pronto volvieron las risas para todos excepto para el pequeño y tembloroso Jokin.

—¿Bueno, Antoine, sabes cuál es nuestra misión aquí, no?

—Sí, sí, *et je jubile à l'ideé de me joindre à cette aventure*. He estado trabajándome un personaje de amigo revolucionario. El *señol* Antoine Castro *Directol* de cine revolucionario cubano. He intentado sonsacarle a Pérez algo sobre los posibles custodios, pero se había enfadado conmigo porque le dije que Ilustrísimo Señor era un óptimo escritor y... se lo ha tomado muy mal, y se ha puesto a decirme que me fuera con él, que me serviría bien como ilustrísimo bufón, que es lo único que es, por mucho Nobel que le den. Y que si me volvía un facha vería mi juventud fracasada y que...

—Bueno, bueno que se ha *picao*, ya, ya, ¿y cómo entramos? —dijo Vir impaciente.

—Pues llamando a la puerta, cariño, es por aquí —sentenció amorosamente Antoine.

Estábamos muy cerca, solo a un par de calles. Seguimos a Antoine hasta una pequeña travesía peatonal entre dos edificios. Era la típica imagen de tóxico romanticismo urbano a base de basura y vapor de agua *merdosa* saliendo de las alcantarillas. Un grafiti nos invitaba a luchar contra La Matrix y los gorrinos mecanizados que nos sorben la energía.

Nos deleitábamos con aquella pinacoteca callejera cuando un par de fumetas salieron discretamente del cine. Antoine los abordó sin dudar un instante.

Los tipejos enmudecieron ante su enorme presencia. Cuanto más lo miraban, más se acojonaban. Aquel negrazo no podría traerles nada bueno. Podría ser un replicante o un soldado del futuro, un bizarro asesino en serie o un psicópata africano curtido en las guerras del diamante.

—Salud compañeros —dijo Antoine haciendo reverberar su voz en media ciudad.

—Sa, sa, salud —respondió uno de los fumetas acongojado.

—¡Sa, sa, sácatela. Ja, ja, ja, ja! —dijo Antoine, entre carcajadas, agradecido al destino por juntarlo con un par de estólidos fumetas.

—¿Qué? —sulfuraron al unísono desconcertados.

—Salud, mis hermanos de *Mandril*. He *veniho* de Cuba para *vel loh Libroh* de mi comandante —dijo Antoine estirando al máximo su acento cubano.

—¿Que quieres qué? —dijo un fumeta intentando en vano aferrarse a la realidad.

—Digo que Soy Antoine Castro, cineasta revolucionario. Me envía el Partido Comunista de Cuba.

—Anda, compruébalo, míralo en Internet —le dijo un fumeta al otro.

—Qué vas a mirar tú en Internet, en Internet no estoy, ¿qué pasa?, ¿que no has estado en Cuba? En Internet no estoy te digo, estoy aquí y apelo a tu camaradería so yerbajo anarquista —espetó Antoine amagando un zarpazo mortal.

—Hostia, hay que llamar al Pipen.

—¡¿Piper?! ¿Cómo Peter Piper de Ulysses? —dijo entusiasmado Antoine.

—¿Quién?

—Nada, nada, *¡vive* la revolución!

—Pipen es el presidente de nuestra asociación.

—¿Pipen?¿El Pipen? El Pipen, claro que sí, llévenme ante su Pipen, si es que es su líder, que tenemos grandes asuntos que tratar, los voy a hacer a ustedes famosos.

Los dos idiotas se miraron con cara de satisfacción y Antoine nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. «Estos son mis ayudantes, los manda el Comité Central», aseveró riguroso en su interpretación.

Entramos en el cine ocupado. Los enviados por el Comité Central debíamos esperar en el bar que se extendía a lo largo de todo el vestíbulo. Su larguísima barra roñosa y desgastada, invitaba a empinar el codo, a seguir liberando algo de la locura que se acumula en la mente y que solo encuentra alivio en acciones disparatadas y sanadoras como aquella.

Algo de esa locura se materializó también en un brebaje combinado. «Tenemos *kali, Kalimocho*», afirmó un fumeta mientras nos mostraba un brik de vino y una botella de cola barata. «No gracias, no tengo quince años». Se apresuró a decir Vir. «Pero me siento muy halagada», añadió estupenda.

Yo me lancé a por semejante aberración adolescente, porque aquella noche tendría quince, siete o ciento veintidós años si fuera preciso. Me reclamaría a mí mismo como un ser eterno, que contempla todos los momentos de su vida y puede enmendar toda cobardía y toda estupidez. Un nuevo ser que germina multicolor en la noche, como una obra fluorescente de arte microbiano. Un cuerpo celeste que se eleva permanentemente a la tentación.

Como decía, me lancé a por el bebistrajo mientras las chicas y Jokin eran agasajados con unas latas de cerveza de marca blanca y algún que otro comentario de fumeta gracioso, de esos que resultan del cruce entre María y Don Simón.

Mmmmm... tan dulce era el bebedizo y tanta la apetencia, que lo absorbí de un trago para sufrir otra transformación milagrosa. De beodo aventurero pasé a ser distinguido como mediocre filósofo urbano.

Altivo y borracho, contemplaba la colorida homogeneización de la contracultura dominante. Cada rincón estaba sometido a la unificadora medianía de grafitis y pegatinas dedicadas a causas perdidas. Antoine había desaparecido escaleras arriba, bajo la estúpida mirada de unas pinturas de arte callejero. Toda la mierda formaba parte de un enorme inodoro tóxico que no podía dejar de remolinear para no caer en el sumidero. Retroalimentación cebada con almas humanas. Mierda dentro de un museo o en un cine ocupado de Madrid, en el estúpido anuncio de una clínica dental o en el eslogan político del botarate de turno.

Hablando de mierda y gestión de excrecencias, las escaleras estaban custodiadas por la estatua de la libertad. La señora de metal había dejado de iluminar al mundo para retorcerse en el cagadero. Procuraba aliviarse del peristaltismo *trump-bideniano*, obligada a renunciar a su antorcha, convertida en una escobilla de váter. Así arde el fuego de la libertad actualmente, como un elemento que cuanto más se utiliza más de mierda se llena. La descripción gráfica del real estado de la libertad en el imperio del milenio. Ja, Ja, ese grafiti me gustaba. Me partía de risa de mí mismo y me cagaba en mis muertos al mismo tiempo. «Mírate Gregory, mira el potencial de las amebas, has pasado de protozoo a esponja de la sabiduría». ¡Pero qué buen criterio el de echarle Coca cola al vino barato!, quizás por eso se retorcía la estatua.

No entendía del todo su expresión de cagona metálica, podía intuirse que, o le importaba todo tres cojones, o había encontrado cierto placer en la depresión para poder simplemente seguir adelante. «*Keep going* mamón»... «sigue intentando pensar, mierdecilla», me susurraba la dama de metal.

Las paredes comenzaron a interpelarme, todos los grafitis a la vez confundían sus proclamas en mi cabeza. ¡Joder!, debería haber bebido menos, debería parar de beber. Mis ojos rojos y cansados de juez beodo, se orientaban sin pretenderlo hacia el autodesprecio generacional, hacia otro grafiti. Uno que concentraba la bufonada *millennial* en geometría y color. Iba a ser verdad que somos una generación bien jodida. No somos interesantes, no somos valientes, somos todo menos lo que creemos que somos. Estamos malsoñando demasiado tiempo como para enfrentar las pesadillas que nos vienen

disfrazadas de putos eufemismos y oximorones, por muy profundo que lleguemos, siempre nos quedamos en la superficie, porque estamos mal hechos, porque la basura flota demasiado.

O sea que había un grafiti de una especie de *anime*, que parecía el primo de *Prince* y que también era un cagón. Estaba perforado por piercings de esos que revelan una enorme vida interior y una total ausencia de complejos. «Si os perforáis demasiado las orejas no sabréis si las hostias os vienen de arriba o de abajo» decía mi profesor de *science*. El que avisa no es traidor. Uno de los piercings guarecía importante significado. Era el triángulo observador de los masones. Pobres masones. Si alguna de aquellas mentes que buscaban la confabulación y la verdad, viera uno de sus símbolos en semejante criatura, —un maldito *emo* con cara de tonto, que gasta más tiempo en colocarse el pelo que en cultivar materia gris— probablemente habría preferido nacer sin ojos, sin nariz y sin oídos y ser una boca tragona durante una interminable lluvia de zurullos. «Como la mayoría»

El desconocido placer de la misantropía me mantuvo inspirado, inventando insultos para todo lo que me rodeaba hasta que llegó una *tipaflaca* con rastas, vestida con chaleco tipo Mad Max y unos pantalones de kimono deliberadamente destruidos que dejaban medio culo al aire.

—Salud, ¿quienes son estos? —dijo *Tipaflacaculoalaire*.

—Somos los *Guns and Roses* —dijo Eva cortante.

—Ja, ja, ya lo veo. No, en serio, por qué hay un tipo con un traje de marine americano.

—Qué más da, aquí no hay normas Yakesori, vienen con un emisario comunista de Cuba.

—¿Y desde cuándo un emisario comunista se hace acompañar de un jodido *gringo*, un mafioso enano y un par de fulanas?

—Eres muy borde ¿no?... este par de fulanas hacen un montón de barrabasadas para que tú puedas chupar del bote ¿eh? —Dijo Vir, autoritaria.

—Sí, seguro que pagáis montones de impuestos vosotras.

—Anda, no me tires de la lengua ni el humo, bonita... Vaya tabacazo, muy revolucionario ¿no?

—Pero bueno, a ti qué te pasa, vete a tu casa si tienes algún problema. Además es de liar.

—Una droga emancipadora, sin duda —espetó Eva.

—Pues claro, zorra. Soy libre de fumarme lo que me salga del chirri.

—Libérrima —dijo Eva imitando a Yakesori, ridiculizando sus rasgadas posaderas.

—Pero, serás zorra, no te cachondees de mí.

—No me cachondeo, pero ¿no creerás que eres libre? ¿Crees que

eres libre, fumando tus antorchitas de libertad? Ja, ja, ja, ja.—dijo Eva endiablada.

—Soy libre de elegir cómo me quiero matar. ¿Y qué sabrás tú de ser libre?, travelo.

—Ja, ja, ja, ja, ¿yo? nada en absoluto, pero sé diferenciar una polla cuando la tengo delante, tú no paras de tragar y ni siquiera lo sabes, serás de la *LOGSE* por lo menos. Además no hay nada menos revolucionario que joderse los pulmones. *Zoqueta* — esgrimió Eva, dispuesta a sacar el arsenal.

—Sois un despojo, no merecéis ni las fustas con las que os zurran ni las trancas que os coméis.

—¿Trancas y fustas? Vaya, qué delicadeza, qué sensible, muy *progre*.

—Con gente como vosotras no habrá progreso, ni revolución feminista.

—¿Revolución? Como no habrá revolución será con eso que llamáis música, ni a base de eslóganes traídos por pajarillos azules. No habrá revolución donde alguien pierda un cojón por Puigdemont, ni al son del *reggaeton* —sentenció Vir.

—¿Y feminismo? No me jodas, la mayoría de vosotras creéis que el feminismo es la idea radical, de que la mujer debe ser un hombre... lucháis más por el poder que por la igualdad y ni siquiera lo sabéis, protofascistas de mierda —dijo Eva tocando su entrepierna.

—¡Ala!, ¡qué dices tía! —deslizó Vir.

—Que sí, que sí, que el otro día en la tele vi una entrevista a un grupo de soul que eran todo chicas y te aseguro que esa era toda su virtud porque se pusieron a tocar y sonaban como el nabo y sus ideas eran menos interesantes que un trapo usado. Llevaban tatuajes que no sabían ni leer y repetían clichecitos viejos y descoloridos. Si nuestra igualdad se consigue ensalzando a tipas mediocres como se ha ensalzado a tipos mediocres y nos dedicamos a repetir los horrendos clichés del varón, olvidaremos que somos el reverso amoroso de la especie.

—Bueno, porque tú lo digas ¿Y qué le pasa a nuestra música? —dijo Surikato indignada.

—Esto te lo explico yo... joder, pues que ni siquiera os dais cuenta de que es el fruto de la lógica neoliberal que tanto criticáis y que os ha calado hasta los huesos, que estáis mal hechas, ¡imbéciles! —chilló Vir, encendidísima.

—Bueno, bueno, ya vale, ya vale, tengamos la fiesta en paz… que estamos en el mismo equipo ¿eh? —dije.

—¡Y una polla! —dijeron al unísono Yakesori y Eva.

—Katisuri, ¿verdad? Bueno… eh... ¿tú que haces? —dije apaciguador.

—Es Yakesori, y soy artista.

—¡Hombre qué bien, aquí todos somos artistas!

—Si, ya, artista —farfulló Vir.

—Mmmm, y... ¿pintas, esculpes, cantas ópera?

—No, soy artista política, hago arte efímero.

—Arte y política, mmmmm no te sigo. Eso no va muy de la mano, ¿no?

—Claro que sí, el empoderamiento de la mujer artista, ¿qué puede haber más político que eso? —sentenció Yakesori convencidísima.

—Ya, ya, pero qué haces, ¿eres de esas que tiran macarrones por el suelo con música contemporánea mientras gime frases de Fridah Kalo o qué? —dijo Vir ridiculizando.

—No, mi última *performance* ha sido escribir la palabra clítoris en el mirador del Valle de los Caídos con cien kilos de vello púbico, donado por mujeres empoderadas frente al patriarcado fascistoide nacionalcatólico.

—¿Y eso es arte? —pregunté desorientado.

—Si para mí lo es, sí —dijo Yake, chulescamente.

—¡Caray chica!, creo que estás más zumbada que nosotras —aseguró Eva.

—¿Y qué sentido tiene eso de los pelillos? —pregunté con sincera curiosidad, contento de que se hubieran calmado. No podía dejar que estas lunáticas pusieran en peligro la misión.

—Pues mira, con el viento, todo ese vello se ha difuminado por el bosque de la vergüenza. Es una alegoría de la nueva fertilización, del ADN empoderado de vaginas emancipadas que transformaran las tierras más oscuras.

—Ah, ya te entiendo —. «No me jodas».

—¿No estarás buscando que te denuncie alguien para hacerte famosa? ¿Eh? Y así no pegar un palo al agua... yo es lo que haría —suspiró Jokin recién terminado su romance con unas latas de cerveza.

—Sí, ya, oye... para mí es muy serio. Se trata del arte, la libertad y la democracia.

—¡Oh! Arte, libertad y democracia. Ay, ay, ay, cuántos unicornios han muerto ya por esas palabras —dijo Vir con gran solemnidad.

—¿Qué? —balbuceé temeroso de que un insulto caldeara de nuevo el ambiente.

—Todo un cementerio de unicornios —exhaló Vir.

—¿Qué coño dices? —Dijo Yake.

—Eh, bueno ahora es cuando nos lo explicas —exigí amorosamente.

—Pero, ¿cómo? ¿No conocéis la historia del cementerio de unicornios y criaturas maravillosas? A ver... que todo os lo tengo que explicar, coño... Pues veréis, cenutrias. Hace mucho, mucho tiempo,

en una galaxia muy lejana se paseaba el hombre más guapo del universo, con el felpudo más grande, también del universo... ja, ja, ja, no, ahora en serio. Voy... Érase una vez, un bosque de alcornoques, hayas y pinos, con eucaliptos gigantes en las zonas septentrionales y en su corazón una formación de dragos milenarios, donde moraba un viejo gnomo inventor. El viejo y amado gnomo pasaba sus noches con los osos, intoxicándose con algún destilado de frutos del bosque.

Todas las mañanas, el señor gnomo, se deleitaba con las Nereidas del Estanque de la Putiflor. Allí encontraba... inspiración y estímulo para su cuerpo de doscientos setenta y dos años.

Por fortuna, cada noche de luna, una planta carnívora administraba los vicios del bosque para que se disfrutaran en su justa medida y nadie conociera las miserias del abuso.

Un día, para no caer en la monotonía, el gnomo inventor se empeñó en dotar de música al bosque, de tal manera que siempre hubiera armonía y melodía pero nunca se vieran repetidas. Con permiso de los árboles realizó perforaciones en diferentes puntos de sus ramas y troncos para que el viento siempre tan parecido y siempre tan diferente las hiciera sonar con permanente variación. Furiosas fugas de estío, cálidas sonatas *de invierno, adagietto* y melancolía para el otoño y enérgico cantar de amapolas en primavera.

Todos los animales colaboraron en la creación del instrumento encantador en que se había convertido el bosque. Las Nereidas acoplaron conchas de río en las hojas, para dotar de percusión a las ramas. Los pájaros, una vez superado el enfado por perder el monopolio melódico del bosque, reinventaron su canto para cabalgar las nuevas armonías que danzaban en el viento. Los árboles se temperaban a demanda para mantenerse afinados, apurando una ramita por aquí, una ramita por allá, buscando que brotara de sus entrañas el sonido brillante y aterciopelado que el sabio gnomo había imaginado como sanador.

Este efímero y original arte llegó a los oídos del rey de Mawzir, nación que ejercía el poder sobre el bosque de Bayieathawaa. El rey, una extraña criatura mitad cabra mitad pato, no tardó en mandar a sus emisarios para reclamar derechos sobre las melodías del bosque, ya que cualquier creación en su territorio debía reconocerse como de su autoría. Comenzó a exigir a todos los animales del bosque que aumentaran su aportación de género y manufacturas para palacio y... es entonces... cuando se lió de la hostia.

El primero en ser interpelado por palacio fue el Oso de la alquimia alcohólica, que debido al reposo que requerían sus procesos de fermentación no podía atender las nuevas exigencias palaciegas. El Oso fue prendido y castigado en las mazmorras del castillo. Lo juzgarían por negarse a llevar birra a palacio —¡la birra del bosque!—

para las orgías del rey con efebos azulinegros de allende los mares.

Esta afrenta bastó para poner a muchos animales en estado de rebeldía ya que el tema del lúpulo no era baladí para la mayoría de los seres del bosque. —Aunque, natural y lacayunamente hubo quienes cumplieron con los abusos impuestos desde palacio, claro—.

Antes del juicio encerraron al Oso *moonshiner* en un calabozo rodeado de calderas para que el calor lo tuviera bien jodido. Y así fue, bien jodido, empapado en sudor y deshidratado, como lo hicieron subir al estrado que habían tallado en el tronco de un degollado alcornoque.

Un animalejo del que solo se recuerda su petulancia y la cara de nabo que se gastaba, interrogó altivamente al señor Oso. «¿Por qué, por qué no dar al rey, lo que es del rey?».

El Oso no pudo mantener la compostura y se dejó caer sobre la madera como una manta empapada. Deshecho y moribundo, la desesperación lo llevó a retorcer su pelaje en busca de hilillos *bebibles* de sudor exprimido y... por lo que cuentan, el salado elemento en su gaznate lo transportó al placer de la juerga y de la salud, de la fornicación y de los verdes pastos, a las memorias en las Cavernas del Jolgorio y a las animaladas del Estanque de la Putiflor.

Una luz iluminó sus ojos y se erigió como un orador enorme y alucinado, como el gran sabio que muestra en su cara la verdad de haber hallado un pensamiento revolucionario. Todos los presentes mostraban inusitada expectación, convencidos de que el Oso alabaría al rey o intentaría arrancarle la cabeza de un mordisco al ave petulante que lo interrogaba. Pero fue un «¡Que no quiero trabajar!» lo que espetó el oso. «¿Cómo?», replicó indignado el amorfo fiscal. «¡Que no quiero trabajar, es que no quiero trabajar!», dijo el Oso con su pelaje tornado en rastas y los modales de quien profesa admiración a un antiguo emperador de Etiopía. «Pero, ¿y el rey?», imploraba la ridícula criatura. «Y a mí qué cojones me importa», dijo burlón el Oso. «Es usted un holgazán, señor Oso». «Que no, que no es eso, hombre ya, que la vida es muy corta y pasa muy deprisa, y uno se pasa mucho tiempo en el trabajo, uno se pasa más de media vida trabajando y yo, yo no quiero trabajar, así que no trabajo, trabajo *pa* mi si acaso, pero no trabajo para que las fiestas se las pegue otro. Y tráeme agua ahora mismo o te pego un mordisco», sentenció el Oso, hablando como si fuera el amo del bosque, para estupefacción y alegría de los presentes.

Así se creó la melodía definitiva que llegaría a los confines del bosque. «Que NO quiero trabajar».

La proclama caló tan hondo que a las pocas semanas ya no se transfería ni un pétalo de rosa al Reino de Mawzir. Y claro, sin la usurpación de plusvalías del bosque, el rey no pudo mantener ni cinco minutos la represión sobre los animales, que se erigieron como

legítimos dueños del bosque.

Entonces, el gnomo escribió nuevas directrices para sostener la convivencia y prescindir de las actividades innecesarias y... de este natural equilibrio surgió la geniocracia animal, que actuaba como motor de la sabiduría. Cada bicho viviente hacía lo que sabía hacer mejor y así estaba garantizada la paz en el bosque. Las vacas y los toros dejaron de limpiar las yerbas de los caminos, los ñus y los tejones dejaron de arrasar las riberas de los ríos, los búhos abandonaron la vigilancia y renunciaron al chismorreo para consagrarse al conocimiento nocturno, los peces dejaron de picar el anzuelo y los osos rechonchos trocaron la deliciosa carne del manguruyú por sano verdín de riachuelo.

Las nuevas melodías del bosque se volvieron más intensas, más poderosas y voluminosas, llenas de nuevos ritmos y alteraciones escandalosas. El viento improvisaba y la libertad llegaba a cada rincón del bosque y fue *asín*, que *asín* fue *amigues mies*, —*trutururuturut redoble de tambor*— como el bosque se convirtió en selva.

Eso sí que es anarquía y no la cueva pestilente en que habéis convertido este cine. Hombre ya... —sentenció Vir.

—Ja, ja, ja, ¡La selva, claro! ¡La selva es lo mejor que hay! —se desternillaba Eva.

—Entonces en la selva los animalitos empezaron a chingar en libertad y de ahí la evolución a los *estrapones* y el látigo de la concordia, de aquí mi amiga Eva. Ja, ja, ja, ja.

—¿Quién ha dicho que seamos anarquistas? —dijo Yake—, no lo somos, no tenemos disciplina para eso. Aquí solo es una palabra que nos permite no estudiar y no trabajar y poder ocupar un lugar donde fumar *petas*. Somos consumidores menos adaptados, nada más que eso...

—Muy profundo Yakesori, ese comentario te honra —dijo Vir.

—Joder, troncas, qué tiene que ver eso con el cementerio de unicornios, ni siquiera hay unicornios en el bosque de tu cuento —dije risueño y desconcertado.

—Nada, ¡joder!, pero estaba hasta el níspero de la conversación, y perdona cariño pero es que hay tanta gente que cuando dice esas palabras, lo hace de una manera tan vacía y prostituida que se muere algo hermoso, como los unicornios, aunque a mi me parece un bicho ridículo con ese puto pincho en la cara, pero en fin, era para que lo entendierais. ¿Nunca has escuchado a un político pronunciar la palabra libertad, o democracia, o a un empresario decir cultura, o arte?... pues lo que te decía, el sentido prostituido, pero no como nosotras. Nosotras somos putas con el sentido original de nosotras mismas intacto, y aunque a veces nos alejemos, y mucho, lo tenemos intacto.

—Ah —. «Wtf».

—Es que aquí... *desdeeee* Felipe... *nosequé*, hemos tenido una caterva moviendo el cotarro que… vamos... y ahora este… que no vale ni *pa* puto —dijo Vir con resignación.

—¿Que dices? Pa puto sí que vale —dijo Eva convencida.

—Es cierto, *pa* puto sí que vale, pero bueno ¿te ha *gustao* el cuento o no?

—Claro, cuéntame más de la Putiflor, que me interesa... ¿Cuándo se puede visitar? —dije cachondón.

—Claro que te interesa viciosillo. Pues si te contara el cuento del Jíbaro de asfalto.

—Sí, sí cuenta, cuenta... ¿sabes que estuve enamorado de mi puta madre, bueno más bien de mi madre puta?

—¿Tu puta madre? ¡Ja!

Se había hecho la paz definitivamente y mis ojos cansados volvieron a los muros llenos de grafiti. Parecían los brazos de un viejo rockero. Arte descolorido y tatuajes de borracho que... ¡CATAPLUM!

Un estruendo espantoso retumbó en la planta de arriba e inmediatamente se sucedieron los San Fermines, pero con el toro a la cabeza y los esbirros del cigarrito despeñándose en la retaguardia. «¡Vaaaaaamoooooossss!», gritaba Antoine con enorme excitación «¡Vamooooooos, lo tengo, lo tengo!» Contagiados por el ímpetu de Antoine y la congoja, salimos volando de allí para sorpresa de nuestros petrificados camaradas. «¡Fast Forward!», «¡Fast Forward!»

Los cinco tripulantes del Pilar nos propulsamos por los pasillos del cine como traviesos colegiales. Los cerdos mecánicos de La Mátrix nos vieron salir de aquel rincón de las delicias perseguidos por un individuo flacucho y ultrajado, que parecía un muerto viviente a la carrera por un festín de carne. Corrimos y corrimos por la fantástica ciudad de los siete picos, que había dispuesto un repechón traicionero en el camino para agotar las energías del *zombie* narcotizado, forzándolo a detenerse y vomitar. Paramos un instante y contemplamos el exorcismo.

Al erguirse, el tiparraco, con la boca infestada de viscoso vómito, farfulló maldiciones de fumeta y fijó una rabiosa mirada en el héroe caribeño que lo acababa de derrotar. Antoine, propulsado por el afrodisíaco ánimo de la victoria se lanzó de nuevo a correr, como comadreja que lleva el Diablo.

Jokin desapareció tras la estela de un chino vendedor de cerveza y las chicas y yo seguimos a Antoine hasta un parquecillo de aire siniestro. Excitadísimos y felices, los corazones se nos escapaban por la boca.

—Cuenta, cuenta, cuéntanos, ¿de verdad lo tienes? —exhalé cerca del paro cardíaco.

—Sí, cuéntanos, creíamos que no saldrías jamás, ¡hemos tenido que hablar de política! — dijo Eva.

—¡Habla... por el amor de las mil fulanas de Babilonia! —proclamó Vir.

—Cuento, cuento... como podéis ver tengo el manuscrito en mi poder... y ahora, ahora les cuento el hurto del sagrado papiro.

A ver... subo por las escaleras donde ustedes y yo nos separamos y me ponen a esperar en un pasillo todo pintarrajeado, donde me regocijo en el sórdido talento de unos truhanes grafiteros. Entonces apareció el Pipen ese, que es una raspa desconfiada y claro... me recibe de mala gana porque lo interceptaron cuando estaba dándole a la pipa de la paz con otros tales camaradas. Me mira y finge *ne pas me voir*, aunque yo podía ver en lo profundo de sus ojos una sonrojada curiosidad. *Il était ensorcelé*. El caso es, que me preguntó que, qué quería, y yo me precipité un poco diciendo algo así como «los libros, vengo por los diarios, los libros del reportero Castro, Antoine Castro, soy Castro»... quizás me puse nervioso, no sé, creo que era su sobriedad, ese tipo *zombie* parecía inmune a las sustancias que habían dejado protozoo a sus compadres, de verdad os lo juro... ¡parecía un vampiro inmune a los psicoactivos! Ya lo vieron en la persecución ¡estaba poseído! Mmmmm.... bueno, continúo, el tipo no creía demasiado lo que le decía, pero como a cubano no me gana nadie, le hice un par de comentarios técnicos sobre La Habana, la Revolución y Guantánamo, y... lo de mi parentesco, aunque lejano, con Fidel. Así que accedió a llevarme a la biblioteca.

Allí, aunque no lo creáis comenzó a sonar a través de un altavoz chicharrero «¡El barbero de Sevilla!» Ja, ja, ja, ja *incroyable* ¿no? Que en ese antro de fumetas sonara el gran Rossini en la madrugada era tan bizarro que... bueno, perdí la concentración, porque mis oídos se escapaban con Fígaro.

Entonces este Pipen cabrón, cuando solo habían avanzado unos pocos compases del «Largo al factotum», me cambia los «lalalareras, lalalraras» por una especie de *rock kalimochero* incomprensible, que de música no tiene nada y de política tiene menos que el congreso de los imputados y luego no contento con eso, me lo cambia por un rap, un rap de esos que hablan de maderos *nosequé*, maderos *nosecual* y muchos maderos y mi yo, y mi mí, y mi me y mi conmigo... y yo enervado cada vez más, me voy saliendo totalmente fuera de mi papel... pero es que... ¿Qué le pasa a esta gente? ¿No han tenido adolescencia, o qué?... bueno, entonces con un esfuerzo propio de Atlante, recobré mi entereza interpretativa y me centré en la misión. Conseguí explicarle que quería realizar una película sobre el asedio de Madrid como tú me habías dicho, Gregorito, y que necesitaba tener acceso a los despachos que se enviaron desde la oficina de prensa

extranjera durante la guerra, si es que fuera posible, claro, aunque fuera una breve consulta y *etecé, etecé* como habíamos hablado Gregorito, ya sabes. Entonces se quedó pensativo unos instantes y me dijo «No creo que tengamos ese material, pero aquí hay mucha antigualla... tienes veinte minutos, que nos vamos enseguida». Y yo le dije «¡Oh! gracias señor Pipen, amigo líder, sabio magnánimo» algo así muy halagüeño y me puse a buscar y a estornudar claro, gracias a la insalubre comunidad polvorienta que vivía entre aquellos libros.

Busqué ansioso la H o la E, pero de Guyau pasaba directo a Huelmer y de Enrique a Eusebio y... ¡no había rastro de Hemingway en la biblioteca!

Cuando lo creía todo perdido se me ocurrió preguntar a título personal, si había algún diario de Ernesto Guevara, por si pudiera estar cerquita de Ernest Hemingway. Y aquí el puto Pipen se me pone serio y me dice en plan vicioso: «No creo ni una sola palabra de lo que dices, pero la sola posibilidad de que sea cierto hace que merezca la pena, aquí hay algo del Che». Y va y me abre un cajón repleto de diarios manuscritos. Los manoseo lentamente y ese cabrón no me quitaba la vista de encima y advierto que apenas tenían inscrita información en sus lomos y los voy revisando uno a uno y el cabrón ese apremiándome y yo sudando con mis manos pegadas a los libros y de repente un libro de piel extraña, la piel de un erizo putrefacto que me interpela con voz de chamán afónico, era.. ¡era como si me hablase el librito! y yo convencido de que no habría más oportunidades con la frenética respiración del Pipen en mi cogote, tomé el erizo y abrí una página al azar que rezaba algo sobre *bells, balls, bulls and beers* y panceta y vamos, que estaba claro que era el manuscrito y que ¡por fin! tenía a Papá Hemingway entre mis manos y me puse a gritar mariconamente, ¡estaba emocionadísimo! y claro me salí totalmente del rôle y el vampiro Pipen se tornó morado de indignación y yo cada vez más nervioso, me agarra un pánico escénico y no se qué hacer, así que le asesto un golpe con el erizo putrefacto al grito de *¡Toma Hemingwayazo!* y me dice el pobre diablo «pero, ¿qué coño haces, puto loco?» y se pone a chillar «alarma, camaradas, alarma», ja, ja, ja, ja y yo que lo había golpeado con mesura por no lastimarlo, sabía que con el segundo golpe debía noquearlo, así que le asesto una sagrada hostia en la frente que lo hace retroceder en irregular danza y desplomarse en el suelo y después me las piro entre alarmados camaradas... y... y... y los más osados tratan de interceptarme y reciben estos golpes de conocimiento y ¡toma! y ¡pum! y ¡cataplún! y me abro camino como en un videojuego, pero armado con un libro y les grito con saña que ¡la letra con sangre entra! y ¡te rompo la cabeza! y ¡toma! y ¡cataplum! y luego los encontré a ustedes en el bar y hasta ahora que nos hemos escapado y ya está —concluyó un hiperventilado Antoine.

—¡Sí señor, un auténtico héroe hemingwayano! —clamé a la madrugada madrileña.

—¡Toma Hemingwayazo, ja, ja, ja! —dijo Eva contenta y perversa.

—Maravilloso Antoine, *enga* enséñanos el libro —dijo Vir.

—No, no puedo, el manuscrito pertenece a Gregorito. Es mi regalo para ti, solo tú deberás leerlo… yo me afané uno de Enriquito Líster. Ji, ji, ji.

—Bueno, pues *na*, nosotras nos vamos que siempre cae algún *frustrao* nocturno, dispuesto a pasar un rato olvidable —dijo Vir entre bostezos.

—Ha sido la mejor noche de mi vida —dijo Eva—Y tú, ya sabes dónde encontrarme, te espero —añadió sensualmente.

—Adiós amores míos, que lo que esta noche ha unido, no haya luz que se atreva a separarlo —bramó Antoine grandilocuente.

—Gracias chicas, ha sido un placer, os llamaré muy pronto.

No fue la ardiente despedida que esperaba, pero supongo que siempre hay un momento para pensar en pagar las facturas.

Volvimos a la situación inicial, Antoine y yo, y nuestra ya antigua amistad. Mi dichoso y escacharrado ser, encontró reposo en un banco de metal y la compañía del comandante Antoine Castro. Rescaté una florecilla amarilla que yacía pisoteada en el suelo y se la entregué a Antoine en un gesto deliberadamente romántico. «¡Oh, una flor destrozada!, me encanta, muchas gracias, ven aquí *florita*, yo te cantaré». Antoine se puso a cantar en francés «La fleur que tu…».

Su voz metálica y cavernosa reparaba mi estropajoso cuerpo y ponía música a mis sueños.

Ópera y psicodelia se dan cita en el sueño del mono triunfador. Se cruzan los corazones, se cruzan las razones, se entremezclan todas las complejidades, la geometría amorosa. Matemática humana irracional, entendible. Todo lo es. Hombres que lloran a sus mujeres y sus lágrimas caen a destiempo. Los celos y el amor se van buscando, se dan de hostias y «tú, morirás dos veces» y «mueren ya, tus ciudades en la arena», «… pero si nunca nacieron». Hay un erizo que agita la bandera que siempre pincha. Nesto se interpone, no lo hace por amor, lo hace porque puede «La trompa guerrera sus ecos da al viento» canta ella. «¡Et j'étais une chose à toi! ¡Carmen, je t'aime!»

—Es lo más bonito que he escuchado en mi vida, gracias, Antoine.

—De nada, la culpa es toda de Georges. Es un aria que habla de una flor, una flor de amor que le lanzó Carmencita al salvaje José. Esa flor en realidad era una amapola adormidera, que debía transformar a José en un hombre libre y no en un asesino, pero el salvaje confundió la liberación con el amor. Flor de salvación, flor de perdición. No te la he cantado a tono, eso lo canta un tenor y son ya muchas horas castigando mi instrumento.

—Están realmente locos, ¿verdad?

—¿Los tenores?, sí claro, ja, ja, ja, es por la cosa de las vibraciones.

—No, bueno. Digo los cantantes de ópera en general.

—Claro Gregorito, tienen que estarlo, para hacerse sensibles a los ojos de un mundo enfermo. Son gente maravillosa aunque algunos canten mal, porque tienen pasión y nos conectan con los seres del pasado. Se vuelven locos para encontrar el camino a la cordura. Hoy has tenido suerte, había alguna verdadera voz de las que encuentran un camino entre la técnica, el corazón... y la genética, claro. Sin duda, uno de los pocos teatros a los que se puede ir hoy en día y no cualquier noche. Donde no hay mafia rusa, hay mafia rosa y donde no hay mafia rosa alguna tóxica dinastía de sordos y sacacuartos.

—¿Y eso?

—Pues que aquí te ponen a dirigir un teatro de ópera a un abogaducho, o a un administrativo, gente que no ha transitado por los conocimientos ni las emociones, que no ha podido agudizar sensibilidad alguna, más allá de la adulación *soplapollesca* de los culos donde han atrancado sus lenguas. Para que lo entiendas, es como si cogen a un señor que se dedica a plantar patatas y le dicen: ¡Ala! ponte a elegir a los mejores astronautas. Ja, ja, ja... ya sabes, cosas de homo *oeconómicus*.

—Putos intoxicadores.

—Por fin lo vas pillando. Menos mal que tenemos a Aquiles.

—De ir a dormir ni hablamos ¿no?

—De dormir, la parte que más me interesa es la de los sueños, pero esos me gusta tenerlos bien despierto, que si no se me desvanecen muy rápido, y a mí me gusta asirlos, manipularlos. Lo otro me parece una rabiosa imposición para estar a punto, y claro, no podemos fallarnos a nosotros mismos, ya te dije lo que pasa si te conviertes en búho... pero hay noches que las pasamos tan despiertos, tan inspirados, gozando tanto la belleza de vivir, que cuando llega el día de nuevo, es como si le hubiéramos ganado una partida al tiempo. Ahora te voy a dejar solo, para que germinen aquí tus sueños de erizo encuadernado. Cuando leas el diario habrás culminado sólo el comienzo para empezar a vivir. Disfruta del camino. Yo, antes de que amanezca me voy a los pantanos de Liminka a recibir el canto de los pájaros. Ja, ja, ja, ja.

—Pero...

—No querrás obtener todas las respuestas en un ratito ¿verdad?

—Mmmmm no, pero cuéntame algo de ti cabrón, un apunte biográfico aunque sea y te vas a lo de los pájaros.

—Está bien, mi abuelo… era español... el pobrecico. Un adolescente de fuego en una barraca fascista. Mi abuelo… era como un pájaro que en la emoción de su primer vuelo, ha caído en una

chimenea donde lucha en vano por salir. Gracias a la música, mi pájaroabuelo encontró un camino, un escape. Pasó de los discos de pizarra del gran Caruso que le había legado su padre a la frenética verborrea *bebop* de Charlie Parker y claro, no pudo aguantarlo. Se obsesionó con *ese riachuelo rebelde del jazz* y en cuanto tuvo ocasión se embarcó a las Américas donde no encontró sosiego, sino todo lo contrario. Las negras y sus culazos disparatados lo volvieron más loco todavía. Un día me dijo: «De verdad Antoñito, tenía que poseerlas a todas, era la música... eran los genes... fue con Coltrane que concebimos a tu padre y a tus dieciséis tíos».

¡Coltrane!, yo preferiría haber sido concebido con Wagner, habría sido exquisito, ¿te lo imaginas? ¡Mi abuelo habría sido Franz Liszt! *Ça aurait été vraiment esquis*. La Africana Valquiria. La ópera definitiva. Ja, ja, ja, ja, ja.

—¿Te lo has inventado verdad?

—Lo acabo de soñar mientras hablaba contigo, ¿no le confiere eso un grado superior de verdad?

—Adiós Antoine... y gracias, no se podría soñar mejor cicerone.

—Cicerone no, que eso me suena como a garbanzo decapitado, Gregory. Me gustó más lo de domador de lestrigones ¿o era de *strapones*?, ¿eh, *Mr Pinkertón* salvaje, ja, ja, ja, ja!

Un soberano beso en los labios y el emperador Antoine se esfumó. Lo miré alejarse esperando una última mirada, un último deslumbramiento de su luz cegadora. No lo hizo. Molaba demasiado, supongo.

Totalmente desvelado y deshecho deambulé por el parquecillo mientras el fuego del horizonte amenazaba el final de la magia nocturna. El día, la noche y otra vez el día. ¿Ganar una partida al tiempo?, quizás, pero ese cabrón se lo cobra todo más temprano que tarde. Lo necesitamos porque somos nosotros mismos, mucho más que agua y materia orgánica, lo que somos es nuestro tiempo.

«Vamos allá, es el momento de leer, es el momento de vivir».

4 de abril de 1937.

Han pasado rápido las primeras semanas en Madrid. Hay pocos bombardeos y el tiempo es muy bueno. El pueblo madrileño colma las calles, los cines y los bares. Parece no importar el resonar de los obuses y las ametralladoras escupiendo balas en el frente.

7 de mayo de 1937.

Me impresiona hasta qué punto las gentes conviven en este país. Pueden ser amigos y salvar el mundo desde la barra de un bar. Los españoles son víctimas de la misma maldición.

5 de septiembre de 1937.

Con Martha bien, demasiado bien, empiezo a sospechar que

puede tener que ver con la desaparición de Juanita. De todas maneras me casaré con ella, es perfecta para mí y para los safaris. Juega bien a las cartas. Me siento mal por Pauline. No creo que Dios apruebe un segundo divorcio, pero no se puede luchar contra el amor. Siempre tendré a mi única amante fiel.

20 de diciembre de 1937.

Frío es la palabra más citada, más incluso que guerra, no hay agua caliente en el Florida y apenas hay comida... por suerte papá Hemingstein siempre consigue trozos de panceta y buen café para que no cesen los cables al otro lado del océano.

Juanita ha desaparecido, la guerra ahora es menos guerra, empiezo a perder el interés. Si los rusos me dejaran una cuadrilla, yo mismo salvaría Madrid, pero solo de proponerlo me ponen una estilográfica en la mano y se burlan. Ni siquiera han leído una de mis novelas.

La única amante fiel.

Ultimamente pienso mucho en la gran guerra. Cada obús que nos acecha me transporta a la carnicería italiana.

No se lo diré a nadie jamás. Cuando vi como reventaba aquel soldado italiano —Fedele, Fedele Temperini— que no debía contar más de veinte años, me recorrió por la espina dorsal una muerte sanadora y estimulante. Un estoque que desgarra los órganos y los tendones del toro que va a morir para renacer. Por eso, es purificador el arte del toro. Por eso si no estoy en el frente, tengo que estar en la plaza. Toreando balas estoy vivo. Esa es mi relación con la muerte, desde el privilegio de estar vivo. Establece tu propia relación con la muerte y comienza a vivir.

La vida pasa, como el paisaje cuando vas en un tren, crees que lo puedes ver y reconocerlo pero pasa tan rápido que no hay tiempo...

Sin embargo, si el tren descarrila, quizás tengas la suerte de encontrarte con ella y que te dé la oportunidad de tomar de cada fruto su pulpa... la fruta prohibida... porque solo ella te muestra el camino, Tánatos, tu amante fiel, tu oportunidad de VIVIR frente a la mera existencia.

Por eso me juré en el frente italiano que la única amante fiel a quien confiar mi vida sería la muerte.

La única amante fiel es la muerte, cretino. La única forma de vivir en contacto con la realidad es vivir en contacto con la muerte. No se trata de ser violento, se trata de vivir la vida al completo, vivir la muerte.

...

Así que, al final, el final era el principio. La muerte, como principio

de vida.

Muy hemingwayano. Combustible incesante para el compromiso con el presente. Ojalá. Estaba contento. Llevaba dos días sin procrastinar, había entendido los fuegos que me quemaban por dentro, había comenzado a desalojar las cenizas. Si lo hubiera sabido antes. 7:00 AM. Puto Cronos.

(...y solo era miércoles)

Fin